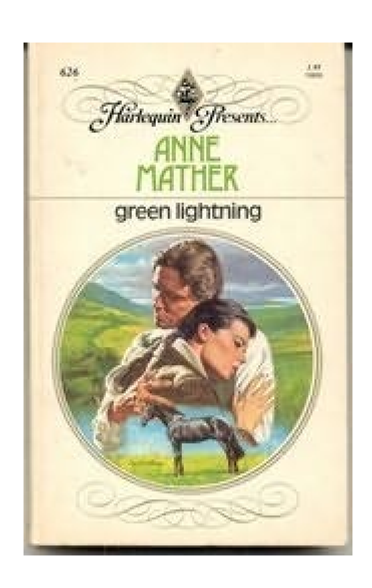

Bianca



Anne Mather
NO PUEDO VIVIR SIN TI
Anne Mather
NO PUEDO VIVIR SIN TI,
Colección : Bianca 175 — 19—6—85
Título original: Orcen Lightning
Protagonistas principales: Helen y Heath

Argumento:

Helen era muy pequeña cuando quedó huérfana y Heath se hizo cargo de ella, convirtiéndose, de ese modo, en su única familia.

Con el tiempo, Helen se convirtió en una hermosa joven, y el cariño que sentía por su protector fue transformándose en verdadero amor. ¿Cómo hacerle comprender que le deseaba y que quería que él la amase, no como un padre a una hija, sino apasionadamente, como un hombre ama a una mujer?

Capítulo 1

ELLA estaba esperando en la esquina de la calle Bell cuando Helen se metió por Castle Street. Helen sabía que se encontraba allí a pesar de que nunca la había visto.

Heath la había descrito tal y como era, rubia, esbelta, elegante… todo lo contrario a Helen.

Helen apretó los labios y detuvo el Land Rover junto a la acera. Observó a la recién llegada.

Se había sentido tentada de ir a buscarla en la motocicleta, pero el pasar por alto los deseos de su tío no la llevaría muy lejos. Sospechó que aparecer en el sucio jeep sólo serviría para reafirmar su opinión de que era una irresponsable.

Alejó esos pensamientos, abrió la puerta y descendió del vehículo para enfrentarse a la joven.

—¿Señorita Patterson? —Inquirió echando un vistazo a las dos maletas que había al lado de la joven—. Soy Helen Mortimer.

—¿Ah, sí? ¿Eres sobrina del señor Heathcliffe? ¡Santo cielo! Él no exageró.

—Si tiene la amabilidad de subirse…

Asombrada, la señorita Patterson observó el destartalado vehículo.

—¿En eso? ¿Dónde está el señor Heathcliffe?

—No ha podido venir. Me envió a mí en su lugar.

—Sin duda alguna habrá sido para probarnos —opinó la señorita Patterson secamente—.

¿Dónde está tu tío?

—¿Tiene alguna importancia?

Helen perdía rápidamente cualquier indicio de simpatía que pudiera haber sentido hacia la joven. La valoración desdeñosa de la señorita Patterson la hacía sentirse torpe e inmadura y comenzaba a pensar que debería haber cogido el Mercedes tal y como Heath le había indicado. Y también, debería haberse puesto otra ropa.

¿Quieres decir que tu tío te ha enviado a recogerme en… esto?

—preguntó la señorita Patterson, provocando que Helen cerrara los puños rabiosamente.

Helen se ruborizó.

—Heath tuvo que acudir a la oficina, surgió un imprevisto —declaró agresivamente—. ¿Nos vamos?

—Bien… —la señorita Patterson la observó titubeantemente y Helen tuvo la impresión de que esperaba que Heath apareciera a pesar de lo que le había dicho.

Se dirigió en dirección al coche y Helen dominó el impulso de alejarse y dejarla allí para que se las arreglara como pudiera para llegar a Matlock.

—¿Viene o no? —inquirió abriendo la puerta y esperó con impaciencia a que la joven se moviera.

Pero la señorita Patterson no lo hizo. Dirigió la mirada a su equipaje, como quien no está habituado a llevar nada más pesado que un bolso y se encogió de hombros. El resentimiento de Helen aumentó ante tal provocación.

¿Por qué la joven no podía subir sus maletas al Land Rover? El tiempo transcurría y no deseaba encontrarse con Heath en el camino o anticiparse a su ira cuando supiera lo que ella había hecho.

La señorita Patterson se pasó el bolso y la chaqueta de un brazo al otro mientras miraba a su alrededor como si esperara que interviniera la Divina Providencia. Aún no había hecho el menor intento para subirse en el jeep, cuando Helen se puso nerviosa al ver al sacerdote Kirkpatrick salir del templo y caminar en dirección a ellas.

Heath no era un hombre religioso, pero algunas veces invitaba al sacerdote Kirkpatrick a cenar, y lo último que necesitaba Helen en ese momento era que el viejo parlanchín comenzara a preguntarle qué hacía allí.

Reprimiendo una maldición, dio la vuelta al vehículo y abrió la puerta, indicando a la señorita Patterson que debía subir. Luego, arrojó las dos maletas dentro del Land Rover antes de acomodarse en su asiento.

La señorita Patterson vaciló lo suficiente como para sacar de quicio a Helen, y entonces, después de examinar recelosamente los asientos, accedió a subir.

Cerró la puerta unos instantes antes de que el sacerdote, corto de vista, las alcanzara. Los neumáticos del vehículo levantaron una nube de polvo cuando Helen emprendió la huida.

La señorita Patterson permanecía inmóvil en su asiento mientras el vehículo avanzaba apresuradamente a lo largo de High Street. En pocos minutos dejaron atrás las afueras de la aldea y Helen suavemente, quitó el pie del acelerador.

—¿Hace mucho que conduces? —inquirió la señorita Patterson.

—Nueve meses —respondió mecánicamente, negándose a morder el anzuelo. Matlock Edge, la gran provincia de Heath, quedaba a cinco kilómetros de Starforth y por ello no quería perder la concentración que había logrado ya que a su alrededor se encontraba la campiña que tanto amaba.

—¿Nueve meses? —la señorita Patterson parecía sorprendida—. Creí que tu tío me había dicho que hace poco que has cumplido diecisiete años.

—Los he cumplido hace seis meses —replicó a la defensiva—. Pero llevo mucho tiempo conduciendo.

—¿En serio? —La señorita Patterson no parecía impresionada—.

Imagino que aprenderías a conducir en tractores y vehículos pesados..
—No, en realidad aprendí en el Mercedes de Heath. Él me enseñaba, cuando tenía tiempo.

—¿Heath? —La señorita Patterson movió la cabeza—. Quieres decir el… señor Heathcliffe

¿no es así? Tu tío… Rupert.

—Sí —Helen se encogió de hombros—. Pero casi nadie le llama señor Heathcliffe. Bueno, de todos modos a él no le importa.

—Me pregunto por qué —la señorita Patterson dobló su chaqueta cuidadosamente—. Pienso que es un nombre atractivo. Además es originario de la zona. Es decir—prosiguió cuidadosamente—, ésta es la provincia de Bronte ¿no es así? Y Heathcliffe fue un personaje tan… ¡maravilloso!

—Heathcliffe no es su nombre de pila —declaró desdeñosamente y después agregó—: ¿A eso se debe que esté usted aquí? ¿Porque encuentra atractivo a mi tío?

¿Por qué tú…? —haciendo un esfuerzo, la otra joven sonrió—. Querida —dijo en tono de provocación y burla—, no importa lo que piense tu tío, lo que necesitas es un poco de disciplina. ¡Si avergüenzas a todos sus invitados como a mí, imagino que él debe considerar un tanto tediosa tu presencia!

¡Usted no es una invitada!—declaró Helen. Lo había logrado, pensó tristemente. Heath se enfurecía al reconocer su insolencia.

La sombra del colegio de Suiza, donde había amenazado con enviarla, se cernía sobre ella.

—Pienso que estás equivocada —dijo la señorita Patterson, alisando un pliegue de su falda—.

Tu tío me dijo que recibiría el mismo trato que un miembro de la familia y que tu…

educación… sería una especie de corrección, más que una instrucción.

Helen no respondió, estaba demasiado aturdida. Eso era típico de Heath, pensó maliciosamente. Contratar a una famosa institutriz para ella, y luego tratar a la institutriz como si ella, y no Helen, fuera su principal preocupación.

No sabía qué ocurría con Heath últimamente. No solía ser así. Pero durante el último año había cambiado. Ya casi no salía con ella y cuando tenía visitas nunca le decía que cenara con ellos. Antes solía presentársela a sus amistades, incluso a las mujeres que formaban parte de su vida. Lo cierto era que había habido varias.

La señorita Patterson estaba en lo cierto en un aspecto: Heath era un hombre atractivo y nunca habían faltado mujeres ansiosas de demostrarle que podían serle indispensables.

Pero jamás se había casado, aunque había escuchado a Cook

decirle a la señora Gittens que debería hacerlo.

Solía pensar que ella era la responsable. Durante largas noches en el internado, solía soñar con que Heath estaba esperando que creciera para decirle que estaba enamorado de ella.

Las otras chicas la envidiaban en aquella época. Todas sus amigas querían conocer a su apuesto tío y ella aguardaba ansiosamente la llegada de las vacaciones y las oportunidades que le daban para estar de nuevo con él. Pero no había sucedido de esa forma. Era cierto que su indiferencia la había llevado a buscar formas para llamar su atención, y no sólo en el aspecto emocional.

Pero el incidente que había causado mayores molestias había ocurrido hacía apenas unas cuantas semanas. Una calurosa noche de junio decidió nadar a medianoche en la piscina y Heath la encontró saliendo del agua, desnuda.

Miró de reojo a la elegante señorita Patterson y Helen pensó que ella nunca lo hubiera hecho. No podía concebir a la inmaculada señorita Patterson lejos de los prejuicios de nuestra sociedad. Se tocó un mechón de su pelo negro y recordó la tranquilidad que sintió cuando ocultó su rostro ruborizado bajo su melena, cuando las fuertes palabras que Heath había articulado hicieron que se quisiera morir de vergüenza y confusión.

Matlock Edge estaba situado en el valle Pendle, cuyo único indicio del siglo veinte eran las altas chimeneas de piedra de la fábrica de tejidos Deacon.

Los Heathcliffe también se dedicaban al comercio textil. El abuelo de Heath fundó la compañía Estambres Heathcliffe en mil novecientos ocho en West Riding. El hecho de que West Riding fuera ahora West Yorkshire no importaba. Los Estambes Heathcliffe aún eran símbolo de calidad y aunque el padre de Heath había diversificado la empresa y el mismo Heath tenía intereses en otras industrias, la fábrica original de tejidos continuaba en funcionamiento.

—¿Está muy lejos?

La pregunta de la señorita Patterson hizo volver a Helen a la realidad, y observando de reojo a su pasajera, involuntariamente movió la cabeza.

—No —respondió cambiando de velocidad para poder conducir a través de las peligrosas curvas de Matlock Bank, luego, encogiéndose de hombros, agregó—: Ésa es la casa, allí —

señaló—. Falta un kilómetro para llegar.

La otra mujer observó con gran interés la edificación de piedra que sobresalía entre el bosque. Y de hecho, Matlock parecía un tanto impresionante, pensó Helen. ¿Quién podía evitar el admirar sus contornos irregulares y al mismo tiempo aristocráticos, incluso a aquella distancia, ocultos por las enredaderas? Era el tipo de casa que

cualquiera desearía tener. Siempre se había sentido orgullosa de mostrar a la gente su hogar. Pero la señorita Patterson era distinta. De alguna manera, Helen tenía la sensación de que esa mujer provocaría cambios indeseables en su vida, y deseaba que Heath nunca hubiera pensado en encontrarle compañía.

La casa desapareció detrás de los setos conforme el camino descendía y la señorita Patterson se hundió en el asiento, esbozando una sonrisa.

—De modo que esto es Matlock Edge. Tu tío debe ser un hombre de dinero.

Helen no respondió. Se mordisqueó el labio inferior, notando tristemente que su previo arranque de ira con respecto al interés de |a señorita Patterson en su tío no estaba lejos de la realidad. Esa mujer estaba dispuesta a desempeñar el papel de dueña de Matlock Edge.

Helen apretó los labios en señal de frustración. Heath no podía estar interesado por la señorita Patterson, ¿o sí?

La verja de la casa de campo estaba abierta y el viejo Jenkins, el guarda de la casa, se rascaba la cabeza en forma de reprobación; mientras Helen pasaba. Sin duda se preguntaba a dónde había ido¡ en el Land Rover, pensó la joven impacientemente, esperando que sus cansados ojos no hubieran visto a su pasajera.

Una enorme zona de aparcamiento inclinado separaba la casa del camino. Helen sabía que el abuelo de Heath compró la casa a principios de siglo, pero a pesar de que las paredes eran georgianas su interior debía la comodidad a innovaciones recientes. Heath crió caballos. Los terrenos que había alrededor de la casa eran privados, pero el resto de la zona estaba alquilada a granjeros.

—¿Quién más vive en la casa? —Preguntó la señorita Patterson, conforme el jeep se aproximaba al portón pintado de blanco que separaba el jardín de la casa del aparcamiento

—. ¡Es enorme! ¡Debe tener una docena de habitaciones! Seguramente tu tío no vive solo aquí, ¿o sí?

Helen apretó los labios una vez más.

—¿Por qué no? —inquirió presionando el freno de modo que la otra joven cayó hacia adelante violentamente—. Heath y yo no necesitamos a nadie más. A parte de los criados, por supuesto.

La señorita Patterson tardó un poco en recobrar la cordura mientras Helen descendía y abría el portón; cuando la joven volvió al Land Rover, dijo la otra mujer delicadamente:

—Debes dejar de comportarte como una colegiala. Supongo que tu tío no espera que alguien tenga que venir a alejarte de sus brazos.

Helen apretó los labios.

—Mi tío, como usted le llama, cometió un error al contratarla, señorita Patterson. Y si usted no me cae bien, muy pronto estará

emprendiendo su viaje de regreso a Londres.

—No creo. El señor Heathcliffe me previno de que serías un poco difícil. Él… él dijo que eras una… mocosa malcriada, ¡y que cualquier cosa que yo pudiera hacer por quitarte de encima de él, le parecería correcta!

—¡Eso no es cierto! —exclamó Helen llena de ira.

—Lo lamento, pero es cierto —declaró tranquilamente la señorita Patterson—. ¿No debes cerrar el portón? Dudo que tu tío quiera ver a sus caballos vagando entre los setos.

Helen cerró los puños, bajó del Land Rover y se dirigió de nuevo al portón para cerrarlo, conteniendo las lágrimas. «Heath jamás comentó eso», se decía. « ¡Heath no diría eso!»

Pero temía que hubiera sido así.

No era sencillo ocultarle sus sentimientos a la señorita Patterson, nunca lo había hecho, siempre se comportaba instintivamente de forma espontánea, sin disimular o encubrir algo a Heath. Pensaba que él había hecho lo mismo con ella, nunca imaginó que tuviera pensamientos o sentimientos distintos.

En realidad nunca esperó que hablara de ella con una persona extraña o que se refiriera a ella con tanto desdén. Se sentía herida y humillada, casi tan humillada como aquella noche en la piscina, y no era fácil adaptarse a esa situación ante la mirada burlona de la señorita Patterson.

Había un caminito de gravilla frente a la casa, en el centro de la misma se encontraba una fuente de piedra. Helen condujo el Land Rover de mala gana por el medio círculo que había para llegar a la puerta principal, después frenó con un poco más de control antes de indicarle a su pasajera que debía descender.

La señorita Patterson bajó e inspeccionó a su alrededor con evidente placer.

—¡Precioso! —exclamó entusiasmada y luego volvió la cabeza, esbozando una sonrisa, mientras se abría de pronto la puerta detrás de ella.

Helen, a punto de llevar el jeep a la cochera, se quedó inmóvil en su asiento, pero sólo apareció la hogareña figura del ama de llaves. No obstante, su mirada fue de asombro al ver a la recién llegada con su elegante traje, al lado el sucio Land Rover, con Helen al volante.

—No fuiste a buscar… ¡Oh, Helen! —exclamó impacientemente la señora Cittens y bajó los escalones para recibir a la nueva empleada—. Usted debe ser la señorita Patterson —

agregó, estrechando su mano—. Espero que haya tenido un viaje placentero. Debe estar fatigada.

—En realidad no está demasiado lejos —aseguró amigablemente la rival de Helen a la señora Gittens, permitiendo que su mano

descansara un instante en la del ama de llaves—. Pero debo confesar que me agrada encontrarme ya aquí. Me duele un poco la espalda.

—El Land Rover no proporciona demasiada comodidad —comentó Helen y la señora Gittens la miró con reprobación.

—Si fuera tú, lo llevaría lejos de aquí —aconsejó, observando a la sobrina del dueño—. El señor Heathcliffe regresará en cualquier momento y dudo que apruebe tu elección de vehículo para ir a buscar a un invitado.

Helen se encogió de hombros.

—Sus maletas están en la parte posterior —declaró, sin intentar sacarlas, entonces la señora Gittens subió la escalera y llamó al viejo Arnold Wesley para que fuera a ayudarlas.

Sin embargo, Helen no podía permitir que el viejo, que había servido en Matlock durante más de cincuenta años, sacara las dos maletas. Con un deje de frustración, salió del vehículo, colocó el equipaje sobre el suelo y luego volvió al jeep y lo puso en marcha. Miles Orrnerod, que cuidaba los automóviles de la casa, se encontraba en el garaje puliendo el Mercedes color bronce en el que se suponía que Helen iría por la señorita Patterson. Hizo una mueca cuando la joven entró y dio la vuelta al Land Rover para abrirle la puerta mientras ella apagaba el motor.

—Pareces abochornada —comentó a la vez que ella descendía. Cuando eran pequeños, ella y Miles habían jugado en los prados y bosques de Matlock, y esa familiaridad aún persistía como una especie de afecto.

—Ella está aquí —dijo Helen, metiendo las manos en los bolsillo?; posteriores de su pantalón ajustado—. Y es tan desagradable como esperaba.

—¿Desagradable? —Miles la observaba lleno de sorpresa—. Pensé que habías dicho que Heath la había descrito, rubia, esbelta y…

—¡Oh, claro que lo hizo! —le interrumpió Helen de mal humor—. Y lo es. Lo que quiero decir es que no le caigo bien.

—¿Lo dices en serio o será que ella no te gusta a tí?

Miles, a los diecinueve años, era dos años mayor que ella, la encontraba atractiva y Helen lo sabía. Pero durante mucho tiempo Heath había ocupado todos sus pensamientos y rara vez veía a Miles como algo más que un buen amigo. Sin embargo, se puso a su lado, complaciéndose con la tibieza de su comprensión. Hasta la señora Gittens se había puesto en su contra, pensó tristemente, y si la señorita Patterson le decía a Heath lo del Land Rover…

—¿Qué sucede?

Miles cogió la punta rizada de su trenza y la joven le miró.

—¿Por qué preguntas eso? —demandó, luchando contra el impulso de confiar en él y Miles torció la boca a la vez que observaba su rostro

de preocupación.

—Te conozco bastante bien —dijo tranquilamente—. Creo que fue algo que dijo esa mujer.

¿Qué ocurre? ¿Acaso dijo que ella y Heath son algo más que amigos? Oh, vamos, Helen, no sería la primera vez, ¿no es así? Siempre ha habido mujeres alrededor de Matlock Edge.

Helen apretó los labios.

—Aseguró… aseguró que Heath había comentado que yo era una mocosa malcriada—musitó.

Luego miró a Miles con resentimiento cuando no pudo contener la risa—. ¡No pensé que fuera gracioso! —exclamó, separándose del Land Rover.

—Pero, ¿no te das cuenta? —Miles la aprisionó entre sus brazos—. ¡Eres una chiquilla malcriada! Es por eso por lo que estás perpleja.

—¡No lo estoy!

Helen estaba indignada, pero al mirar el gesto de Miles sintió que la respuesta surgía de su interior.

—Eres un desalmado —balbuceó, golpeando con el puño su estómago, y se puso seria de pronto cuando él inclinó la cabeza hacia la suya.

Sus labios suaves y húmedos presionaron los de ella con repentina ansiedad, pero a pesar de que Helen estaba contenta con su amistad, aquello era algo que no había previsto. Habían salido juntos varias veces en el transcurso del año, y en una o dos ocasiones, le había permitido que la besara, pero no de aquella forma. Miles la estaba besando mientras su mano buscaba torpemente sus senos.

—¿Qué estáis haciendo?

La rudeza de aquella voz les separó con tanto éxito como lo hubiera hecho un torbellino.

Aún así, Helen se sintió destrozada después de que Heath fuera capaz de controlar sus ganas de golpearlos. Aturdida por el inesperado abrazo de Miles, no escuchó la aproximación del coche de su tío pero al volverse, vio el Porsche verde oscuro estacionado a unos cuantos metros de distancia. La puerta todavía estaba abierta.

¡ He preguntado qué estabais haciendo! —Rezongó, avanzando hacia Miles, que permanecía mudo a un lado—. Diablos, ¿tengo que sacarte la respuesta? ¿Cuánto tiempo has convivido con mi sobrina? ¿Durante cuánto tiempo ha ocurrido esto?

—No ha sucedido nada, Heath —balbuceó Helen, alzando sus ojos negros hacia el rostro de él. Nunca había visto tan enfadado a Heath y mientras sospechaba que algo tenía que ver con que hubiese ido por la señorita Patterson en el Land Rover, no le agradaba la forma en que él miraba a Miles—. Miles sólo me estaba besando, eso es todo.

No era la verdad, pero en ese momento lo único que quería era

quitarle a Miles la responsabilidad de lo ocurrido. Después de todo, ella le había incitado. Había ido allí, implorando su afecto. Si obtuvo algo más de lo que pidió, no podía culparle del todo.

Sin embargo, en ese momento debió haberse ahorrado saliva. Heath ignoró su presencia, se acercó a Miles y obligó al joven a levantar la cabeza para mirarle.

—Sólo recuerda esto —le advirtió violentamente—, si vuelves a poner un dedo sobre mi sobrina, ¡te romperé la cabeza! ¿Me oyes?

—Te oigo.

—Ven —le ordenó a Helen.

Capítulo 2

ESA noche, mientras se arreglaba para la cena, Helen recordaba una y otra vez esos turbulentos minutos con Heath, haciendo esfuerzos por descubrir cómo se había complicado todo. Se sentía desgraciada.

Soltó un suspiro y se sentó sobre el taburete que estaba frente al tocador. Se miró en el espejo llena de disgusto. Las lágrimas siempre hacían que sus ojos se enrojecieran y había estado llorando durante más de una hora después de que Heath la dejara marcharse.

Incluso su nariz estaba absolutamente colorada. Comenzó a dudar si un buen maquillaje podría ocultar todo aquello.

Apoyó los codos sobre el tocador, y comenzó a llorar de nuevo. ¿Por qué siempre aparecía ella como la víctima en las discusiones, mientras Heath no le prestaba atención? ¡No era justo! Heath continuaba tratándola como si fuera una niña y ella siempre parecía finalizar dándole la razón.

No estaba molesta con él por la forma en que se había dirigido a Miles. Todo lo contrario, si fuese sincera reconocería que se sintió absolutamente aliviada cuando Heath apareció.

Sin embargo, su tío no estaba preparado para perdonar y olvidar. Cuando nadie podía escucharles, la hizo bastantes preguntas, casi todas ellas estaban llenas de desdén. Le había dicho:

—¿Cuánto hace? —Preguntó, sus ojos verdes reflejaban ira—. ¿Cuánto hace que ese papanatas se permite tocarte?

—Él no… No… Es decir, no es lo que piensas, Heath—había comenzado a decir Helen tristemente—. Cuando traje el Land Rover… fue… amable conmigo —bajó la cabeza—. Creo…

creo que yo le busqué.

Heath se detuvo de pronto frente a la puerta del huerto.

—¿Qué quieres decir? ¿Tuviste un accidente en el Land Rover?

Te advertí que conducir tan rápidamente…

—No conducía deprisa —contestó Helen desesperadamente—.

No choqué.

Entonces ¿por que tenia que ser amable contigo? ¿Qué; ocurrió, Helen? ¿Qué hiciste? Será mejor que me lo digas antes dé que lo haga la señora Gittens.

Helen alzó la cabeza sin querer.

—Quieres decir… quieres decir… ¿que no has visto a la señora Gittens?

—No. Vine directamente al garaje. ¿Por qué?

—¡Oh, Heath!, pensé que sabías, pensé que a eso se debía tu mal humor.

—¿Qué sabía? ¿Saber qué? —Expresó, sujetándola por los hombros —. Por Dios, Helen, vayamos al grano. ¿Qué es lo que se supone que

debo saber?

Helen movió la cabeza.

—¿No lo recuerdas?

—¿Recordar qué?

—¿A… dónde me pediste que fuera esta tarde?

—¿A dónde quería que fueras? —repitió, desconcertado—. No recuerdo. ¡Sí, claro! —

Examinó su rostro de preocupación comprendiendo cada vez más —. ¡El Land Rover! —replicó

—. Fuiste a buscar a Ángela Patterson en el Land Rover —clavó los dedos en la parte superior de sus brazos—. ¡Lo había olvidado!

Al menos eso le tranquilizó, pensó Helen temblorosamente pero esa tranquilidad fue pasajera. Sus palabras borraron cualquier indicio de cordialidad del rostro de Heath que la miraba furiosamente.

—¡Obstinada! ¡Te mereces una buena zurra y uno de estos días voy a dártela.

Sus palabras la hicieron echar a un lado su autocompasión para enfrentarse a él en tono desafiante.

—Elegiré a un hombre que sea mejor que tú ¡Rupert Heathcliffe! —se zafó de sus manos y corrió hasta la puerta de la cocina.

Allí había una escalera que conducía a los pisos superiores de la casa e ignorando la expresión de asombro de Cook, Helen subió por la escalera. No creía que Heath la siguiera, y estaba en lo cierto, pero no se detuvo hasta que cerró la puerta de su habitación.

Cuando dejó de recordar lo sucedido, se levantó y miró a su alrededor. Habían transcurrido más de tres horas desde su encuentro con Heath y temía la idea de reunirse con él y Ángela Patterson para cenar.

La señora Gittens le dio la noticia.

—Deberías haberlo sabido —declaró recogiendo la ropa que Helen había arrojado sobre la alfombra. Movió la cabeza al ver la bata de seda que era lo único que llevaba puesto la chica

—. Será mejor que te vistas. Tu tío me mandó que te dijera que espera que bajes a cenar con él esta noche. Quiere que conozcas a la joven que ha llegado esta tarde.

—Ya la conozco —balbuceó Helen resentida.

—Por lo que he oído, te has negado a ser amable con ella —respondió secamente—. Y si no quieres que Heath suba y te baje a rastras te aconsejo que te esfuerces en ser civilizada.

Helen suspiró, pasando los dedos sobre la colcha. Supuso que debía ponerse algo adecuado para esa noche, pero deseaba ignorar la orden de su tío. La idea de compartir la cena con Ángela Patterson no le resultaba demasiado atractiva.

Desde su habitación, en Matlock Edge, se divisaba la parte lateral y

posterior de la casa. A su derecha, los alrededores boscosos de Jacob's Hollow formaban sombras alargadas conforme la noche avanzaba, y los murciélagos habían comenzado su torpe y errático aleteo entre los árboles. Bajo ella, al fondo de la casa, se hallaban las canchas de tenis y la piscina; las rejas que ocultaban las cabañas, estaban cubiertas de rosas amarillas.

La habitación era amplia. Realmente, la habitación era muy cómoda.

Helen recordaba lo desolada y atemorizada que se sintió cuando Heath la ubicó allí por primera vez. Pero siempre fue capaz de ahuyentar sus temores infantiles. Sabía que había permanecido junto a ella durante varias noches, en las que ella se había despertado gritando debido a que sufría terribles pesadillas, pero siempre le había encontrado a su lado para tranquilizarla. Luego, al regresar a su habitación, perdía esa seguridad, sin embargo, sabía que al otro lado del pasillo le podía encontrar y siempre podría recurrir a él si sentía miedo.

La madre de él se oponía, por supuesto. Por aquel entonces la señora Heathcliffe aún vivía en Matlock Edge. Su marido, el padre de Heath, falleció repentinamente cuando Heath tenía diecinueve años, por lo que el joven tuvo que dejar la universidad para hacerse cargo de los negocios. Heath tenía veintiún años cuando Helen llegó para vivir con ellos, y la señora Heahtcliffe no perdió la oportunidad de burlarse de su precipitada decisión.

« ¡No es lo mismo que si tuviera algún parentesco con nosotros! —argumentó—. ¡La gente murmurará, Rupert!»

Su madre era una de las pocas personas que todavía le llamaba Rupert, pero sus súplicas fueron en vano. Heath fue inflexible. El padre de Helen no tenía familiares vivos, Heath y su madre eran los únicos capaces de impedir que ella fuese a un orfanato.

Se secó sus lágrimas y abrió uno de los armarios para observar su ropa. Por fortuna, la señora Heathcliffe ya no vivía con ellos, pensó. La madre de Heath nunca aprobó la decisión de su hijo y no perdió oportunidad para intentar que Helen se arrepintiera de haber sido llevada a Matlock Edge.

Con el pasar de los años, Helen aprendió a ignorar los desaires, las ofensas premeditadas, las dolorosas agresiones que expresaba la señora Heathcliffe si estaba segura de que su hijo no se encontraba presente y, finalmente, cuando tenía diez años, la madre de Heath decidió marcharse a vivir a Manchester. Tenía allí un apartamento y Heath la visitaba religiosamente cada mes, pero la continua presencia de Helen provocó una ruptura entre ellos, difícil de enmendar.

La ropa que tenía frente a ella no le llamaba la tención, Helen prefería los pantalones vaqueros o la ropa holgada a los trajes

femeninos, de modo que la mayoría de su vestuario estaba pasado de moda. Durante los últimos días, rara vez había cenado con Heath y en las ocasiones en que lo había hecho, generalmente se había puesto una falda y una blusa, pero algo le decía que Ángela Patterson no se presentaría a cenar vistiendo de manera tan informal.

Impulsivamente, tomó uno de los vestidos de fiesta que se había puesto dos años atrás.

Tenía un exceso de volantes, ni siquiera en aquella ocasión le había gustado, pero después de haber llevado uniforme todo el día, le pareció un alivio. Sin embargo, comprendía el por qué de su decisión, era un intento pueril de transformar a una descuidada adolescente en una mujer sofisticada y se mofó de su elección.

Con un suspiro, recorrió con la mano el vestido. « ¿Qué otro atuendo tengo?», se preguntó descorazonada. Sin duda alguna, si le hubiera pedido a Heath ropa nueva, él se la hubiera comprado, pero estaba demasiado interesada en montar en moto, como para demostrar que le importaba ser femenina vistiendo. Y en ese momento, ya tarde. Tendría que ponerse algo de lo que tenía, y si no se apresuraba Heath tendría un motivo más para molestarse. Se dio una ducha y cogió ropa interior limpia en el cajón y volvió a examinar el armario. Si se pusiera algo de aquello provocaría risa pensó, sacando un frívolo vestido floreado de nylon, que le ajustaba los senos de forma indecente. Debería ponerse una falda y una blusa como siempre, y esperar que Ángela Patterson no apareciera haciendo gala de su elegancia.

Cuando forcejeaba con los botones de la blusa, se abrió la puerta y pensando que era la señora Gittens, se volvió haciendo una mueca. .

—Ya lo sé, ya lo se —comenzó a decir—, pero no puedo abrocharme… —se calló cuando vio entrar a Heath.

Él se había cambiado para cenar.

—¡Oh!

Al ver quién era, Helen se dio la vuelta agachando la cabeza para concentrarse en lo suyo, pero no antes de notar con cierto alivio que no la observaba con enfado.

—Ven, permíteme —se ofreció, aproximándose por detrás.

—No. Es decir… no puedes —balbuceó Helen, abrochándose con más torpeza mientras él la observaba; impacientemente, Heath posó las manos sobre sus hombros e hizo que se volviera hacia él.

—¿Por qué no puedo? —preguntó echando a un lado sus torpes manos para insertar los botones en los ojales. Ella notó cuando él sin querer, tocó sus senos y retiro la mano inmediatamente, alzando la mirada.

Después, caminó con impaciencia a través de la habitación como si no quisiera decir lo que debería haber dicho. Por fin la miró, y ese

deje de exasperación que había mostrado anteriormente, volvió a aparecer en su mirada.

—Mira —señaló por fin—. Creo que ambos hemos sido imprudentes esta tarde. Me expresé… con brutalidad, lo reconozco. No estoy diciendo que no tenía motivos —se llevó una mano al cuello —. Pero, no quería herirte, debes creerme.

Los labios de Helen temblaban y se volvió para deshacerse la trenza.

—¿Quién dice que me hicieras daño? —estaba temblando, y Heath maldijo entre dientes antes de dirigirse hacia donde ella estaba.

—La señora Gittens me contó que estuviste llorando.

—¡Oh… la señora Gittens! —Hielen cogió fuertemente un mechón de pelo para deshacerse la trenza—

—Sí, la señora Gittens —de nuevo Heath le retiró las manos para ayudarla. Dejó que el sedoso pelo se deslizara entre sus dedos de manera sensual——. Creo que no tenía derecho a decirte nada. Cumplirás dieciocho años el próximo año. Tendrás edad suficiente para casarte, si lo deseas. En realidad fue anticuado por mi parte objetar que permitieras que el joven Ormerod te besara.

—¡Oh, no seas ridículo! —Helen quitó el pelo de sus manos y buscó el cepillo. Por un instante, pensó que se había arrepentido de haberse molestado por el trato que le había dado a la señorita Patterson. En lugar de ello ¡condescendía con Miles por haberla besado!—. ¡No estoy interesada en «el joven» Ormerod, como tú le llamas! —respondió—. No intentes hacerme un favor, Heath. ¡No eres mi padre!

—Quizá no. Peno soy lo bastante viejo para serlo —replicó, en un tono que correspondía a su frialdad—. De cualquier modo, es obvio que no deseas que te perdone, me iré para que termines de arreglarte.

La intención burlona de sus palabras hizo eco en Helen y ansió decir algo para borrar ese deje de presunción que había en su rostro; sin embargo, se abstuvo para no diferir de nuevo con él, sobre todo, ante la cena que se aproximaba. Por ello dijo:

—Gracias —y le permitió caminar hasta la puerta antes de agregar —: Me alegra que ya no estés molesto conmigo, Heath.

—No recuerdo haber dicho eso —replicó, haciendo una mueca al adivinar su reacción—. Sólo quiero que sepas que me doy cuenta de que estás convirtiéndote en mujer—

Con el pelo rizado sobre los hombros, Helen se volvió con el rostro iluminado por la esperanza.

—¿En realidad lo crees?

—Sí —afirmó—,—. Me haces sentirme viejo.

La cena resultó tan terrible como Helen había supuesto. Cenaron en el comedor familiar, que era uno de los cuartos más pequeños de

Matlock Edge, alrededor de una mesa circular que databa del siglo dieciocho.

Como esperaba Helen, Ángela Patterson se presentó a cenar con un vestido de noche. Era de gasa azul y dejaba al descubierto sus hombros. No estaba bronceada como Helen, su piel era más bien pálida.

Con la blusa blanca y la falda color azul marino, Helen se sentía como si de nuevo estuviera vestida de uniforme e imaginó que la señorita Patterson disfrutaba el evidente contraste que había entre ambas. Deseó entonces haberse puesto el vestido estampado de nylon. Al menos así hubiera llamado la atención de Heath.

Muy pronto fue notorio que Ángela Patterson no había perdido el tiempo mientras Helen se encontraba malhumorada, en su dormitorio. Ella y Heath parecían haberse caído muy bien.

Helen no se hubiera sorprendido tanto, si le hubiese llamado Rupert. Pero no lo hizo. Se dirigía a él como el señor Heathcliffe, aunque mencionaba su apellido con cierta familiaridad. La conversación que se entabló entre ellos era bastante informal, como si se conocieran de siempre.

—Fui afortunado al asistir a la fiesta de Matt Hodge —expresó Heath, mientras Helen se esforzaba por tragar el bocado de cordero que había masticado durante los últimos tres minutos—. Él y yo no somos precisamente amigos sino colaboradores de negocios y fui porque quería hablarle acerca de una orden de exportación que me incumbía.

—Para mí también fue una suerte —comentó Ángela Patterson animada—. Es decir, ignoraba lo que iba a hacer. No tenía para pagar el alquiler de mi apartamento, y como usted sabe, mi capacidad no es afín a cualquier trabajo.

—¿Para qué está capacitada señorita Patterson? —interrumpió Helen educadamente. La otra joven esbozó una sonrisa.

—Oh, me temo que al igual que usted, crecí creyendo que no debía trabajar. Mi padre era un brillante escritor de libros técnicos —Helen estaba segura de que aquello estaba dicho a favor de Heath—, pero cuando falleció los trámites funerarios fueron terribles, creo que quedé casi destruida, mis habilidades se reducían a vestir bien y a resultar provocativa.

Dirigió una mirada de desesperación a Heath al decir aquello, y Helen se sintió morir de vergüenza. Pero parecía que él lo había aceptado, ya que mientras Helen la observaba incrédulamente, él dijo:

—Creo que se me debe culpar por permitir que Helen me convenciera de que estaba feliz aquí en Matlock Edge conduciendo esa ruidosa moto. Es hora de que comience a parecer mi sobrina, sin mencionar el que se comporte como tal. Empiezo a creer que mi

madre no estaba equivocada cuando decía que yo la iba a dejar crecer como a una gitana.

Helen tragó saliva, pero antes de que pudiera hablar, Ángela agregó:

—Sólo espero que esté dispuesta a escucharme. Para poder enseñar hace falta que haya deseos de aprender.

—Oh, estoy seguro de que lo estará —opinó Heath y Helen se disgustó ante su deliberado intento de provocarla.

Hablaban como si ella no estuviese presente y sintió deseos del abandonar el comedor, pero no lo hizo. Permaneció en su sitio, alzando la copa de vino hacia Heath en una especie de saludo burlón, de modo que su burla se tornó en preocupación.

—Tiene una casa preciosa —interrumpió Ángela y Helen pensó que había notado el interés de Heath en ella—. ¿Ha sido propiedad de su familia durante muchos años?

Heath recobró la cordura y forzó una sonrisa.

—En realidad, mi abuelo compró la casa a principios de siglo. Antes de ello, era propiedad de la condesa de Starforth.

—¡Qué interesante! —Ángela terminó de cenar y se inclinó hacia él en tono confidencial—.

Mi padre y yo poseíamos una casa en Cornwall… Trenholme. Él la compró cuando murió mi madre. Se dio cuenta de que podía trabajar mejor allí que en Londres. Tenía muchas amistades, sabe usted. En realidad, por eso nos mudamos. Necesitaba soledad para escribir.

—Me sorprende que ninguno de los amigos de su padre le pudiera conseguir un trabajo a usted —comentó Helen sarcásticamente, decidida a no ser ignorada—. Quiero decir, para eso son los amigos, ¿o no? Para ayudarse.

Ángela hizo una mueca.

—En realidad, no estaba… desesperada, Helen. De… de hecho, me ofrecieron varios empleos. Pero lo importante era hallar el adecuado —intercambió una sonrisa con Heath—.

Usted comprende, ¿no es así señor Heathcliffe? Una joven de mi educación… bueno, era importante para mí encontrar un trabajo en el que me sintiera a gusto.

Heath movió la cabeza.

——Por supuesto.

—Lo que está diciendo es que no hubiera fregado suelos, ni se hubiera hecho cargo de la máquina registradora en un supermercado insistió Helen y vio cómo Ángela se clavaba las uñas en el brazo haciendo un esfuerzo por responderle con educación.

—Sin duda alguna —declaró echando un vistazo tolerante a Heath.

—No veo qué otra cosa podía haber hecho —observó irónicamente Helen, entrelazando las manos sobre el regazo—. Es decir, usted

comentó que no tenía muchas habilidades.

—Es suficiente, Helen —la reprimenda de Heath puso punto final a su alarde de superioridad—. Estoy seguro de que sabes bien lo que quiere decir la señorita Patterson.

—¡Oh…Ángela, por favor!

—Muy bien, entonces, Ángela. Estoy seguro de que comprendes lo que Ángela quiere decir, Helen. Y a propósito, déjame decir que espero que trates a nuestra visitante con más cortesía de la que has mostrado hasta el momento. Ya me he disculpado porque fueras a buscarla en el Land Rover y Ángela está dispuesta a perdonar y olvidar. Al igual que yo, esperando que no tengamos más manifestaciones de ese tipo… ¿me explico?

—A la perfección —respondió Helen, sonrojada—. Y ahora, como es evidente que no me necesitáis para discutir mis defectos, quizá me permitáis irme a la cama, me siento fatigada.

Heath apretó los labios.

—Helen… —la llamó en tono de advertencia, pero ya se había levantado de la silla—. Oh, está bien —balbuceó alzando los hombros —. Vete a la cama. Mañana hablaré contigo.

Resultaba difícil para la joven articular un «buenas noches» para Ángela Patterson, pero lo logró, y después abandonó el cuarto con la cabeza en alto. En la misma medida para evitar el llanto, como para demostrar su independencia.

Capítulo 3

NIKO mordió el terrón de azúcar que Helen le dio y olfateó su bolsillo en busca de más. —

Lo siento, chico —murmuró, frotando la cara contra su suave hocico—. No tengo más —se echó hacia atrás para sonreírle—. ¡Deberías estar agradecido! El azúcar es pésimo para tus dientes. Niko la acarició el cuello de la camisa afectuosamente. En realidad, era el caballo de Heath, pero había sido el receptor de todos los problemas de Helen desde que llegó a Matlock Edge.

Pensó que era una lástima que ya nadie montara a caballo en Matlock Edge. Cuando era pequeña, Heath le había comprado un pony y juntos habían recorrido las colinas y valles de West Riding. Pero desde que se hizo más mayor, Heath siempre decía que estaba ocupado para ir a cabalgar con ella, y si alguna vez tenía la oportunidad de hacerlo, era en compañía de los invitados de su casa. El murmullo de unas voces masculinas la sacó de su concentración y se enderezó un poco, resentida cuando reconoció el tono de Heath. Apenas eran las siete de la mañana. ¿Perdería su intimidad, debido a que Ángela Patterson estuviera allí?

Aunque oía las voces, no entendía lo que decían, a pesar de que imaginaba que Angus McLintock no perdería el tiempo en decirle al señor que ella estaba allí. Fue una bendición que Niko hubiera pasado la noche en el establo. Quizá podría salir por la parte posterior sin que Heath la viera. Pero la sombra que vio en la puerta la hizo quedarse quieta, aunque se negó a saludarle.

—¡Helen! —La forma en que pronunció su nombre casi la hizo ceder, pero continuó acariciando la cabeza de Niko—. Helen, quiero hablar contigo. ¡Ten la amabilidad de volver la cabeza y mirarme! Helen se dio la vuelta violentamente.

—¿Bien? —Respondió con insolencia—. ¿Qué deseas? ¿Has invitado a montar a la señorita Patterson y deseas que os acompañe?

Lo lamento, hoy no tengo ganas de cabalgar.

Heath la miró con el ceño fruncido y la chica experimentó una sensación extraña al mirarle a los ojos.

—Es una lástima —replicó—. Porque te iba a invitar a montar, pero, si no quieres…

Indignada, Helen apretó los labios.

—No te creo.

—Tú lo has dicho, no yo.

—No, sabes a qué me refiero —movió la cabeza para evitar que Niko la olfateara—. No creo que pensaras invitarme a montar. Ni siquiera llevas la ropa adecuada para hacerlo.

—Puedo montar con cualquier ropa. ¿Debo suponer que después

de todo quieres ir a cabalgar?

Helen alzó los hombros.

—¿Está invitada la señorita Patterson?

—No.

—¿No? —alzó la mirada.

—No —convino, observando el campo que había detrás de él—. Entonces, ¿quieres montar o no? No tengo mucho tiempo.

—Supongo que sí.

—Perfecto —Heath avanzó—. Encontrarás al señor McLintock ensillando a Marnie. Ve a buscarlo mientras preparo a Niko.

—Estabas seguro de que iría, ¿no es así? —inquirió la joven, indignada.

Heath se paró frente a ella.

—Deja de perder el tiempo —la aconsejó—. Debo estar en Brad—ford a las diez de la mañana.

Helen quería negarse, decirle que montara solo, pero no lo hizo. Era una oportunidad para estar a solas con él que no soportaría perder. Le estaba esperando montada en Marnie cuando él condujo al caballo negro fuera del establo. Había una puerta frente a los establos que daba a los campos y parques que rodeaban Matlock Edge. Helen sabía que Heath solía saltarla a todo galope, pero esa mañana se bajó a abrirla, permitiendo que los caballos pasaran antes de volver a cerrarla.

Helen permitió que Marnie la llevara a lo largo de la pradera inclinada, escuchando el galopar de Niko detrás de ella. Al menos, hasta ese momento, Heath estaba dispuesto a disfrutar de su paseo a caballo, y la alegría se esparcía, como el fuego, por su cuerpo. Pero al fin la alcanzó.

—Está bien —expresó—, ¿vamos a hablar? Tengo cosas que hacer.

Helen vaciló un instante y luego señaló una franja de agua que manaba de unas rocas a poca distancia de ellos.

—Podemos desmontar y sentarnos junto a la corriente —sugirió ella clavando los talones en los costados de Marnie para apresurar el paso, después de una breve pausa Heath la siguió.

—Muy bien —respondió—. Si te agrada. Personalmente preferiría permanecer en la silla. La hierba está húmeda.

—¡Tan sólo es rocío! —Exclamó Helen, descendiendo de Marnie—. Hmm, huele deliciosamente, ¿no te parece?

Heath se encogió de hombros y bajó de un salto para estar junto a ella.

—Puedo pensar en cosas más dulces —opinó y caminó en dirección al agua—. Sabes, cuando era pequeño solía pescar aquí. Nunca comprendí por qué nunca pescaba nada.

—Tal vez usabas un anzuelo equivocado —comentó Helen

mientras se le aproximaba—. Yo venía a chapotear aquí cuando la señora Gittens me lo permitía —hizo una mueca—. En una ocasión palideció porque me quité toda la ropa.

Heath la miró con gesto serio.

—Solías hacer cosas así, ¿verdad? —observó, mientras ella se ponía colorada—. Es una de las cosas que espero que Ángela sepa eliminar. Ésa y otras sobre las que no hablaremos ahora.

—¿Para eso me has traído aquí? ¿Para hablar sobre Ángela Patterson?

—Entre otras cosas —asintió él, ignorando su nerviosismo—, debiste imaginar que eso era lo que quería. Creo que puedes comprender la situación.

—Oh, comprendo muy bien la situación —susurró Helen—Fuiste muy elocuente anoche. Debo aprender a hacerlo como cuando me piden que mantenga cerrada la boca. ¿No es una descripción justa de la situación?

—No, no lo es —Heath habló con tono de irritación—. Helen eres una inconsciente. He invitado a Ángela Patterson a Mantlock Edge para que te enseñe lo que una madre te hubiera enseñado: a vestirte, a comportarte frente a las personas, a ser la dama en la que pienso convertirte. No tenía la intención de que todo se volviera en contra de ti. Esperaba que os gustarais. Y aún conservo esperanzas al respecto, ¡aunque anoche intentaras hacer que Ángela pareciera tonta!

—No tuve que esforzarme mucho, ¿no es así? —Preguntó Helen a punto de llorar—. ¡No irás a creerte todo eso que dijo acerca de los empleos y todo lo demás! No creo que haya buscado ni siquiera uno. Ella estaba esperando a alguien, como tú.

—En realidad, no importa si la creo o no —expresó Heath inesperadamente, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Qué quieres decir?

—No me interesa la historia de Ángela Patterson.

—Pero si estaba mintiendo…

—¡Helen! —él se volvió hacia ella moviendo la cabeza impacientemente al ver las lágrimas que había en sus ojos—. Sé todo acerca de Ángela. No pensarás que iba a dejar que una extraña viniera a vivir a mi casa sin antes haberme enterado de cosas importantes sobre ella.

—O sea…

—Quiero que la escuches, que aprendas de ella. Y lo primero que deseo que hagas es ir con ella a Manchester y dejar que elija para ti ropa nueva. Prendas femeninas —agregó, observando lleno de desagrado sus pantalones vaqueros—. He descuidado mis deberes contigo durante mucho tiempo. Nunca debí dejar que me convencieras de sacarte de la escuela.

Helen se sintió un poco esperanzada.

—¿Quieres decir que vas a pasar más tiempo conmigo? —Inquirió dejando correr sus dedos por la manga de su camisa—. Oh, Heath lamento haberme engañado. No me di cuenta de lo que estabas haciendo —entonces, antes de que pudiera sacar las manos de los bolsillos para detenerla o dar un paso atrás, ella se estiró para besarle ansiosamente.

Sus labios eran firmes, distintos a los húmedos de Miles Ormerod, y ese saludo impulsivo resultó más placentero de lo imaginado.

Escuchó gemir a Heath y por un instante pensó que estaba angustiado. Pero la presión repentina que ocasionó su caricia, parecía negar esa sospecha, sacó las manos de los bolsillos, pero no para separarla de él.

La cogió de la nuca con una mano y con la otra le acarició la piel. No era como cuando Miles la había besado, ni como cuando Heath lo había hecho otras veces. Pero no quería que él se detuviera. Deseaba que prosiguiera.

—¡Heath!

No supo cuánto tiempo transcurrió antes de que Heath la separase. Parecieron unos cuantos minutos, pero ella sospechaba que sólo habían sido unos segundos. Por su expresión, dudó de que él hubiese podido prolongar el incidente y, por primera vez en su vida, se sintió tan avergonzada que no pudo mirarle.

—¿Quién te ha enseñado a hacer eso? —le preguntó él sujetándola por la barbilla para obligarla a mirarle—. Supongo que Ormerod. Santo Dios, ¡y yo que pensaba que eras inocente!

—Miles no me ha enseñado —respondió indignada, pero Heath no la creyó.

—¿Quién, entonces? —inquirió—. ¿Ha habido otros jóvenes de los que yo no he sabido nada?

¡Por Dios, Helen, dímelo antes de que te dé tu merecido!

—¡Celoso!

Helen fue un poco precipitada en su comentario. Le aborrecía cuando la trataba así, y la expresión de Heath se volvió más dura.

—No —replicó enfadado—. No lo estoy. ¿Cómo podría tener celos de una adolescente provocativa? Pero la próxima vez que hagas algo parecido, te daré una zurra.

—No comprendo por qué armas tanto jaleo. No ha pasado nada. ,

—¿No? —Heath sujetó la rienda de Niko y lo montó——. Estás haciendo que me arrepienta de haber decidido traer a la señorita Patterson a Matlock Edge. Debería haberte enviado a Suiza como sugirió mi madre. ¡Al menos allí no hubieras estado bajo mi responsabilidad!

—Pensé que te agradaba —respondió en voz baja, pero él la

escuchó.

—No responderé a eso —dio vuelta a la montura—. Anda, regresemos a casa. Quizá Angela Patterson tenga éxito donde yo he fracasado.

Tan pronto como se duchó y cambió, Heath salió rumbo a su reunión de negocios en Bradford, sin tomar nada más que una taza de café, de acuerdo con la señora Gittens.

—Subió en el automóvil y se alejó —le dijo a Helen, mientras le servía el desayuno—. Tenía aspecto sombrío… ¿qué le estuviste diciendo? Me juego la vida a que es algo relacionado contigo y con el paseo que disteis juntos esta mañana.

—No lo sé —aseguró Helen. Eso era algo que no podía discutir ni siquiera con la señora Gittens.

Angela Patterson apareció durante el desayuno, esbelta y atractiva, llevaba un vestido camisero y unas sandalias de correas color crema.

—Por las mañanas sólo suelo beber café —le aseguró a la señora Gittens después de observar horrorizada el plato de Helen con huevos revueltos—. Algunos necesitamos controlar las calorías —agregó y Helen de pronto perdió interés por la comida.

Fue terrible tener que permanecer en la mesa mientras Ángela bebía tres tazas de café negro y hacía varias preguntas sobre la rutina de Matlock Edge. Recordando la advertencia de Heath, la chica contestó cortés y civilizadamente y Angela respondió sonriendo de forma presumida de vez en cuando, como si supiera a la perfección por qué se estaba comportando tan bien Helen.

Cuando al fin quedó satisfecha, la señora Gittens sugirió que Helen debía mostrarle a la señorita Patterson los alrededores de la casa, para ponerla al tanto de la ubicación de las habitaciones y demás. Pero muy pronto Ángela se aburrió y opinó que un recorrido por los jardines le haría entender mejor la distribución de la casa.

Helen se encogió de hombros, y la condujo fuera.

La máxima aprobación de Ángela la obtuvo la piscina. Ambas se pusieron los trajes de baño y nadaron durante un rato.

—Deberías cortarte el pelo —opinó Ángela, cuando salieron a tomar el sol. Observó a Helen que sacudía el agua de su mata sedosa y movió la cabeza en señal de reprobación—. El pelo largo está pasado de moda —agregó—, pienso que te puedes hacer un corte parecido al mío.

Helen no respondió, no le parecía atractiva la idea de cortarse el pelo. Siempre lo había tenido largo. Pero, si ése era el deseo de Heath, ¿qué hacer al respecto?

También la perturbaba la forma en que Ángela la observaba.

A la hora de la comida, Ángela se dedicó a investigar más sobre el tipo de vida de Heath.

Con la excusa de necesitar información para preparar a Helen para el futuro, descubrió con éxito que su tío era miembro de los consejos de varias compañías, y que además de Matlock Edge y el apartamento de Londres, poseía una casa de campo en el sur de Francia y un palacio en Venecia.

—¡Qué exquisito! —se humedeció los labios, emocionada—. Fuiste una chica afortunada al ser adoptada por él. No todos los tíos son tan generosos.

—Heath no me adoptó y tampoco es mi tío —corrigió Helen inmediatamente, asombrada por el recordatorio de su relación—. Mi apellido es Mortimer… se lo dije. La hermana de Heath se casó con mi padre, cuando mi madre murió.

—¿Acaso tiene importancia? —Ángela no estaba interesada en la relación que había entre ellos—. No creo que tu padre hubiera podido darte la vida que te ha dado tu tío, aunque no os unan lazos de sangre. Será sencillo encontrarte marido.

—No busco marido —Helen estaba indignada, pero Ángela no la escuchaba.

—¿Qué distancia hay hasta Manchester? —inquirió, levantándose —. Creo que comenzaremos esta tarde. Estoy convencida de que puedes ponerte algo mejor de lo que llevas.

Helen se sintió temerosa de la tarde que le esperaba. Nunca le había interesado la ropa, sólo el deseo natural de vestir algo cómodo.

Miles las dejó en Picadilly y convinieron en que regresaría a buscarlas pasadas tres horas.

Al final de dos horas, Helen tenía varios artículos cargados a su cuenta. Para darle su merecido a Ángela, tuvo buen gusto al elegir la ropa.

Mientras tomaban una taza de té en una cafetería, Angela vio la peluquería.

—El toque final —dijo—. Quieres que tu tío se sienta orgulloso de ti ¿verdad? Entonces, ven. No nos queda mucho tiempo.

El hombre que las atendió usaba maquillaje y su voz no era más grave que la de Helen.

—Dice que quiere cortarse el pelo —declaró, observando el rostro de Helen—. Bien, veré qué se puede hacer —comentó por fin y Ángela movió la cabeza.

—Regresaré dentro de una hora —anunció Ángela—. No se preocupe por el precio. Mande la cuenta a Heathcliffe, Matlock Edge.

—Matlock Edge —repitió el hombre frunciendo el ceño—. Ah, he oído hablar del señor Heathcliffe. Muy bien, déjemelo a mí, puede confiar en que Ricardo hará un buen trabajo.

—Está seguro… —comenzó a decir Helen, medio preparada para sugerir que debían consultar con Heath antes de meterse en algo tan

importante como un corte de pelo. Pero Ángela se marchó feliz.

. —Si es tan amable, sígame…

El hombre indicó que Helen debía acompañarle hasta el salón que había al fondo del establecimiento.

—¿Ocurre algo malo?

El hombre la hizo acomodarse en una silla y la ayudó a ponerse una bata.

—Oh… no. No —Helen observó tristemente su imagen en el espejo —. Es que, no estoy segura…, ¿comprende? No sé si quiero cortarme el pelo.

El hombre sonrió.

—Tu madre tenía razón.

—¿Mi madre…? Oh, no. Ella no es mi madre —Helen se sonrojó divertida, preguntándose qué diría Ángela sobre eso—. Ella… es una amiga de mi tío. Cree saber lo que me conviene.

—Ya veo —el hombre frunció el ceño y caminó alrededor de la silla para observarla—.

Déjame que te enseñe algo. Espera aquí un instante —alzó la mano —. Un momento, por favor.

Al regresar, lo hizo con una peluca oscura, casi del mismo color que el pelo de Helen. Pero a diferencia del suyo era lacio y corto.

—Ayúdame a recogerte el pelo —enrolló la cabellera en espiral—. Ahora, colocamos la peluca. Así podremos hacernos una idea de lo que espera… la amiga de tu tío.

Helen tragó saliva. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo importante que era el pelo en la apariencia de una persona. Sin sus rizos, sus facciones eran diferentes y no le agradaba en absoluto.

—Date cuenta, tu rostro no es alargado como el de tu amiga —explicó Ricardo—. Sus rasgos son más juveniles, tienes tiempo de sobra para usar estilos sobrios. Por ahora, te sugeriría que me permitieras cortar las puntas, para darte un poco de forma a la melena. Cortártelo será un sacrilegio. Tienes un pelo muy bonito.

Cuando regresó la otra joven, después de cincuenta minutos, Helen estaba sentada en la sala de espera hojeando una revista— Nunca se había sentido tan aliviada, y aunque Ángela se impacientase, ella no se inmutó.

—Ya le he cortado el pelo —anunció Ricardo, en respuesta a su gesto inquisidor—. Pero la joven no quería que se lo cortara mucho y tuve que aceptar. No le hubiera quedado bien.

Ángela apretó los labios.

—Entonces, ¿qué le ha hecho?

—Oh, le corté las puntas, se lo lavé y se lo sequé. Le puedo asegurar que he realizado un buen trabajo.

—¿No le parece que me ha quedado bien, señorita Patterson?—

preguntó Helen incapaz de resistir la burla y Ángela la miró indiferentemente.

—Por el momento —reconoció y Helen se percató del tono de amenaza que había en su voz

—. Vamos, Ormerod estará esperando! —Volvió la mirada hacia Ricardo—. Le notificaré al señor Heathcliffe que usted le enviará la cuenta.

Capítulo 4

HELEN estaba acostada cuando llegó Heath. Oyó el ruido del motor cuando se dirigía al garaje y se preguntó con cierta amargura quién había estado con él durante esa tarde.

Cuando ella y Angela regresaron de hacer compras, supo que Heath había telefoneado a la señora Gittens, para decirle que no iba a ir a cenar. El motivo era una reunión de negocios en Leeds, pero Helen había escuchado esa excusa otras veces. No obstante, se sintió satisfecha por haber presenciado la desilusión de Ángela cuando descubrió que sólo había dos cubiertos puestos en la mesa. Había empezado a preguntarle:

—¿Tu tío cena fuera de casa frecuentemente? —inquirió ajustándose el tirante de seda del elegante vestido negro que llevaba, y Helen se encogió de hombros.

—A veces —respondió y Ángela hizo un gesto de enfado al tomar asiento.

Helen no se había preocupado de arreglarse para la cena. Con la falda y la blusa que había ido a Manchester, se sentía desaliñada. Era consciente de que Ángela la estaba observando, por lo cual, evitó ingerir cualquier alimento que engordara.

Pretirió concentrarse en las zanahorias y en las judías verdes, y provocó el disgusto de la señora Gittens cuando fue a retirar los platos.

—¿Qué sucede jovencita? —demandó—. ¿Deseas otra cosa? No es normal en ti dejar comida en el plato, además, esta mañana no probaste los huevos.

Helen evitó la mirada de Ángela.

—Comí ¿no es así?

—Tu comida consistió en una ensalada —refunfuñó la señora Gittens—. Comida de conejos.

Una joven no puede vivir a base de lechuga y judías. Cook ha preparado una tarta de chocolate de postre, te apetecerá ¿o no?

A Helen se le hizo la boca agua.

—¿Podría comer queso y galletas? —preguntó incómodamente—. En realidad, señora Gittens, no tengo apetito. Después probaré algo de fruta, pero hace demasiado calor para comer alimentos pesados.

—¡Qué horror!

Cuando salió la señora Gittens, Ángela no perdió tiempo para burlarse de la insistencia de la joven deslizando una mano por su esbelta figura con gran regocijo.

—Así que te tomaste a pecho mis palabras —enfatizó a la vez que observaba a Helen—.

¿Sabes? Nunca he tenido problemas de peso —declaró

presuntuosamente—. He tenido la talla treinta y ocho desde que tenía dieciséis años. Tener una talla cuarenta y dos, es un inconveniente. La mayoría de las prendas atractivas no se fabrican en tallas grandes.

—Yo no diría que la talla cuarenta y dos fuera una talla enorme —replicó Helen indignada ante el deliberado intento de Ángela de provocarla—. La señora Gittens tiene la talla cincuenta y tengo una amiga que compra pantalones de la talla cuarenta y cuatro.

Ángela torció la boca.

—Piensa lo que quieras. Pero debes reconocer que los diseñadores tienden a favorecer las figuras esbeltas. No te preocupes. No puedes evitarlo. Algunas de nosotras tenemos problemas de gordura.

—¡Yo no los tengo! —exclamó Helen, incapaz de contener su ira—. Mi piel es blanca y sin acné.

Ángela sonrió.

—Entonces, ¿por qué estás a régimen? —inquirió, en voz baja.

Después de recordar aquella conversación, Helen recostada en la cama, seguía escuchando el ruido del motor de Heath. Deseaba atreverse a salir en su búsqueda, como solía hacer cuando era más joven. A menudo, cuando no podía conciliar el sueño, bajaba de puntillas la escalera al sentir que Heath había cerrado la puerta y le sonreía cuando él protestaba.

Pero desde que ocurrió el incidente de la piscina, no volvió a salir de la habitación. Golpeó el colchón, llena de frustración al notar que aquellos días se habían ido para siempre.

Sin querer, el recuerdo de lo ocurrido esa mañana, volvió a atormentarla.

Heath estaba enfadado, reflexionó tristemente. Él actuó como si todo hubiese sido culpa de ella y cuando la besó fue incapaz de moverse, aunque lo hubiera querido hacer. Era como si hubiese intentado castigarla y castigarse a sí mismo también. Se palpó los labios y experimentó cierto placer al hacerlo.

Un ruido anunció que se había cerrado la puerta principal y Helen escuchó nerviosamente los pasos que se aproximaban. Aunque era una casa grande, la escalera estaba tan vieja que crujía. Heath no subió inmediatamente, y ella imaginó que se había dirigido hacia la cocina para servirse un poco de leche. Ella solía compartir ese vaso con él…

Helen suspiró descorazonada y se acomodó boca abajo, sin importarle que al echar a un lado la sábana su cuerpo quedara desnudo. Hacía demasiado calor para ponerse camisón.

El sonido de los pasos de Heath que se aproximaban, provocó que hundiera más el rostro en la almohada y se quedara inmóvil cuando se abrió la puerta de repente. La luz que provenía de afuera iluminó la cama y casi contuvo la respiración. La puerta se cerró de nuevo y ella exhaló el aire despacio al darse cuenta de que él se había

marchado.

A la mañana siguiente, todo parecía un sueño, pero no había sido así.

No pudo evitar sonrojarse cuando vio que él entraba en el comedor. Heath tomó asiento en el lado opuesto y la observó silenciosamente.

—Lo lamento —dijo y ella levantó la mirada, antes de concentrarse en la rebanada de pan tostado que estaba en el plato.

—¿Lamentar? —Balbuceó, sirviéndose mermelada—. No comprendo lo que quieres decir.

Normalmente siempre llegas tarde a desayunar. Como puedes ver, la señorita Patterson todavía no ha aparecido.

—No me refería al desayuno y tú lo sabes —declaró bruscamente —. ¡Helen, deja de fingir que vas a comer esa rebanada de pan! Ya has esparcido mermelada en ella dos veces y me parece repugnante. Deja el cuchillo y mírame. Prometo no herirte.

Helen se limpió los dedos en la servilleta, sin hablar, después levantó la cabeza.

—No imaginé que fueras a entrar en mi dormitorio —musitó incómoda—. Hacía mucho calor, no podía dormir arropada.

Heath entrecerró los ojos.

—¿Estabas despierta cuando abrí la puerta de tu cuarto?

Helen suspiró.

—Sí.

—No dijiste palabra alguna.

Helen contuvo el aliento.

—No —alzó los hombros llena de desesperación—. ¿Qué te hubiera dicho? ¿Buenas noches, Heath?

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? —Helen movió la cabeza—. Y supongo que hubieras dicho lo mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si yo entrara en tu dormitorio y te encontrara desnudo, ¿sólo hubieras dicho buenas noches?

Heath inclinó la cabeza.

—No estamos hablando sobre mí.

—No —Helen parecía más dura.

—Ni siquiera estamos hablando de anoche —agregó cortantemente —. Es acerca de lo que ocurrió ayer por la mañana, traté de disculparme por ello. Lo siento. Después de pensarlo, me di cuenta de que fue culpa mía, no tuya.

—¡Nadie tuvo la culpa! Sé que no soy la primera mujer a la que has besado y no espero ser la última.

Heath maldijo entre dientes.

—Helen, tú no eres cualquier mujer, sino mi sobrina —puso los cubiertos a un lado.

Helen se humedeció los labios, desconcertada.

—Heath, no somos parientes…

Sus ojos verdes se iluminaron.

—¿No lo somos?

—Sabes lo que quiero decir.

—Sé lo que estás diciendo —corrigió lleno de enfado—. Sin embargo, Helen, te considero mi sobrina. Cualquier otra cosa sería indigna —esbozó una sonrisa—. ¿Imaginas lo que diría mi madre si le contara lo ocurrido?

—Pues yo no lo lamento —declaró nerviosamente.

—Entonces, deberías hacerlo. Sólo puedo presumir que la relación que has estado sosteniendo con Ormerod te ha vuelto melodramática. Helen, no pongas en práctica tus tretas conmigo. Todavía puedo cambiar de opinión acerca del fin de curso.

—¡Oh, deja de amenazarme con eso! —Respondió Helen, ofuscada — No es justo. Todo lo que digo y hago, siempre pesa sobre mí. Si quieres enviarme a Ginebra, hazlo. No me interesa.

Heath apretó los labios.

—¿Hablas en serio? —inquirió delicadamente.

—¡Sí! ¡No! No lo sé —respondió con inseguridad—. Déjame en paz ¿quieres?

—Como quieras.

Heath intentó salir del comedor, pero la aparición de la señora Gittens se lo impidió.

—Los riñones al jerez vienen en camino. ¿Está seguro de que no quiere nada más?

Helen agrandó los ojos. Era obvio por la conversación de la señora Gittens que Heath había hablado con ella antes de ir al comedor.

—Solamente los riñones —respondió Heath, volviendo a su lugar, se sirvió un poco del aromático café que había preparado la señora Gittens y el ama de llaves observó a Helen a modo de reprobación.

—¿Y tú? —Inquirió, mirando la rebanada de pan—. No sé qué te sucede. No probaste bocado ayer y apenas has comido esta mañana— movió la cabeza—. Se lo dije a tu tío. No sé qué te ocurre. Siempre tuviste buen apetito.

Helen intercambió una aguda mirada con Heath. ¿Por eso se había disculpado?, se preguntó.

¿Acaso el interés de la señora Gittens por su falta de apetito le había hecho creer que se debía a su encuentro? Un tanto frustrada, Helen alejó el plato con la tostada y se dio la vuelta decididamente hacia el ama de llaves.

—Cambié de opinión —declaró—. Después de todo, unos riñones

no me sentarían mal —y luego sintió que se sonrojaba al ver que entraba Ángela Patterson.

Helen no disfrutó su instante victorioso. De hecho, cuando llegaron los riñones, le fue difícil hacerles justicia, con Heath y Ángela observándola. Pero al menos le había desconcertado, pensó, y valía la pena la mirada burlona de Ángela al ver a Heath frustrado.

Sin embargo, esperó, algo nerviosa que Ángela relatara a Heath su visita del día anterior a Manchester, pero además de contarle que había hecho unas cuantas compras, fue sorprendentemente discreta.

Quizá no quería problemas, recapacitó, pero tanta consideración no era característica en ella.

Después del desayuno, Heath se disculpó y una vez más dejó a Helen para charlar con Ángela.

—Creo que pasaremos la mañana en el jardín —decidió Ángela—. Eso nos permitirá charlar como ayer. Quiero saber cosas sobre tus amistades.

—¿No te gustaría jugar al tenis? —sugirió Helen, sintiéndose obligada a ser educada, después del comportamiento de Ángela. Pero la otra mujer movió la cabeza.

—El tenis es demasiado enérgico —opinó—. Nos acaloraremos y sudaremos. No es un deporte para días calurosos. No, nos sentaremos junto a la piscina. Permíteme que vaya a ponerme el traje de baño.

A solas, Helen se encogió de hombros. No le hubiera importado jugar un partido de tenis.

Le hubiese ayudado a digerir el sustancioso desayuno que acababa de ingerir. Sabía que Ángela en realidad quería sacarle información con respecto a su tío, acerca de sus amigos, no de los de ella. Y aunque parecía atractivo tomar el sol junio a la piscina, no lo era hablar sobre Heath.

Sin pensarlo, salió de la casa y se dirigió al patio. Caminó alrededor del garaje. Como de costumbre, Miles estaba allí, en el Land Rover, pero volvió la cabeza al escuchar pasos e hizo una mueca al ver quién era.

—Hola —levantó una mano engrasada y Helen movió la cabeza en señal de saludo.

—Hola —respondió, aproximándose a la motocicleta—. No quiero interrumpir. Deseo respirar un poco de aire fresco. Si alguien viene a buscarme, diles que he salido en la moto

¿lo harás?

—¿Es probable que te busquen?

—Quizá.

—¿Heath?

—No lo sé. Fue a la fábrica de hilados, supongo. Aquí no está su coche.

—Oh, claro —Miles condescendió—. Se marchó hace más o menos una hora. Pensé que tenías que hacerte cargo de la belleza rubia.

Helen se encogió de hombros.

—¿Así la llamas?

—Así la llama el viejo Arnold —respondió Miles—. Debes reconocer que es atractiva.

—Me alegra que pienses eso.

Helen se dio cuenta de que Miles interpretó mal su comentario.

—No te preocupes —señaló—. Me gustan las mujeres con un poquito más de carne y no de piel tan pálida. Y sobre todo me gustan las que se mueven con sensualidad.

Helen sacó la moto del garaje y montó en ella.

—Heath no está molesto contigo, ¿o sí? —preguntó, conteniendo las ganas de decirle que no le importaba su opinión y Miles se encogió de hombros.

—Claro que no. No le entusiasma mi presencia, si entiendes lo que quiero decir, pero es educado —suspiró—. ¡Santo cielo, parece que nunca se hubiera percatado de lo que estaba ocurriendo!

Helen frunció el ceño en el momento de encender el motor.

—¿Qué estaba ocurriendo? —inquirió.

—¡Vamos, Helen! —Exclamó, limpiándose las manos en un paño que sacó del bolsillo de su mono—. Hemos estado muy unidos desde que regresaste de la escuela.

—Somos amigos, si es eso lo que quieres decir —replicó Helen sin gustarle su actitud y Miles se le acercó moviendo la cabeza.

—¿Eso es todo? —acortó el espacio que había entre ellos, y sin gustarle el brillo de su mirada, Helen puso la moto en marcha.

Camino de la puerta, Helen observó por el espejo retrovisor que él se alejaba de mal humor.

Por fortuna para la joven, Heath no regresó a la hora de la comida, y cuando entró en el comedor, Ángela estaba sentada a la mesa, después de haber pasado la mañana al aire libre.

—¿Dónde has estado? —inquirió molesta por la ausencia de la joven. Helen decidió decir la verdad.

—Estuve montando en moto cerca de la granja —se sirvió un trozo de melón y Ángela apretó los labios.

—¿En moto? —repitió.

—Sí. En la motocicleta —replicó Helen, alegremente—. Heath me compró una cuando cumplí dieciséis años. Es pequeña, pero Miles la arregló para que pudiera correr más.

—¿Miles? Oh, o sea Ormerod —concluyó Ángela sarcásticamente —. El joven con el que te encontró tu tío el día que llegué. Me habló sobre él. Él es una de las razones por las que estoy aquí. Debo cuidarte.

Helen se sonrojó.

—¿Heath te comentó eso?

—Por supuesto. Tuvo que explicarme tu desaparición después de mi llegada. Debo admitir que no admiro tus gustos. Un mecánico de coches… ¡qué barbaridad! ¿No tiene las uñas sucias?

Helen ardía de ira, al darse cuenta de que Heath había hablado de sus cosas con Ángela.

Pero Ángela estaba allí y Heath no, de modo que Helen perdió la cordura.

—Al menos él sabe lo que es desempeñar un trabajo decente —respondió—. Él no es un parásito… que vive a costa de otros.

——Como tú lo haces —añadió Ángela maliciosamente, saboreando una fruta—. ¿Acaso no has vivido a costa de tu tío, como tú le llamas, desde que tu padre y tu madrastra fallecieron?

A Helen se le hizo un nudo la garganta.

—¡Eso no es justo!

—¿Por qué no? —Ángela enarcó las cejas—. Tú tío me invitó a trabajar, según su punto de vista. No me está pagando por vivir a costa suya —rió ofensivamente—. ¿Qué sugieres Helen?

—Tú no tienes ningún parentesco con él —replicó Helen desdeñosamente, luego apartó el cuchillo y reflexionó sobre lo que estaba ocurriendo.

Ella tampoco lo tenía, aunque, por fortuna, Ángela no lo había mencionado, pero eso no impidió que pensara lo correctas que habían sido las observaciones de la otra joven.

De ponto sonó el teléfono y fue un alivio, Helen miró ansiosamente por encima del hombro, rogando que fuese para ella. Y así fue. La aparición de la señora Gittens hizo que Helen se retirara de la mesa y se apresurara a recorrer el pasillo para coger el auricular.

—¿Heath?—preguntó impacientemente—. ¡Oh, Heath, me alegra tanto que seas tú!

—¿Por qué? ¿Qué has hecho?

—No he hecho nada —respondió—. Sólo quería hablar contigo, ¿te sorprende? Casi nunca lo hacemos.

—¿Has estado llorando? —Preguntó Heath al escuchar que le temblaba la voz—. ¿Qué te ha dicho Ángela esta vez? ¿No puedo dejaros solas cinco minutos sin que os peleéis?

—No… Al menos no ha sido debido a algo que dijese la señorita patterson —declaró Helen obstinadamente—. Yo… ¿Por qué telefoneas Heath? ¿No vas a venir a cenar?

—No —respondió Heath cortantemente y agregó molesto—: Helen debes decirme qué sucede. Quizá no podamos charlar esta noche.

—¿Por qué no?

—Porque tendremos compañía, por eso. Invité a Greg Marsden y a

su esposa a pasar el fin de semana. Él saldrá para Alemania el lunes, como creo haberte dicho.

Helen se mordió el labio inferior.

—¿Vendrán también Mark y Emma? —Mark y Emma eran los mellizos quinceañeros de los Marsden. Lo cierto era que Helen se lo pasaba muy bien con ellos.

—Me temo que no —Heath apagó su pequeña chispa de entusiasmo—. Ahora están en Devon con su abuela, pero puedes invitar a algunos amigos el domingo por la mañana, si te interesa.

—Gracias —Helen parecía tan desilusionada como lo estaba—. Pero la mayoría de mis amigos están fuera. Estamos en julio, Heath, época de vacaciones.

Heath suspiró.

—Sabes que te dije que procuraría que saliéramos en septiembre.

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo.

—¿Nosotros dos?

—Oh, en realidad no lo sé.

—¿Por qué no? ¡El año pasado no salimos y prometiste formalmente que iríamos de vacaciones este verano!

—No recuerdo haber mencionado que iríamos solos —dijo Heath —. No sería correcto, ¿no crees? Quiero decir, sabes lo que podría decir la gente.

Helen se humedeció los labios.

—¿Acaso tiene importancia?

—Claro que la tiene.

—Nunca te había molestado.

—Nunca tuviste diecisiete años.

—¿De modo que a partir de ahora no pasaremos momento alguno a solas?

Heath suspiró impacientemente.

—No he dicho eso. Pero de cualquier forma, es probable que dentro de unos años desees pasar las vacaciones con gente de tu edad. El año pasado pudiste haberte ido en Navidad con los Kessler, si no hubieras sido tan terca. Incluso en Pascua, tuviste la oportunidad de ir a Barbados.

—Sin ti —dijo Helen torpemente y alcanzó a escuchar la maldición que Heath lanzó.

—Por supuesto que sin mí. ¡Helen, tienes diecisiete años! Alguna vez deberás acabar con esa mala costumbre.

Ella contuvo el aliento.

—¿Te importaría si en vez de ello buscara trabajo?

—¿Un trabajo? —Heath parecía sorprendido—. ¿Qué tiene que ver el trabajo?

—Responde a mi pregunta. ¿Lo preferirías? ¿Que empezara a ganar dinero para mantenerme?

—¿Qué? —Heath volvió a refunfuñar—. ¿Helen qué te está pasando? ¿Para qué quieres dinero? ¿No te doy una mensualidad generosa? ¿Es eso? ¿Quieres que te la aumente?

—¡No! —Respondió Helen—. Oh, no importa…

—Claro que importa. Helen, ¿quieres conseguir trabajo? ¿ Es eso? ¿Intentas ser independiente?

—No —Helen miró por encima del hombro temerosa de que Ángela Patterson estuviera escuchando su conversación—. Hablaremos de esto en otra ocasión, Heath. Le diré a la señora Gittens que prepare una habitación para los Marsden.

—Hazlo.

Ella colgó antes de que él pudiera decir nada más.

—Tendremos compañía el fin de semana —le comentó a Ángela espontáneamente al regresar al comedor. Ya le había dado la noticia a la señora Gittens y aunque detestaba hacerlo tuvo que decírselo a Ángela.

—¿Oh, quién? —Preguntó interesada la otra joven—. ¿Alguien que conozca?

—Todo depende de si te interesan las computadoras —replicó Helen—. Son Gregg Marsden y su esposa. Él es director técnico IBM.

—Ya veo… y, ¿el señor Marsden es colega de tu tío?

—Son socios en la compañía —convino Helen brevemente ¿Me pasas el salero por favor?

—Pensé que los negocios de tu tío se limitaban a las fábricas textiles —Ángela pasó el salero a Helen.

—Pues no es así.

—Cuéntame, ¿tu tío viaja mucho por cuestiones de trabajo? —preguntó y Helen controló su impaciencia.

—No tiene importancia, ¿o sí? —inquirió, observándola despectivamente.

—Estoy intrigada, eso es todo —declaró Ángela con tranquilidad, sirviéndose una gran porción de pasta con jamón y huevos—. Cuando vivía papá, él y yo solíamos pasar mucho tiempo fuera del país —hizo una pausa y después continuó—: Él era arqueólogo, ya sabes…

muy interesado por las antiguas civilizaciones y ese tipo de cosas. Conocía Egipto a la perfección, una de las primeras cosas que recuerdo es estar al pie de la Gran Pirámide imaginando…

——Creí que habías dicho que tu padre era escritor —la interrumpió Helen—. Tú contaste a Heath…

—Oh, bueno, sí, lo era —Ángela enmendó su narración rápidamente—. Él escribía sobre investigaciones arqueológicas, por supuesto. Te comenté que sus libros eran más bien técnicos, ¿no es

así?

—También mencionaste que tu padre había abandonado Londres porque necesitaba estar solo para escribir —le recordó Helen—. Dijiste que os habíais mudado a Cornwall. ¿Eso fue antes o después que fuerais a Egipto?

—Bueno, por supuesto fue después. El hecho de que uno viva en Cornwall no significa que esté ajeno al resto del mundo.

—Supongo que no —Helen compartió su opinión.

—Imagino que has viajado con tu tío —agregó Ángela resentidamente y Helen se encogió de hombros.

—Alguna vez —convino—. Pero nunca lo hacemos cuando está ocupado en sus negocios —

Ángela suspiró al escuchar la evasiva respuesta.

Capítulo 5

HELEN estaba sentada junto a la piscina, cuando llegaron los invitados de Heath. Lo hicieron en coches separados. Heath conducía un Porsche y Greg Marsden, iba al volante de un enorme Volvo.

Helen escuchó el ruido de los motores al momento de meter los pies en el agua, se puso nerviosa al identificar la voz de Heath. Esperaba que la señora Gittens los recibiera y les mostrara sus habitaciones, pero debido a que hacía una tarde preciosa, Heath escoltó a sus invitados por el camino de la huerta y descubrieron a Helen.:.

—Bueno, bueno —Greg Marsden alto y fuerte, parecía mayor que su colega, pero su trato era más jovial—. ¿A quién tenemos aquí? Heath no me dijiste que tenías invitados.

—¡Deja de bromear, Greg! —Marión Marsden sonrió afectuosamente a Helen—. ¿Cómo estás, querida? Debo decir que mucho más alta que la última vez que te vi.

Helen sonrió un tanto alterada, consciente del minúsculo tamaño de su bikini y de la opinión de Angela al respecto, pero Greg no le cedió a su esposa la última palabra.

—Lo que te he dicho —palmeó el hombro de Heath—. Tu sobrina es toda una mujer, ¿no es así? La última vez que la vi todavía llevaba trenzas.

—La última vez que la viste fue en Pascua —replicó su esposa firmemente—. Y en esa ocasión no llevaba trenzas. No te vayas Helen. No dejes que mi marido te ponga colorada.

Quédate a tomar el té con nosotros.

—Oh, en realidad, yo… —comenzó a decir Helen torpemente, deseosa de que Heath le hubiese avisado la hora en que iba a llegar con sus invitados. Habría tenido tiempo para vestirse de forma apropiada. Hasta ese momento, Heath no había dicho ni una sola palabra, la observaba como si estuviera pensando que ella había planeado esa bienvenida.

—¿Dónde está la señorita Patterson? —preguntó, rompiendo el silencio y Helen se humedeció los labios antes de responder.

—Ella… ha ido a cambiarse —se apoyó en el borde de una de las sillas plegables—. En realidad, pienso que yo también debería hacerlo.

—¿Por qué? —Greg se sentó en la silla que estaba junto a ella, haciendo un gesto—. ¿Por qué negarle a un atormentado hombre de negocios la oportunidad de soñar? No tienes frío,

¿o sí? Hace una tarde maravillosa. Vamos Helen, relájate. Heath, pregúntale al ama de llaves si tiene una deliciosa lata de cerveza en el frigorífico.

Heath arrojó la chaqueta que llevaba sobre el hombro y se

desabrochó el cuello de su camisa. Al observarle, Helen no estaba segura de qué deseaba que ella hiciera, pero de alguna manera presentía que no estaba de acuerdo con el convenio al que habían llegado.

—Yo se lo diré —se ofreció la joven—. Le diré a la señora Gittens que el señor Marsden desea una cerveza —antes de que alguien pudiera detenerla, corrió en busca del ama de llaves.

La señora Gittens estaba con Cook en la cocina, como Helen había imaginado, preparando una bandeja para servir algo a los invitados.

—¿Quieren té? —inquirió cuando Helen atravesó la puerta giratoria. La joven respiró antes de hablarle—. De modo… que cerveza para el señor Marsden, ¿y tu tío?

—Tomaré té, señora Gittens, gracias —la voz de Heath hizo que Helen se diera la vuelta—.

Le agradeceré mucho que lo sirva en el patio.

—Por supuesto —sonrió la señora Gittens y, con un gesto, Helen se retiró. Pero fuera de la cocina, en el pasillo, la voz de Heath la detuvo y ella volvió la cabeza.

—Espera —le ordenó, alcanzándola—. Vamos a la biblioteca. Quiero hablar contigo.

—¿No puedes esperar? —Helen señaló con la mirada su traje de baño y sus pies descalzos, pero Heath movió la cabeza en señal de negación.

—Quizá no tengamos oportunidad más tarde —expresó, caminando delante de ella y abrió la puerta—. Entra. No me mires así. Los Marsden se preguntarán qué está pasando si no regreso pronto con ellos.

Ella suspiró y entró a la habitación. Estaba cohibida ante Heath y nunca lo había estado. Se hundió en uno de los sillones de piel, en un intento por ocultar su nerviosismo, pero Heath se quedó mirándole a los ojos y supo al ver su expresión, que él se había dado cuenta de su excitación.

—¿Por qué me preguntaste por teléfono si quería que trabajaras? —inquirió sentándose en el borde de la mesa que tenía detrás de él—. ¿Alguna vez te he insinuado que no estaba contento con tu situación económica?

—No.

—Entonces, ¿Ángela te ha insinuado que el trabajar te ayudaría a resolver tus problemas?

—No.

Una vez más Helen respondió de forma negativa, apartando la mirada de él, cuya paciencia comenzaba a agotarse.

—Entonces, ¿por qué sugerir algo así? —demandó nerviosamente —. ¿No eres feliz aquí?

En ese momento Helen le miró, sus ojos reflejaban indignación.

—¿Tienes que preguntarme eso?

Él se encogió de hombros.

—Trato de encontrar coherente la conversación que mantuvimos hace unas cuantas horas —

replicó—. Debió haber un motivo para que me hicieras esa pregunta. Sólo quiero averiguar cuál fue esa razón.

—Fue una tontería lo que te dije —respondió la joven desinteresadamente—. ¿Eso es todo?

¿Ya puedo ir a vestirme?

Él apretó los labios.

—¿Cuándo compraste esa… esa cosa que llevas puesta?

Ella inclinó la cabeza.

—No recuerdo. El año pasado… el antepasado…

—¡No me gusta nada! —Expresó Heath—. No quiero verte de nuevo con eso puesto. Es grotesco. Dile a la señorita Patterson que agregue trajes de baño a la lista de artículos que necesitas. Imagino que tendrás algo decente para ponerte esa noche.

Helen se levantó.

—No te avergonzaré, si es eso lo que quieres saber.

—¡Por Dios! —se enderezó y se retiró del escritorio—. ¿Qué te sucede, Helen? Durante los últimos, días… de hecho desde que llegó a Matlock Edge la señorita Patterson… has estado comportándote de una forma muy extraña. ¡Entiendo todo, menos esa repentina necesidad de hacer sentirme un desalmado!

—No creo que te haga sentir eso —Helen agrandó los ojos.

—Quiero que olvides eso del empleo y que no te preocupes por nuestra relación. Quiero que comiences a comportarte como la mujer en la que te estás convirtiendo. Marión tiene razón… estás creciendo. Y con la ayuda de Ángela, quizá consigas marido antes de que finalice el año.

—¿Eso es lo que quieres? —le acusó—. ¿Por eso trajiste a Ángela Patterson? ¿Para deshacerte de mí?

—Oh, por favor —Heath alzó la mirada—. Deja ya de tomarte todo tan a pecho. No te estoy amenazando con que encuentres marido. La mayoría de las jóvenes buscan a alguien con quien casarse tan pronto como descubren lo que es el sexo opuesto.

—Yo no.

—¿Qué quieres decir con… yo no? —Heath suspiró—. Aún no eres lo bastante madura como para saber lo que quieres.

—¡No quiero casarme! —Exclamó Helen—. Eso lo sé.

—¡Por Dios! ¿Por qué no?

—Tú no te has casado.

—Soy diferente.

—No, no lo eres. Necesitas una mujer. La señora Gittens lo dijo.

—¿Ah, sí? —La mirada de Heath se tornó sombría—. ¿Y qué más ha dicho la señora Gittens?

—Oh, nada —respondió incómodamente al darse cuenta de que sus palabras podían causarle problemas al ama de llaves—. En realidad ella no se refería a ti, interpreté mal su conversación.

—¿Ah, sí?

—Sí, es cierto —le miró desesperadamente—. En serio, Heath, debes creerme. Odiaría que discutieras con la señora Gittens por algo así. Ella se moriría, créeme.

—¿De modo que no es cierto? —Heath caminó hacia ella, sus ojos brillaban peligrosamente.

—No miento, si es eso a lo que te refieres —Helen tragó saliva.

—Entonces, ¿dijo ella eso?

—Sí. No —Helen movió la cabeza—. ¡Oh, haces que me confunda! ¿Acaso te importa lo que la señora Gittens diga sobre ti? Creía que no te importaba lo que los demás dijeran de ti.

—Yo no diría eso.

—Yo sí. ¿Me puedo ir ya? Por favor.

—Supongo que será mejor —Heath se encogió de hombros.

—Gracias.

Se dirigió hacia la puerta, pero él fue más veloz y la adelantó para coger el picaporte, su mirada era burlona al observar su desconcierto.

—No me aborrezcas, Helen —dijo de pronto y ella se sonrojó.

—No te aborrezco.

Él inclinó la cabeza premeditamente.

—Tú podrías… fácilmente ser—balbuceó, su respiración golpeaba sus hombros descubiertos y ella subió a su habitación apresuradamente.

Marión Marsden entró en el dormitorio de Helen mientras ésta se arreglaba para la cena.

—¿Interrumpo? —preguntó en tono de duda al ver a Helen en bata. La joven se apresuró a mover la cabeza en señal de negación.

—Adelante. Puedes ayudarme a decidir qué ponerme.

Marión echó un vistazo a la habitación, estaba admirada de lo grande que era.

—En realidad es un dormitorio encantador, Helen —declaró extendiendo los brazos—. Lo echarás de menos el día que te cases. No hay muchas casas como Matlock Edge en estos alrededores.

Helen movió los hombros, impacientemente al cerrar la puerta.

—¿A qué se debe que de pronto todo el mundo hable de matrimonio? —preguntó—. No pienso casarme… al menos no por el momento.

—¿Quién más te ha hablado sobre matrimonio? —preguntó

Marión inocentemente tomando asiento en la cama, pero Helen no estaba dispuesta a decírselo.

—Esa sombra color rosa te sienta bien —cambió de terna—. Quisiera saber qué me voy a poner.

Marión ladeó la cabeza para mirarse en el espejo y luego suspiró.

—Me estoy llenando de canas —comentó, tocando sus rizos castaños resignadamente—.

Agradece que no tienes que preocuparte por los centímetros de más o por las raíces descoloridas.

—Yo no diría eso —suspiró Helen—. La señorita Patterson considera que me sobran unos kilos.

—¿La señorita Patterson? Oh, ¿te refieres a la mujer que Heath contrató para que se haga cargo de ti? Quizá tenga envidia. Después de todo, siempre has tenido lo que has querido,

¿no es así?

—¿Sí?

—Deja de hacerte la tonta, Helen. Sabes que lo has logrado. Bueno, ¿qué piensas ponerte?

—En realidad no me hacía la tonta, Marión —Helen se mordió el labio inferior tristemente

—. Deseo que seas sincera conmigo. ¿No te parece que estoy… gorda?

Marión respiró.

—Por supuesto que no.

—Pero no soy esbelta, ¿no es así?

Marión movió la cabeza.

—Estás bien formada, eso es todo. No estás delgada. Eso te lo aseguro, pero tampoco estás gorda. Y con ese pelo…

—Entonces, ¿crees que no debo cortarme el pelo?

—¿Cortártelo? —Repitió Marión—. ¿Quién te dio esa idea? Apuesto a que no fue Heath —

hizo una pausa al notar que la joven se sentía incómoda—. Helen, tu pelo es una de las cosas más bonitas que tienes. Si te lo cortaras estarías loca.

—Eso mismo pensé yo.

—Bueno… si has terminado de mirarte en el espejo…

—No estaba… —Helen se sonrojó, después vio que Marión le sonreía arrepentida—. El vestido —agregó—. Te enseñaré lo que hemos comprado.

Sacó los vestidos del armario para enseñárselos a Marión.

—Son preciosos, ¿verdad? —Murmuró Helen esperanzada, señalando el satén azul marino del vestido de manga ancha y escote en la espalda—. Este es el que más me gusta —agregó, señalando otro de fina seda—. Es muy suave, ¿no crees?

—Sí —Marión dejó de mirar los vestidos para observar de nuevo la figura juvenil de Helen.

—No parece que te gusten mucho —declaró después de un momento, un poco insegura—. No crees que me queden bien, ¿verdad? Estoy gorda, como dice Angela.

—¡No lo estás! —Exclamó Marión—. Y los vestidos son… preciosos. Lo único que me pregunto es si son adecuados para una joven de tu edad.

—¿Qué insinúas?

—Helen, no eres mucho mayor que Emma y francamente te digo que yo no le permitiría ponerse algo así.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? —Marión se humedeció los labios—. Bueno, pues porque son para una mujer mayor. Imagino que alguien como la señorita Patterson.

Helen suspiró.

—No soy una niña, tú lo sabes, Marión.

—Lo sé. Pero tampoco eres una mujer sofisticada. ¿Dónde compraste esto? Apuesto a que no fue en el departamento de jovencitas.

—Los compramos en Mallory's —replicó Helen, defendiéndose.

—Mallory's —Marión movió la cabeza—. ¿Qué es eso, una tienda de ropa de Bradford?

—En realidad, está en Manchester —respondió Helen nerviosamente—. A Ángela no le gustaron los departamentos de jovencitas. Decía que la música estaba muy fuerte y que la ropa era fea.

—Heath debió mandarte conmigo. Y te hubiera comprado un vestuario más adecuado para mujeres de tu edad, que de la mía.

—Oh, Marión… entonces, ¿qué voy a ponerme?

—Dime, ¿no tienes una falda?

—¿Una falda? —el ánimo de Helen decayó aún más—. ¡Oh, otra vez, no!

—De modo que sí tienes una falda —evaluó—. ¿Tendrá Heath una camisa blanca que pudieras pedirle prestada? Enseguida te diré lo que haremos.

—¿Cómo consigo una camisa de Heath?

—Pídesela a la señora Gittens —le aconsejó Marión inteligentemente—. Te aseguro que ella conoce mejor que nadie lo que Heath tiene en su armario. Ella te traerá la camisa, si se la pides. Ahora, apresúrate. Hazlo. No tenemos mucho tiempo.

Veinte minutos después, Helen se observaba en el espejo, poco convencida. ¿Quién hubiera pensado que una camisa de hombre blanca la haría parecer tan atractiva? Y todo se lo debía a Marión y a

su ingenio.

La camisa que le había llevado la señora Gittens era de seda, aunque el ama de llaves no aprobaba el uso clandestino de las pertenencias del señor.

—No sé qué dirá el señor Heathcliffe —protestó, negándose a responder a los halagos de Helen—. Pensé que tú y la señorita Patterson habíais comprado ropa el día que fuisteis a Manchester.

—Así fue —reconoció Helen, frotando la camisa contra su rostro—. Pero la señora Marsden piensa que no es adecuada, de modo que me ayudará a vestirme.

—¡Qué locura!

La señora Gittens se alejó hablando en voz alta, pero al mirarse en el espejo, Helen estaba segura de que la vieja ama de llaves lo aprobaría al ver el resultado del plan de Marión.

Llevaba los dos botones de arriba desabrochados, de modo que quedaba descubierto el delicado contorno de su cuello. El borde de la camisa casi cubría las caderas de Helen, pero Marión le había ceñido la cintura con una pañoleta azul de seda a modo de cinturón. En los extremos de las mangas, pusieron unas pulseras de plata labrada que Heath había traído de Marruecos de modo que éstas le quedaban ajustadas a los puños. Y de su cuello pendía un medallón de plata, que le había prestado Marión.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? —Preguntó Marión tocando los rizos sueltos que caían sobre sus hombros—. Pienso que estarás de acuerdo en que las cosas sencillas con unos cuantos accesorios pueden hacer atractiva a una mujer.

—¡Es… es fantástico! —Exclamó Helen, volviéndose para abrazar a Marión—. Me encuentro…

muy… muy…

—… sexy, lo sé —convino Marión secamente—. Ahora, ponte las sandalias y vamos. Llevamos quince minutos de retraso.

Heath y sus invitados estaban bebiendo en el patio cuando Helen y Marión se reunieron con ellos. Ángela estaba allí, tan sofisticada como de costumbre.

Sin embargo, para su sorpresa, la apariencia de Helen atrajo más la atención y, a juzgar por la expresión de Ángela, no era para su provecho. Ángela abrió la boca asombrada cuando vio a la joven a la que había ido a cuidar y volvió la mirada hacia Marión como pidiendo una explicación.

Por el contrario, Heath no se mostró sorprendido ante su estilo de vestir aunque frunció el ceño al observar la apreciación de Greg Marsden. Era como si juzgara el efecto que ella estaba ejerciendo sobre sus invitados, pensó Helen un poco indignada y se sonrojó. —Estás muy atractiva esta noche, querida Helen —expresó Greg,

rompiendo el silencio que había provocado su aparición—. Es una lástima que aquí no haya ningún joven para apreciarlo, pero me tienes a mí para hacerlo.

La sonrisa de Helen no fue fingida.

—Usted tampoco está tan mal —declaró, ignorando las miradas hostiles que Angela le dirigía—. Siempre he pensado que una chaqueta favorece al hombre.

—Oculta una infinidad de pecados —opinó Marión y dio un golpecito a su esposo en el estómago—. Heath, me gustaría un jerez seco si tienes. ¿Y tú Helen? ¿Qué vas a beber para celebrar tú… independencia?

Helen observó nerviosamente a Heath mientras servía el jerez de Marión de una botella que estaba en el carrito de servicio que había sacado la señora Gittens.

—No sé —respondió—. Quizá también un jerez. ¿O tal vez un Martini seco?

—Jerez —dijo Heath cortantemente, proporcionándole una copa—. Podrás parecer una persona adulta, pero aún eres menor de edad.

—¡No seas aguafiestas, Heath! —Greg colocó su mano en el codo de Helen—. Hmm, también hueles bien.

—Me agrada que te guste. Marión y tú me regalasteis este perfume la pasada navidad.

—Y te sienta muy bien —declaró Marión, riéndose ante la cara de desconcierto de su esposo—. ¿A qué hora cenaremos Heath? Confieso que el aire de la campiña me abre el apetito —hizo una pausa antes de agregar decididamente—. ¿No opina lo mismo, señorita Patterson?

Angela dejó de contemplar los rosales y la miró desdeñosamente.

—No tengo mucho apetito, ni siquiera en las mejores ocasiones. En ese sentido soy afortunada.

—Oh, yo no diría eso —expresó Marión bastante complacida—. Si tuviera que satisfacer todos los días el apetito voraz de un hombre, cambiaría su actitud.

—Lo dudo —la sonrisa de Ángela fue fría—. Uno siempre debe intentar controlar su apetito, ¿no opina lo mismo?

—Todo depende de la clase de apetito al que se refiera —comentó Greg inconteniblemente

—. ¿Nunca ha tenido un hombre a quien guisarle, Angela? No le importa que la llame Angela,

¿o sí? Así la llama Heath, ¿o me equivoco?

Ángela forzó una sonrisa de cortesía.

—Por supuesto. Llámeme Ángela. Y en respuesta a su pregunta, guisé para un hombre durante muchos años: mi padre.

—¡Oh, qué vergüenza! —Greg hizo un gesto, y luego, se volvió hacia Heath una vez más y comenzaron una discusión acerca del

precio del combustible.

—¿De dónde has sacado esa ropa? —le preguntó Ángela a Helen cuando estuvieron juntas.

Marión había ido a admirar los arbustos que Arnold Wesley había sembrado alrededor de la cancha de tenis, y como los hombres estaban ocupados, nadie pudo oír las palabras de Ángela.

—Marión —replicó Helen sin querer— pensó que me quedaban muy bien y yo también.

—¿Y qué hay de malo en los vestidos que compramos en Man—chester? —Ángela contuvo la respiración— ¿Puedes imaginarte lo avergonzada que me hubiera sentido si estuviera presente alguien más?

—¿Qué insinúas?

—Tu tío me contrató para guiarte en cuanto a tu vestuario —susurró Ángela impacientemente—. Me aterroriza imaginar qué pensaría. ¡Tendré que decirle mañana que no estás preparada para aprender!

—Los vestidos que compramos son demasiado serios para mí —balbuceó Helen en voz baja

—. Marión dijo…

—¡Marión dijo! —repitió Ángela burlonamente—. ¿Qué sabe Marión? El vestido que lleva quizá fue moderno hace veinte años.

—¡Eso no es cierto! —Helen estaba indignada.

—¡No creerás que Marión Marsden es un buen juez de modas!

—Esto me agrada —declaró Helen con rebeldía, observando el escote de la camisa—. Soy…

soy yo.

—Desaliñada —dijo Ángela desdeñosamente—. Igual que tú. Pero si ésa es la manera en que quieres ir vestida…

—¿Está listo para cenar señor Heathcliffe?

La voz familiar de la señora Gittens creó una agradable interrupción, y Heath observó primero a sus huéspedes para asegurarse de que ellos lo estaban.

—Vamos, Marión. La cena está servida—dijo Greg de forma incorregible y Helen sonrió ante la obvia frustración de Ángela.

Después de la cena, por primera vez durante toda la noche Helen se encontró a solas con Heath. Estaban sirviendo el café en el patio ya que hacía una hermosa noche, pero cuando iba a seguir a Ángela y a los Marsden, él la detuvo. Al sentir su mano firme sobre su brazo, se exaltó.

—Quería decirte que aplaudo el cambio —comentó en hoz baja, deslizando una mano por el cuello de la camisa—. Tendré que felicitar a Ángela por la mañana. Ha hecho un buen trabajo.

Helen estaba tan conmocionada que no supo cómo responder y

tomando su silencio como un síntoma de aceptación, Heath la dejo marcharse.

—Será mejor que te reúnas con los demás —expresó con un poco de dureza—. Quiero hablar con la señora Gittens. En realidad se lució, la carne estuvo…

—Ángela no… Es decir… yo… yo…

—Ahora, no Helen.

Heath se dirigió a la cocina y su indiferencia provocó que se resquebrajaran las emociones de Helen. Él no quería escuchar sus explicaciones, pensó molesta. Estaba seguro de que Ángela debía ser la responsable de su cambio de apariencia.

«Correcto, Heath», se dijo, «tú sabes más. ¡Sólo espero que Ángela aprecie la confianza que tienes puesta en ella!».

Capítulo 6

EL SÁBADO por la mañana, Helen se retrasó en bajar a desayunar. Cuando lo hizo, Heath y Greg estaban encerrados en el estudio. Ya que los dos hombres estaban ocupados, Marión sugirió ir de compras a Bradford y, a pesar de que Ángela no estaba demasiado entusiasmada, estuvo de acuerdo en acompañarlas.

—Con toda franqueza, hubiera preferido que se quedara en casa —confesó Marión, tomando asiento junto a Helen en el Mercedes—. ¿Estás segura de que Heath te permite conducir este coche? Es un coche demasiado caro para que lo lleves tú.

—¿No confías en mí? —Helen sonrió—. Ya veo que no. Solía creer que Heath también confiaba en mí.

—¿Solías creer? —Marión frunció el ceño—. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Oh, cosas sin importancia —en realidad Helen no quería discutir sobre ese tema—.

¿Dónde está Ángela? Llevamos esperándola diez minutos.

—— ¿No tenía Heath un chofer? —Inquirió Marión—. Me parece recordar…

•—Miles Ormerod —la interrumpió Helen—. Él todavía está aquí, pero trabaja entre semana, a no ser que Heath le pida que trabaje algún sábado o domingo.

—¿No estabas enamorada de él? —preguntó Marión inocentemente, y Helen sujetó el volante con fuerza.

—¿Quién te ha contado eso? Supongo que Heath. Bueno, está en un error. Miles y yo somos buenos amigos, nada más.

Marión se encogió de hombros.

—No necesitas enfadarte por ello, Helen. Es muy natural…

—¿Muy natural? —Helen se dio la vuelta para mirarla inquisidoramente—. ¿Qué salga con Miles Ormerod?

—Él es de tu edad —observó Marión tranquilamente—, y según recuerdo, no está mal.

—Bueno, normalmente las chicas de tu edad suelen tener romances.

—Yo no.

—¿Por qué tú no? —Suspiró Marión—. No estoy insinuando que debas contraer matrimonio con el joven…

—¿Casarme? ¿Por qué volvemos otra vez a lo del matrimonio? Te dije anoche…

—Oh, está bien, Helen —había un deje de enfado en la voz de Marión y Helen se arrepintió.

No quiso ser dura, pero reaccionaba reticentemente ante cualquier asunto que significara dejar Matlock Edge.

—Lo lamento —balbuceó, en el preciso instante en que Angela salía elegantemente de la casa.

—Está bien —murmuró Marión a la vez que se abrochaba el cinturón de seguridad—. No debería haber abierto la boca. Heath se encargará de sus asuntos a su modo. Normalmente lo hace.

Helen objetó la sugerencia de que Heath debiera controlar su destino. Ella quería hacerlo por sí misma. Pero como Ángela Patterson subía al coche, no pudo expresar sus temores.

En Bradford había mucho movimiento. Después de aparcar el coche, les fue difícil permanecer juntas.

—¿Por qué no nos separamos y nos ponemos de acuerdo para reunimos a comer mas tarde?

—Sugirió Marión, después de esperar unos minutos a que Angela se diera cuenta—. ¿Dónde podemos comer, Helen? ¿Conoces algún buen restaurante? Si quedamos de acuerdo en vernos a la una, no será necesario que perdamos tiempo buscándonos.

—Estoy de acuerdo —respondió Ángela, con evidente alivio al saber que no debía acompañar a Marión a hacer sus compras. Helen frunció el ceño mientras intentaba responder.

—Está en Crown —expresó dudosamente—. Sé que en ocasiones Heath come allí cuando está con sus colegas.

—¡Estupendo! —exclamó Marión entusiasmada—. A la una en punto, señorita Patterson. No se retrase, ¡ya que imagino que estaré hambrienta!

La sonrisa de Ángela era sarcástica, y tan pronto como se perdió entre los transeúntes, Marión suspiró en señal de alivio.

—¡Gracias a Dios se ha marchado! —sujetó el brazo de Helen—

Ahora vamos, llévame a la cafetería más cercana. ¡Necesito comer un exquisito pastel de crema!

—¿Quieres decir que tú y yo no vamos a separarnos? —inquirió Helen.

Minutos después estaban tomándose un pastel en una cafetería.

—Por supuesto que no —gesticuló Marión—. Pensé que podíamos hacer algunas compras y no quería que la señorita Patterson vetara mis sugerencias.

La sección de jovencitas de una de las tiendas más grandes no parecía tan poco elegante con Marión a su lado. Tardaron una hora en comprar unos conjuntos para Helen.

—No sé qué dirá Heath —protestó Helen vacilante, mientras dejaba sus paquetes en el maletero del Mercedes, antes de ir a reunirse para comer con Ángela.

—Estoy segura de que él dará su visto bueno —contestó Marión convencida—. Él lo aprobó anoche, ¿o no te acuerdas?

—Oh, sí —Helen se sintió tentada de contarle a Marión lo que

Heath le había dicho, pero se guardó sus comentarios.

Aunque la mañana había sido buena, hubo un cambio de clima mientras comían y al salir del Crown comenzó a llover.

—Vámonos a casa —sugirió Marión levantando la mirada al cielo —. Yo no quiero empaparme, no sé vosotras.

—Yo tampoco —Helen observó a Ángela—. ¿Qué te parece?

—Perfecto —Ángela arrugó la nariz al caerle una gota de agua, y corrieron hacia el coche.

Heath y Greg Marsden continuaban trabajando en el estudio cuando ellas regresaron a casa. Dejando sola a Helen para que sacara los paquetes del coche, Marión y Ángela fueron a la sala, y cuando Helen se reunió con ellas, la señora Gittens les llevó el té vespertino.

—Señorita Patterson, el señor Heathcliffe dijo que le gustaría hablar con usted antes de la cena —declaró el ama de llaves, dirigiéndose a Ángela.

Helen se quedó sin aliento, podía imaginar por qué Heath quería hablar con ella, y se sentía culpable de su complicidad. Pero él no le había dado la oportunidad de explicarle, se defendió y luego recapacitó cuando se figuró lo vergonzoso que sería. No permitiría que Heath cometiera semejante error. Le diría la verdad tan pronto como acabara el té.

Angela desapareció después de haber bebido media taza de té y no aceptó los ofrecimientos de pastelillos.

—Se ha ido a cambiar para su entrevista —comentó Marión sarcásticamente, sirviéndose un canapé de salmón ahumado—. ¿No crees que a la señorita Patterson le gustaría ser su amante?

—No sería la primera —declaró Helen—. Heath ha rechazado a mujeres desde que tengo uso de razón. Ni siquiera creo que se dé cuenta.

—Yo no estaría tan segura —Marión se sirvió más té—:. Ya no es un jovencito, tú lo sabes, Helen, y tarde o temprano deberá casarse.

—¿Por qué? —Helen se puso rígida.

—¿Por qué? —Marión movió la cabeza—. Tú lo sabes. Necesita alguien a quien dejarle todo esto. —Quieres decir, ¿un hijo?

—O una hija. No creo que el código de primogénitos le interese mucho a Heath. Pero necesita una esposa que le dé un hijo. Helen inclinó la cabeza.

—Nunca se casaría con alguien como Ángela Patterson.

—¿Por qué no? —Marión se encogió de hombros—. Reconozco que no es de mi agrado, pero no puedo juzgar lo que le atrae a Heath. Helen se ponía más tensa cada vez, mientras Marión hablaba. Por supuesto, era ridículo. Heath no podía sentirse atraído por Ángela Patterson. Ella era demasiado fría. Pero, ¿y si en realidad la quería? ¿Y si la hubiera llevado allí para ver cómo se adaptaba a Matlock

Edge? ¿Para analizar su relación con Helen? Quizá por eso se molestaba tanto cuando se mostraba grosera con Ángela…

—¿Te encuentras bien? —Marión la observaba extrañada, pero Helen se recuperó rápidamente.

—Sí —contestó—. Sí, por supuesto. ¿Por qué no habría de estarlo?

—No lo sé —Marión frunció el ceño—. De pronto, te has puesto pálida.

—Oh, no —Helen se levantó—. Creo que estaba acalorada por llevar los paquetes al piso de arriba. Tuve que subir dos veces. —Espera a que Heath vea las compras —enfatizó Marión astutamente—. Al menos no podrá decir que Ángela te enseñó a vestir.

—No —Helen se secó las manos en la falda—. No podrá decirlo —miró de reojo la puerta—.

Te veré después, Marión. Quiero subir a deshacer los paquetes.

Sin embargo, como estaba cerrada la puerta de la sala, Helen no se dirigió hacia la escalera, sino que se apresuró a ir por el pasillo hasta el estudio de Heath, e hizo una pausa antes de llamar a la puerta.

—Después, señora Gittens.

El tono de Heath era impaciente, pero Helen volvió a llamar. Si se iba enseguida, pensó, no tendría oportunidad para hablar con él antes de que charlara con Ángela. A parte de su antipatía por la mujer, su conciencia no le permitiría dejar las cosas así.

—Le he dicho que después, señora Gitt… —de pronto Heath abrió la puerta precipitadamente y se encontró con Helen—. Oh, eres tú— agregó sin entusiasmo—. ¿Qué deseas? ¿Acaso no te ha dicho la señora Gittens que estaba ocupado?

—Sí, me lo ha dicho —a Helen le resultó difícil mantener un tono de tranquilidad mientras él le estaba hablando de aquella forma.

Se había aflojado la corbata y tenía la camisa desabrochada casi hasta la cintura.

—¿Y? —Heath suspiró. La joven vio a Greg Marsden detrás de él analizando unos papeles.

—Yo… quería hablar contigo —confesó, intercambiando una mirada con Heath, pero notó que su presencia era molesta al observar su gesto de frustración.

—¿Acerca de qué? —demandó.

—Es… es un asunto personal—aborrecía su impaciencia—. ¡Podría ser cuestión de vida o muerte!

—¿Lo es?

—No…

—Entonces, puede esperar —dio un paso atrás y antes de que pudiera darle explicaciones, él le había cerrado la puerta en las narices.

En su habitación, Helen dio rienda suelta a su frustración y arrojó

al suelo todas las cajas que había colocado cuidadosamente sobre la cama.

Heath era intratable, pensó amargamente. Había cambiado su actitud para humillarla. No se atrevía a pensar en lo que Greg Marsden había opinado con respecto a la forma en que la había tratado.

¿Qué pretendía hacer? ¿Que le odiara?

Bajó a cenar con un traje de chaqueta y pantalón. Era de algodón, color rosa y acentuaba su pelo oscuro y el bronceado que había adquirido.

Al igual que la noche anterior, los invitados de Heath estaban reunidos para cenar, en esa ocasión, en la biblioteca donde Greg estaba excusando la hospitalidad de su anfitrión.

—Jovencita, ¿qué puedo ofrecerte esta noche? —Inquirió en el momento en que Helen apareció un tanto aprensiva, en el umbral de la puerta—. Heath todavía no ha bajado, pero estoy seguro de que no se opondría si ofreciera un aperitivo a su sobrina preferida.

—Su única sobrina —murmuró Helen y vacilantemente miró a su alrededor. Intercambió una sonrisa con Marión y vio a Ángela sentada graciosamente en el sillón—. No es costumbre de Heath retrasarse cuando tiene invitados.

—Subió un poco tarde a cambiarse —explicó Angela, hablando por primera vez. Helen se puso tensa al ver la expresión de desdén—. Tu tío y yo hemos pasado un… rato en el jardín.

Después de que terminara sus asuntos con el señor Marsden.

—Oh, por favor, llámame Greg, Ángela —insistió el marido de Marión, ofreciéndole un jerez seco a Helen—. ¿Quieres uno? —Preguntó a su esposa—. Debemos aprovechar que no está Heath.

Helen se bebió su jerez nerviosamente, convencida de que el comportamiento de Ángela no le agradaba ni lo más mínimo. ¿De qué habrían estado hablando ella y Heath en el jardín?

¿Por qué no se mostraba satisfecha?

Heath apareció disculpándose, en el mismo instante en que la señora Gittens anunciaba que la cena estaba servida.

—Recibí una llamada de Sudamérica, cuando me disponía a bajar —Heath miró a Helen desinteresadamente y ella se humedeció los labios mientras seguía a Marión hacia el comedor.

Después de cenar, sirvieron el café en la sala. Helen se disculpó y subió a su dormitorio.

Estaba agotada.

Se había quitado los pendientes y se estaba mirando en el espejo cuando alguien llamó a la puerta. Arrojando los pendientes de oro sobre el tocador fue a ver quién llamaba y casi desfallece al verle.

—¿Heath?

—Sí, Helen. ¿Puedo pasar?

—Es tarde. Yo… ¿no puedes esperar hasta mañana?

—Todavía no te has desnudado —observó Heath, entrando en la habitación sin esperar su invitación—. Cierra la puerta, Helen, quiero hablar contigo, preferiría que nadie se enterara de nuestra conversación.

Helen suspiró, pero después de unos instantes de silencio cerró la puerta obedientemente.

—Muy bien —declaró desafiantemente—. ¿Qué es lo que deseas decirme? Estás muy nervioso. ¿No se preguntarán tus invitados adonde has ido?

—Por lo menos uno de ellos sabe dónde estoy —replicó Heath fríamente—. Por si no lo adivinas, es Ángela. Pero, por supuesto, tú debes saber a qué se debe que haya venido. No eres tonta.

—Gracias —le temblaban las manos—. Pero estás equivocado. No tengo ni idea de por qué estás tan enfadado.

—¿Enfadado? —Apretó los labios—. Helen, no finjas conmigo. Sabes a la perfección por qué… estoy… enfadado. Tú me engañaste a propósito y quiero una explicación.

Se necesitaba mucho valor para alejarse de la puerta, pero Helen lo hizo, pasando frente a él para coger el cepillo de su tocador.

—Heath, no te he mentido —replicó, comenzando a cepillarse el pelo—. Si haces memoria, intenté hablar contigo esta tarde, pero estabas ocupado.

—¡Claro que lo hiciste! —Le quitó el cepillo de la mano—. ¿Cómo iba a saber de qué querías hablarme?

—No me diste oportunidad de explicártelo, ¿o sí? —repuso Helen furiosamente—. Según recuerdo, me cerraste la puerta en las narices.

—Estaba ocupado en ese momento…

—No era culpa mía. —Podías haber esperado.

—¿Dónde? —Le miró llena de indignación—. ¿Fuera de tu estudio? ¿Qué debería haber hecho, sentarme a la puerta?

—Eso no hubiera sido necesario —la mirada de Heath reflejaba ira —. Debiste contarme anoche que la ropa que llevabas puesta no era nueva.

—Para mí lo era —declaró Helen, defendiéndose.

—Pero Ángela no la escogió.

Él respiró profundamente.

—¿Por qué hiciste eso?

—¿Por qué hice qué?

—¿Por qué te negaste a ponerte la ropa que Ángela eligió?

Ella inclinó la cabeza.

—No me quedaba bien.

—¿Qué quieres decir?

—Era demasiado seria para mí.
—¿Demasiado seria? —Heath la observaba con incredulidad.
—Sí, es cierto.
—¿Eso es nuevo? —hizo un gesto señalando el traje que llevaba.
—Sí…
—Entonces, ¿por qué no te lo pusiste anoche?
—No lo tenía anoche. Yo… Marión y yo lo hemos comprado hoy.
—Ya veo —Heath golpeó su mano con el cepillo—. ¿Y qué piensa Marión de la ropa que escogió Ángela?
—Está de acuerdo conmigo.
—Supongo que le relataste alguna historia triste con respecto a que Ángela no fue condescendiente con tus gustos, que la envidias porque ella es todo lo que tú no eres.
—¡No! —Helen le miró rencorosamente.
—Pero le hablaste acerca de ella, ¿verdad?
—No mucho.
—¡Seguro!
Heath se mostraba escéptico y Helen notó que su frustración aumentaba.
—Parece que imaginas que yo no tengo otra cosa que hacer más que hablar de Ángela Patterson. Bien, estás en un error. El hecho de que siempre la tengas presente no significa que a mí me ocurra lo mismo. ¡Y ya que estamos hablando acerca de esto, también debes saber que me gusta tanto como yo a ella!
—¡Helen!
La joven ignoró aquel tono de advertencia.
—Es verdad —afirmó desdeñosamente—. ¡Y si estás planeando convertirla en la dueña de Matlock Edge, primero tendrás que deshacerte de mí!
—Quizá no sea una mala idea —replicó, observándola lleno de enfado—. ¡No has hecho otra cosa que causar problemas desde que llegaste!
—¡Oh! —Helen contuvo el aliento—. ¿Cómo puedes decir eso?
——Es cierto —enfatizó furiosamente—. Eres una chiquilla malcriada y es hora de que madures.
—¿Ah, sí? —perturbada como estaba, Helen no permitiría que se fuera así, y dejando a un lado sus inhibiciones, le sujetó el rostro con ambas manos.
Le sorprendió desprevenido, de otra manera dudaba que su éxito hubiera sido el mismo. Su rostro aún estaba contraído por la ira después del fuerte intercambio verbal que habían sostenido, pero su enfado desapareció en el momento en que rozó sus labios.
—Helen —dijo, pero ella no le iba a dejar marcharse, y fueron sus manos las que la obligaron a alejarse.

—¡Malcriada! —exclamó, y antes de que ella pudiera evitarlo, Heath se sentó sobre la cama y la colocó, boca abajo, sobre sus rodillas.

—¡No te atreverías! —balbuceó, pero al mirar su rostro supo que sí se atrevería—. ¡Heath, no! ¡Por favor! —le rogó desesperadamente, pero no creía que él la escuchara.

Su mirada parecía helada, como si sus emociones controlaran sus acciones. Y su corazón latió apresuradamente cuando se quitó el cinturón de los pantalones y la golpeó con él media docena de veces. Le dolía mucho, pero el temor de que Ángela pudiera oírla, le hizo mantenerse callada.

Por fin, cuando la liberó, ella se quedó llorando en silencio. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Se sentía humillada y él, torpemente, se puso de nuevo el cinturón.

Estaba de espaldas a Heath, no sabía lo que él estaba haciendo, pero rogaba que se fuera.

Hubo varios minutos de silencio, que sólo rompía Helen al respirar, de pronto Heath exclamó:

—¡Oh, Dios! —y se levantó. Helen pensó que iba a seguir denigrándola, pero él no articuló ninguna palabra. En lugar de ello, se levantó apresuradamente, y un instante más tarde la puerta se cerró tras él.

Hasta entonces, ella no se dio cuenta de lo oculto que había mantenido sus sentimientos, y sintió náuseas.

Capítulo 7

CUANDO la señora Gittens entró en la habitación de Helen el domingo a las once de la mañana, la joven todavía estaba acostada. Se extrañó mucho al darse cuenta de que Helen no llevaba puesto el camisón, y al ver tirada la ropa que la joven se había puesto el día anterior, preguntó:

—¿Crees que ésa es forma de tratar ropa tan cara? Sé que no estás dormida, así que respóndeme.

Helen balbuceó:

—Puede llevarse esas prendas, señora Gittens. No quiero volver a verlas.

—¿Qué? —el ama de llaves se incorporó—. Pero es un traje nuevo. Helen, no seas tonta. ¿Y

por qué no te has levantando? No es normal en ti quedarte en la cama hasta tan tarde.

—No me voy a levantar —Helen se encogió de hombros—. Y lo del traje iba en serio. Si quiere dárselo a su nieta, hágalo. No lo quiero.

La señora Gittens la ignoró.

—Vamos —señaló alegremente—. No puedes quedarte todo el día en la cama.

—¿Por qué no? —Helen esquivó su mirada—. No me encuentro bien.

—¿No? ¿Quieres que le pida al señor Héathcliffe que llame al médico?

—No. No necesito un médico. Lo único que ocurre es que no quiero levantarme. Dígales que me he resfriado.

La señora Gittens la observó sospechosamente.

—¿Y es cierto? ¿Estás resfriada?

—No del todo —Helen volvió la cabeza.

—Entonces, ¿por qué tienes los ojos hinchados? ¿Has estado llorando?

—Oh, por Dios, ¿debo padecer una enfermedad grave sólo porque no deseo levantarme?

Créame, estoy bien. Sólo déjeme a solas. Quizá… baje después. Tal vez esta tarde…

—Hmmm.

La señora Gittens se retiró y sin querer, dejó el traje doblado sobre la silla de mimbre que estaba junto a la ventana. Helen se levantó y lo guardó en el fondo del armario, pero se volvió a la cama al escuchar que alguien llamaba a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy yo —respondió Marión—. ¿Estás aquí? Comenzaba a pensar que tenías resaca. Estás demasiado pálida.

Helen forzó una sonrisa.

—Sólo cansada, eso es todo. Siento que te disguste mi comportamiento. Creo que estoy a punto de resfriarme.

—Pues tienes los ojos un poco hinchados —dijo Marión con su característica cordialidad—.

En realidad, había pensado que tú y Heath habíais discutido. Ha estado como un león enjaulado desde anoche.

Helen se encogió de hombros.

—¿Dónde está?

—El y Greg se han ido a jugar al golf. Salieron hace más o menos quince minutos. No creo que Heath estuviera de humor, pero ya sabes cómo es Greg.

—Oh, ya entiendo —Helen tragó saliva—. ¿Dijeron… a qué hora iban a volver?

—Supongo que alrededor de las dos y media —contestó Marión desinteresadamente—.

Querían finalizar en el hoyo diecinueve y a esa hora cierran, ¿verdad?

Ella asintió.

—Sí.

Marión titubeó.

—Tú y Heath no discutisteis, ¿o sí? Es decir… me siento responsable.

—¿Responsable? —Helen estaba confundida.

—Sí —Marión suspiró—. Bueno, te persuadí para que compraras esas ropas. Debí mantener la boca cerrada y dejar que Angela hiciera lo que quisiese.

—No, no debías hacerlo —Helen no podía permitir que Marión pensara eso—. Heath no dijo cosa alguna sobre lo que compramos —al menos eso era cierto.

—¿No? —Marión la observó, incrédulamente.

—No, de hecho, ni siquiera se lo conté.

—Oh, cariño —Marión parecía consternada—. ¿Entonces volví a meter la pata!

Helen estaba nerviosa.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno… —Marión musitó—. Esta mañana al ver que no aparecías y que Heath estaba enfadado, le dije que no te culpara por haberte gastado tanto dinero.

—¡Oh, Marión! —Helen se quedó perpleja.

—Sé… que fue una tontería —Marión movió la cabeza—. Pero supuse que habíais discutido por ello y quise explicarle por qué lo había hecho. Le conté lo que opinaba de los vestidos que te había comprado Angela Patterson. Le dije que no la culpase a ella. Que lo

que escogió quizá le sentaría bien a ella. Pero intenté hacerle comprender que lo que es adecuado para una mujer de la edad de Ángela no lo es para una jovencita, y que Ángela, al no tener hijos, no podía darse cuenta de eso.

Helen entrecerró los ojos y luego los volvió a abrir.

—¿Qué… dijo Heath?

Marión alzó los hombros.

—No demasiado. En realidad fue muy amable. Él comentó que consideraba que Ángela tenía buen gusto y que él esperaba que ella se encargase de eso. Si no lo hacía, entonces hablaría con ella, pero por el momento, se reservaba su opinión.

—¡Oh, Marión! —Helen se sentía desdichada—. Lo más probable es que me culpe por pedirle que hablara con él.

—Pero no lo hiciste.

—Heath lo pensará.

—Oye… —Marión la observó cuidadosamente—, tú y Heath discutisteis, ¿no es así?

—Oh, sí. Sí —Helen apoyó la cabeza en las almohadas—. No tuvo que ver nada contigo. Si no te importa, preferiría no hablar sobre eso.

—Por supuesto —Marión tomó su desconfianza con filosofía—. Está bien, querida, me iré.

De todas maneras tengo que hacer las maletas. Greg y yo nos marchamos alrededor de las cuatro. ¿Te veré antes?

—Claro. Si… si Heath y Greg no están, me levantaré enseguida. Lo que me pasaba era que hoy no tenía deseos de ver a Heath.

—Comprendo —Marión se aproximó a la puerta—. Pero si me atreviese a darte un mal consejo, te diría que no te tomes a pecho lo que dice Heath. Él se preocupa por ti… mucho.

Por eso a veces dice cosas indebidas, porque se está esforzando por darte lo mejor.

Helen hizo un gesto de incredulidad.

—¿Estás segura? Cada vez estoy más convencida de que no quiere que me quede aquí más tiempo.

—¡Oh, no seas tonta! —Marión se impacientó—. ¿Por qué? Heath ha sido como un padre para ti.

—No necesito un padre —balbuceó Helen y Marión cambió de semblante.

—¿Qué has querido decir?

—Oh… nada —Helen apoyó los pies en el suelo—. Te veré después.

—De acuerdo —Marión la observó, pensativa un instante, luego movió la cabeza—. Sí, te veré después —agregó y cerró la puerta.

Una ducha fría reanimó a Helen.

Abajo, a la primera persona a la que encontró fue a la señora

Gittens, quien arqueó las cejas al verla.

—¿Te sientes mejor? —Inquirió sin rencor y la joven asintió con la cabeza—. Imagino que la señora Marsden te dijo que el señor Heathcliffe no estaba en casa —agregó fríamente—.

Si buscas a la señorita Patterson, está en el invernadero leyendo el periódico dominical.

Helen no quería ver a Ángela, pero se sentía obligada a reconocer su existencia y entró, reacia, en el invernadero. La otra joven estaba sentada elegantemente en un sillón.

—Oh, estás aquí —expresó la joven, doblando el periódico—. Me preguntaba cuánto tiempo pasaría hasta que averiguaras que tu tío había salido.

Helen se puso rígida.

—No sé a qué te refieres.

—Claro que sí —Ángela se mostró complaciente—. Heath te hizo saber lo que pensaba. No te molestes en negarlo. Por tu expresión veo que lo hizo y, en mi opinión, a tiempo. ¡Dejarle pensar que yo había elegido esas horribles prendas…!

Helen se propuso no permitir que Angela la irritara, pero era difícil permanecer indiferente cuando la otra joven se empeñaba en hacerla enfadarse.

—Heath aprobó esas… horribles prendas, como tú dices —dijo tranquilamente—. Debía hacerlo. La camisa era suya.

Angela apretó los labios.

—Fue amable, eso es todo. Heath es educado, ¿o no te has dado cuenta?

Helen metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Desde cuándo le llamas Heath? —preguntó y luego deseó no haberlo hecho, al ver la sonrisa sarcástica de Angela.

—Desde anoche —replicó suavemente—. Dijo que si todos le llamaban Heath, ¿por qué no había de hacerlo yo? —hizo una pausa y observó a Helen de forma poco grata—. A propósito, si fuera tú no llevaría una blusa como ésa sin sostén. Esas cintas son un tanto…

reveladoras, y para ser sincera, tus senos son demasiado voluminosos como para no usar sostén —bajó la mirada hacia su propia figura con satisfacción antes de agregar—: Yo no necesito sostén, mis senos son pequeños y firmes. Los tuyos… —movió la cabeza—, claro, es una sugerencia.

Helen sentía que el rostro le hervía, pero se controló. Se volvió y observó de reojo el escote de su blusa, pero no encontró nada censurable. En efecto, sus senos eran voluminosos, pero no estaban fláccidos como había insinuado Angela.

Tal y como Marión pronosticó, Heath y Greg llegaron un poco después de las dos y media.

Las tres mujeres comieron más temprano, pero la señora Gittens dejó platos fríos en el comedor para los hombres. Marión se reunió con ellos mientras comían, y Helen escuchó el murmullo de su conversación. Sentada en una silla de la biblioteca, esperaba no salir de allí hasta la hora de cenar, pero para despedir a los Marsden sería imprescindible su presencia.

—Sé buena, querida —le dijo Marión afectuosamente, dándole un cálido beso a Helen—. No lo olvides, si te hartas de la vida en Matlock, puedes ir a Londres y quedarte con nosotros.

—Gracias, Marión —consciente de que Heath las estaba mirando, Helen la abrazó y se separó enseguida, mientras Greg iba a despedirse de ella.

—No crezcas tan rápidamente —y respetando su inhibición le dio un beso en la mejilla—.

¿Qué haría él sin ti? —preguntó señalando a Heath con el pulgar.

Esquivando la mirada de Heath, dio un paso atrás y les despidió con la mano, al hacerlo, deseaba partir con los Marsden para alejarse de Heath mientras recapacitaba.

Por fortuna, Heath parecía tan decidido como ella a evitar un enfrentamiento después de la partida de los Marsden. Dejando a las dos jóvenes con sus asuntos, se retiró al estudio, y Helen pensó que no tenía la obligación de entretener a Ángela, así que se fue a su dormitorio.

Encendió el equipo de música que Heath había instalado allí. Buscó cuidadosamente entre los discos y escogió uno cuya música concordaba con su estado de ánimo. Se sentía desprotegida y vulnerable y le dolió el darse cuenta de que Heath no tenía la menor intención de ofrecerle disculpas. Sin duda, en lo que a él concernía, había sido una más de sus discusiones, pero para Helen significaba algo más que eso.

De una vez por todas, había mostrado su desagrado por cualquier manifestación emocional en su favor, y los sueños confusos que ella había tenido acerca de su relación habían probado ser eso: sueños. Él no la veía como mujer y ella estaba perdiendo su tiempo al pensar que alguna vez eso cambiaría.

Esa noche, Helen se arregló sin ninguna gana para la cena. Ignoró los bonitos trajes que Marión y ella habían comprado el sábado, prefirió uno de los vestidos que Ángela había elegido.

Cuando bajó, Heath y Ángela estaban en la biblioteca y vaciló un instante antes de interrumpir la conversación. Pero entonces, atreviéndose a hacer frente a cualquier comentario que Heath quisiera hacer, entró en la habitación y tuvo la satisfacción de presenciar su asombro.

—¿Puedo servirte algo? —inquirió después de un momento, y ella

asintió moviendo la cabeza.

—Un jerez, gracias —ignorando la mirada especulativa de Ángela, tomó asiento en el sillón que estaba junto a la ventana.

Observó el vestido de la otra mujer y no pudo evitar comparar su esbelta figura con su propia apariencia.

—¿Hace mucho que conocen a los Marsden? —inquirió Ángela durante la cena. Ella se hizo cargo de la conversación. Heath parecía estar absorto en sus propios pensamientos y por eso tardó en responder.

—Creo que hace veinte años —expresó al fin, como si hubiera esperado que Helen respondiera—. Íbamos al mismo colegio. Cuando mi padre falleció él vino a ayudarme.

—¿En asuntos de negocios? —Ángela procuró mantener su interés y Heath frunció el ceño.

—No, al principio no. Greg es bueno para las cifras y después se convirtió en mi asesor financiero.

—Oh, ya veo —Ángela hizo una pausa—. Su esposa parece mayor que él.

Helen enderezó la cabeza, pero al notar que era una trampa premeditada para hacerla entrar en la conversación, la volvió a bajar. De nuevo Heath tuvo que responder.

—No creo —declaró tranquilamente—. Fui el padrino de la boda y, si mal no recuerdo, Marión es de la misma edad que él.

—A mí me parece que es bastante mayor.

Helen suspiró profundamente. No podía entrometerse en eso, se dijo, pero los ingeniosos comentarios de Ángela iban destinados a frustrarla.

—Son una pareja agradable —dijo Heath al fin, sin pasar por alto ni tomar muy en serio las malas intenciones de Ángela—. Marión piensa mucho en Helen. Tiene un hijo y una hija que son casi de su misma edad.

—¿En serio?

Helen notó que Ángela creía que los hijos de Marión eran mayores. Pero estaba más interesada en Heath, y le miró de reojo para ver si podía leer algo en su semblante. Él miraba su copa, pensativamente.

—Tengo que salir mañana —dijo de pronto, sorprendiendo a ambas con su inesperada noticia.

—¿Salir? —Helen fue incapaz de permanecer callada—. ¿Salir a dónde? ¿A Londres?

—No. A Montevideo —replicó Heath, mirándola a los ojos.

—¡Montevideo! —repitió Angela, a la ligera—. ¡Pero eso está en Sudamérica!

Helen guardó silencio y Ángela la miró.

—¡No habías mencionado eso!

—No lo sabía —replicó Heath, con una frialdad irritante—. Si recuerdas, anoche me llamaron por teléfono de Sudamérica.

—¡Entonces lo sabías!

—No —parecía distante—. Esta noche he recibido otra llamada. Estaré fuera alrededor de una semana. Tengo la certeza de que estaréis bien en mi ausencia.

Helen observó su plato. Hacía casi un año que Heath había ido a Sudamérica y no hacía mucho había comentado que no era probable que tuviese que emprender ese viaje de nuevo.

Tenía hombres allí que le representaban, gerentes y directores en quienes confiaba mucho.

No pudo evitar imaginar que era culpa suya el que hubiera tomado esa decisión. Igual que ella, quería huir, necesitaba tiempo para recapacitar.

El teléfono sonó cuando estaban tomando café en la sala, pero en aquella ocasión la llamada fue para Ángela. A solas con Heath, Helen supo que tenía que aprovechar la oportunidad de intentar romper esa brecha existente entre ellos, pero su intento fue inútil.

—Supongo que debo disculparme —expresó él—. Si este vestido es un ejemplo de la ropa que te compró Ángela, entonces tenías razón al no querer ponértelo —suspiró—. Una vez más me equivoqué. Debo tener presente que ya eres una mujer adulta para que te trate como a una chiquilla —Helen no sabía qué decir y Heath la observó fríamente —. Eso no quiere decir que la zurra haya sido injusta. Pero, normalmente, no soy tan salvaje y por eso te ofrezco mis excusas.

Helen se humedeció los labios.

—¿Por eso te vas? —inquirió sin pensar, y él hizo un gesto, molesto.

—¿Por qué has pensado eso? —demandó nerviosamente—. Voy a Montevideo por motivos de trabajo. ¿Qué relación puede tener eso con lo que ocurrió anoche?

—Parece repentino, eso es todo.

Él arqueó las cejas.

—A veces sucede así.

—Hace unas semanas me aseguraste que no tendrías que ir allí otra vez. Dijiste que podías dejar todo…

—Esto es diferente —la interrumpió Heath, luego suspiró—. El señor García insistió en que firme nuestro contrato personalmente. Además, lo que sucede es que su hija mayor contraerá matrimonio el mes próximo. Me ha invitado a la boda y de ese modo podré cumplir con ambas cosas.

Helen torció la boca.

—¿El señor García tiene más hijas?

—Creo que tres —Heath se levantó para servirse otra copa de

brandy—. ¿Ya estás satisfecha? Estoy obligado a irme.

—¡Llévame contigo!

Las palabras surgieron casi sin querer y Heath se volvió hacia ella.

—¡No!

—¿Por qué no?

Bebió el brandy y luego replicó bruscamente:

—No estás invitada.

—No te creo. El señor García me conoce. Solía enviarme obsequios de vez en cuando,

¿recuerdas? Aquel abanico, la muñeca vestida…

—No vendrás —dijo terminantemente—. No importa que te hayan invitado o no. Te quedarás con Ángela.

A Helen le temblaba el mentón.

—Tú… desalmado… —empezó a decir, pero de pronto se contuvo al ver que Heath se le acercaba amenazadoramente.

—¿Qué has dicho? —preguntó, pero antes de que pudiera alcanzarla, entró Angela.

—Lamento interrumpir —tomó asiento en el sillón—. Era un amigo de mi padre. Quería asegurarse de que estaba contenta aquí —hizo una pausa y agregó—: Por supuesto, le dije que sí.

Helen estaba soñolienta cuando Heath entró en su habitación. Pero cuando él abrió la puerta del cuarto, inmediatamente se percató de su presencia.

—Oh… estás despierta —expresó, mientras ella se incorporaba—. He venido a despedirme.

Me marcho dentro de un rato.

—¿Tan pronto? —Helen estaba demasiado perpleja como para ser hostil, y la expresión de Heath se tornó tierna ante su inesperada respuesta.

—Son las siete y media —le dijo—. Mi vuelo sale de Heathrow a las doce menos cuarto.

Ormerod me llevará hasta Manchester para coger el tren.

Helen suspiró.

—¿Cuánto tiempo estarás ausente?

—Ya sabes… más o menos una semana.

—Te voy a echar de menos.

—Yo también —confesó Heath—. Pero creo que este viaje nos sentará bien a los dos, y además, hará que Ángela y tú os conozcáis mejor.

Ella inclinó la cabeza.

—Si tú lo dices…

—Oh, Helen… —exclamó frustrado y se sentó junto a ella, sin importarle que la manta llenara de pelusa sus pantalones—. ¿Qué quieres que te diga? —Le sujetó una mano—.

Anoche… mientras menos hablemos sobre lo de anoche será mejor, ¿no estás de acuerdo?

No me gusta que me llamen desalmado y no finjas que no pronunciaste esa palabra. Mi sentido auditivo sigue siendo bueno.

Helen movió los hombros, desesperada, procurando mantener la sábana bajo sus brazos.

—Parece que sólo deseas hacerme daño —murmuró sin querer.

—¡Hacerte daño! —exclamó—. No hago las cosas que te hieran —protestó—. ¡Por Dios!

Helen, me preocupo demasiado por ti para hacerlo.

—¿Eso es cierto? —se atrevió a mirarle y respiró profundamente. El pelo suelto sobre los hombros y el delicado color de sus mejillas le daban un aire sensual y Heath no lo ignoró.

—Claro que sí. Está bien, perdí la cabeza el sábado por la noche, pero es comprensible.

Debes aprender a no aprovecharte de nuestra relación.

—Antes no te oponías. Te agradaba que te besara.

—Eso era diferente —retiró su mano violentamente—. Y tú lo sabes, Helen. Estás creciendo y… lo que hiciste… con cualquier otra persona hubieras tenido problemas.

—Pero no contigo —respondió dulcemente, y de pronto notó cómo él se ponía rígido.

—No conmigo —aceptó—. ¡Y deja de mirarme así! No quiero marcharme enfadado.

Ella retiró la mirada de él.

—Perfecto, entonces vete —se echó hacia atrás el pelo con manos temblorosas—. Que tengas buen viaje. Saluda de mi parte al señor García.

—¡Helen! —La forma en que pronunciaba su nombre la atormentaba.

—Adiós —murmuró con los ojos llenos de lágrimas y Heath se inclinó hacia ella.

—Adiós —dijo cerca de sus labios y ella abrió la boca instintivamente. Con un jadeo estrechó su cuerpo y le volvió a besar, la suavidad de sus labios era una invitación irresistible.

—Ah, Helen… —balbuceó, acariciando sus hombros y ella se enderezó para facilitar el abrazo. La pasión de su beso se tornó en una búsqueda de intimidad.

La sábana cayó dejando al descubierto la belleza de sus senos y cuando ella le desabrochó la camisa y sintió contra su piel aquel pecho cubierto de vello, recuperó la cordura; sin embargo, no hizo intento alguno por cubrirse. En lugar de ello, le miró llena de orgullo.

—No, Helen.

—¿Por qué no? —suspiró moviendo la cabeza. Haciendo un

esfuerzo, él se levantó.

—¿Qué voy a hacer contigo Helen? —inquirió cortantemente—. ¡Por Dios!, ¿qué crees que soy?

—Eres un hombre y yo una mujer. Pienso que me deseas de la misma forma que yo a ti.

Refunfuñó enfadado.

—¿Desearte? ¿Desearte? ¿Qué sabes acerca del deseo? ¿A cuántos hombres has deseado?

—Sólo a ti —respondió sinceramente y él maldijo.

—Estás loca. ¡No sabes nada sobre la relación entre hombre—mujer!

—Sé lo que ocurre.

—Por los libros de biología, sin duda —repuso Heath molesto—. ¡Santo cielo, Helen! Tú no sabes lo que es que un hombre te ame. ¡Hablas sobre el sexo como si fueras una de las mujeres más expertas del mundo! No lo eres. Eres una adolescente, una jovencita loca, que no sabe nada de eso.

—Tú sí —dijo Helen inocentemente, y Heath frunció el ceño. —No me hables así.

—¿Te importa? —Preguntó de repente—. ¿Preferirías que tuviera experiencia?

—¡Oh, no! Escúchame atentamente, estás bajo mi responsabilidad, pero eso es lo único que existe entre nosotros.

—¡No te creo! —ella le habló indignada, pero había un deje de duda en su voz.

—Es cierto. Nos conocemos desde hace mucho. Estamos… muy juntos. Yo no pienso en ti de otra forma.

La joven buscó a tientas la sábana y se cubrió con ella.

—Cuando… cuando me besaste… —comenzó a decir, pero Heath la interrumpió:

—Me diste lástima —declaró fríamente—. Fui severo contigo y sentía lástima. No debería haber sucedido. No hubiera ocurrido si no me hubiese sentido culpable.

Helen le miró llena de ira.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —reclamó—. ¿Por qué no te vas a Manchester, a Montevideo o a donde sea? Has ganado. Ahora déjame sola.

—Oh, Helen…

—Por favor, vete —gritó dándose la vuelta, para ocultar el rostro en la almohada, y Heath se marchó.

Capítulo 8

TAN PRONTO como escuchó que el Mercedes se alejaba, Helen se arrepintió de haberle dejado marcharse de esa forma. Todo el día estuvo torturada por sus pensamientos, pero al día siguiente se sintió más tranquila.

No hubo noticias sobre accidentes aéreos durante la noche, así que, Heath habría llegado sin duda alguna a salvo a su destino.

No obstante, le echaba de menos. La casa no era la misma. Ni siquiera los comentarios de Ángela podían penetrar el muro que ella había levantado a su alrededor. Los días transcurrían muy lentamente.

La mañana del viernes, Helen se levantó decidida a que ese día las cosas fueran diferentes.

En lugar de quedarse en la cama hasta que la señora Gittens llegara a molestarla, se levantó a las siete de !a mañana y se puso una chaqueta sobre la camiseta, y los pantalones vaqueros. Bajó por la escalera de detrás de la casa, y se dirigió al jardín que estaba cerca de la cocina.

Fue un alivio quitarle la cubierta a la motocicleta, se colocó el casco y se montó. Con un poco de suerte lograría escaparse antes de que llegara Miles a trabajar. Él, al igual que Ángela, era alguien a quien no deseaba encontrarse esa mañana.

Como Miles podía llegar por el camino privado, Helen salió por los jardines. La moto daba fuertes sacudidas al pasar por el fango que había formado la lluvia. Se le llenaron de lodo las piernas, pero no le importó, y por primera vez, desde la partida de Heath, se sintió alegre.

Delante de Jacob's Hollow, tomó el camino de Starforth, y se detuvo un momento para ver en qué estado había quedado la moto. Según parecía, sólo se había embarrado. También se había manchado la ropa, pero cepillándola, se quitaría el barro.

Llegó a Shipwell y se detuvo para leer un letrero que había en la carretera. Era evidente que desde allí podía tomar el camino hacia Bishopston, que estaba situado un poco más adelante de Martlock Edge en la dirección opuesta, lo cual significaba que había recorrido todo el estado, sin necesidad de andar en moto en territorio de Heath.

Estaba a medio camino de Bishopston cuando la motocicleta comenzó a fallar. Tuvo que detenerse. La joven se empeñó en hacerla funcionar, mas no lo consiguió, de manera que miró a su alrededor desolada, notando lo vulnerable que era. Hacía mucho que no había visto señales, ni casa alguna, a excepción de la cabaña de un granjero, ¿y quién podría ayudarla si no sabía qué era lo que fallaba?

Suspiró e intentó pensar positivamente. Estaba más o menos a ocho kilómetros de Bishopston y tal vez a igual distancia de Shipwell. No tenía sentido regresar. En Bishopston estaría más cerca de casa.

Si pudiera empujar la moto hasta un taller mecánico, conseguiría ayuda o al menos, telefonear a casa para comunicarle a la señora Gittens que se encontraba bien. El ama de llaves se preocuparía si no la encontraba, y por primera vez se dio cuenta de lo egoísta que había sido al irse sin dejar ninguna nota.

Era impresionante el peso que tenía la moto.

Había caminado durante casi media hora, le dolían las piernas y los brazos y estaba bañada en sudor. De pronto, escuchó el motor de un vehículo. Aunque no era una mañana soleada, hacía calor y la chaqueta de cuero, que le había parecido ideal para andar en moto, comenzaba a adherirse a sus brazos. Agotada, volvió la cabeza al escuchar el motor y luego se echó a un lado del camino al ver el Land Rover.

Sin embargo, el jeep disminuyó la velocidad al aproximarse a ella y Helen se preparó para responder a los comentarios de algún posible caballero errante. Recordando las advertencias de Heath, no estaba de humor para aceptar que un desconocido la llevara, y cogió fuertemente el manubrio cuando el vehículo se detuvo a su lado.

—¿Desea ayuda? —inquirió un joven de más o menos veinte años que la observaba afectuosamente.

—Oh… no —respondió decididamente, no obstante, acompañó su negación con una sonrisa—.

Gracias, me las puedo arreglar.

—¡Se ha quedado sin combustible! —Aseveró el joven y descendió del vehículo—. Sé que estas máquinas recorren distancias fabulosas, pero también necesitan gasolina.

—No sé —Helen se inclinó sobre el tanque de gasolina y quitó la tapa. Observó el interior y para su desgracia notó que, en efecto, estaba vacío.

—Está vacío —comentó el joven al inspeccionar por sí mismo antes de observarla inquisidoramente—. Creo que deberá empujarla un buen tramo. No hay ninguna gasolinera hasta Bishopston. Helen torció la boca. —Gracias por la información —balbuceó. —Es un placer—el joven abrió la puerta del jeep—. Por—supuesto, si me lo permite podría colocar la motocicleta en la parte posterior del vehículo y llevarla hasta allí. Pero, si, como usted dice, puede arreglárselas sin mi ayuda, no puedo sugerir otra cosa.

Helen apretó los labios, observando la moto llena de frustración. En realidad no podía culpar a Miles por no haberle echado gasolina. Ella debería haberlo verificado antes de salir. Heath le había recomendado que mirara el nivel del tanque a menudo, y si no hubiera sido tan vehemente al partir esa mañana, lo hubiera hecho.

—¿Y bien?

El joven esperaba su respuesta y ella le miró dudosamente. Parecía

inofensivo, pensó. En realidad era agradable: pelo color castaño, piel morena y ojos marrones.

—Le aseguro que no tengo intención de raptarla —señaló de pronto como si leyera su pensamiento, y Helen se sonrojó.

—¿Soy tan expresiva?

—Bueno, es evidente que le han aconsejado que no acepte que la lleve un extraño. Y yo apoyo eso. Pero no soy del todo un extraño. La propiedad de su tío y la de mi padre lindan la una con la otra. —La propiedad de mi tío… —Helen se calló repentinamente—. ¿Sabe quién soy?

Él hizo una mueca.

—Helen Mortimer, ¿estoy en lo cierto? —Sí. Pero… —hizo una pausa—. ¿Quién es usted? —

Nigel Fox —replicó y Helen agrandó los ojos.

—¿Es… hijo de sir Malcom Fox?

—El mismo—la observó impacientemente—. Entonces… ¿aceptará mi ofrecimiento o todavía tiene dudas?

Helen titubeó. Sólo por su palabra, sabía que era Nigel Fox. Por supuesto Heath conocía a los Fox. Asistían al mismo club, ayudaban a las mismas instituciones de caridad y compartían intereses comunes en los negocios. Pero Heath nunca había hablado acerca de su hijo ni la había invitado a conocerle.

—¿Le gustaría ver mi permiso de conducir?

Nigel Fox la observaba divertido, y Helen tomó una decisión rápidamente.

—Acepto su ofrecimiento. Gracias.

—Muy bien —Nigel hizo un gesto—. Suba, mientras coloco la motocicleta en la parte posterior. Por fortuna, no es demasiado grande…— esos artefactos pesan una tonelada.

Helen reía mientras él colocaba la moto en la parte trasera del jeep, luego se dirigió a la parte de delante para reunirse con ella, y sé limpió las manos en un paño lleno de grasa.

Vestido con una camisa gris, una chaqueta de paño y unos pantalones gastados, no parecía ser el hijo de un noble.

—Está bien —dijo—. ¿A dónde quiere que la lleve? ¿A Carrón, a la gasolinera de Bishopston, o a casa?

Helen se humedeció los labios.

—¿Carrón? Ése es su domicilio, ¿no es así?

—Exacto —aseveró Nigel—. Pensé que le agradaría desayunar antes de proseguir su camino.

—Es usted muy amable, pero…

—… preferiría ir a casa.

—No, preferiría ir a la gasolinera de Bishopston —confesó Helen desconsoladamente—. Si me lleva a casa es probable que se arme un

gran jaleo.

—¿No lo habrá de todos modos? —Inquirió Nigel, poniendo el coche en marcha—. Es decir, son casi las nueve de la mañana e imagino que habrá salido de casa antes de que se levantara su tío.

—Oh, Heath está de viaje: —contestó despreocupadamente—, en Sudamérica. Sólo está la señora Gittens, que es nuestra ama de llaves y Ángela, por supuesto.

—¿Ángela?

—Ángela Patterson —replicó Helen secamente—. De momento, ella… vive con nosotros. Es una… amiga de Heath.

—¿Heath? —Nigel frunció el ceño—. ¿Así se llama su tío?

—Él no es mi… —comenzó a decir Helen y luego recapacitó—. Rupert Heathcliffe —miró por la ventana—. ¿Esta es su propiedad? ¿La cultivan ustedes?

—Una parte —asintió Nigel—. Me enviaron a la facultad de agronomía para aprender nuevos métodos de cultivo, pero hubo que vender parte de las tierras para pagar los impuestos.

Helen inclinó la cabeza.

—Imagino que lo lamenta.

—En realidad no —Nigel se encogió de hombros—. ¿Para qué necesitamos toda esta tierra?

Preferiría tener menos responsabilidades y más tiempo para hacer lo que me gusta.

—¿Y qué es lo que le gusta? —Helen estaba interesada.

—Oh… creo que me gusta la libertad —respondió con sencillez—. ¿Y usted? ¿A qué se dedica?

—No hago muchas cosas. Si por Heath… mi tío fuese, aún estaría en la escuela.

—¿En la escuela? —la observó incrédulamente—. ¿Cuántos años tiene?

—Casi dieciocho —Helen estaba a la defensiva—. Heath cree en la educación. El problema era que nunca supo qué iba a estudiar yo. Y además, jamás he trabajado en nada.

Él movió la cabeza.

—¿Y no tiene novio? —inquirió y ella le miró de reojo.

—No —hizo una pausa—. ¿Usted está casado?

—¿Piensa eso? —Nigel hizo una mueca.

—Como diría una amiga mía, usted está buscando cumplidos —declaró Helen, relajándose—.

Tengo la certeza de que sabe lo codiciado que le hacen los títulos de su padre.

—¿Eso es todo? —él la miró dolido y ella sonrió.

—Sabe a lo que me refiero. La mayoría de las mujeres se sentirían complacidas de que las llamaran lady o algo por el estilo.

—¿Y a usted?
—¿A mí? No, a mí no. No me imagino llevando el título de lady, ¿y usted?
—Pienso que llevaría el título nobiliario con honor—declaró galantemente—. Bien, hemos llegado a Bishopston. ¿Está segura de que no le gustaría que la llevase a casa?
—Oh, no —Helen miró a su alrededor y se sintió aliviada al ver una gasolinera enfrente del camino—. Aquí está bien. Le estoy muy agradecida, de verdad, señor Fox.
—Nigel.
—Nigel, entonces —presionó su brazo impulsivamente antes de bajarse—. Espero no haber ensuciado tu Land Rover, estoy llena de barro.
—Para eso son los jeeps —señaló Nigel, alzando la motocicleta para ponerla otra vez en el suelo—. La empujaré hasta la gasolinera por ti.
El empleado conocía a Nigel y los atendió inmediatamente.
—Cárgalo a nuestra cuenta, Ted—ordenó, ocasionando que Helen protestara, pero él insistió y ella se dio por vencida.
—En realidad has sido un buen samaritano —expresó colocándose el casco de nuevo—. No sé cómo agradecértelo.
—Permite que te invite a cenar mañana por la noche —pidió Nigel —. Podría pasar por ti a las siete y media. Reservaría una mesa en el Bell de Starforth.
—Oh, no sé… —Helen vacilaba, mordiéndose el labio inferior.
—Puedes presentarme a tu tío, de ese modo le aseguraría mis buenas intenciones —agregó Nigel de forma extravagante y ella suspiró, pensando en el asunto.
—Heath todavía estará de viaje —murmuró, pasando una pierna sobre la motocicleta—. No sé lo que él opinaría.
—No estoy invitando a tu tío —le recordó Nigel dulcemente—. Helen, no eres una niña.
¿Estás segura de que puedes tomar tus propias decisiones? ¿Quieres salir conmigo o no…?
Es tan sencillo como eso.
Ella suspiró.
—Muy bien —expresó después de pensarlo un poco más—. ¿Por qué no?
Heath siempre la alentaba a que saliera con jóvenes de su edad y Nigel Fox no tenía más de veintitrés o veinticuatro años.
—¡Fantástico! —Nigel parecía complacido—. Entonces, a las siete y media. Te veré mañana.
—Mañana —repitió Helen, emocionada. Era la primera vez que concertaba una cita sin la autorización de Heath, y le agradaba la

sensación de independencia que eso le proporcionaba.

Eran casi las diez de la mañana cuando regresó a Matlock y, tal como había supuesto, la señora Gittens era la que más preocupada estaba por su desaparición.

—¿Dónde has estado? —Preguntó cuando Helen entraba en casa después de haber dejado la moto frente a la puerta principal—. Tan pronto como Miles me dijo que la moto no estaba en el garaje, comencé a preocuparme. Pudiste haber telefoneado diciendo que ibas a llegar tarde.

—Me quedé sin combustible —contestó Helen, cuando pudo hablar —. La motocicleta se detuvo. Tuve que caminar kilómetros hasta la gasolinera más cercana. Y no había teléfono.

—¡Oh, mi niña! —La señora Gittens la miró horrorizada—. ¡Santo cielo, Helen, te pudo ocurrir cualquier cosa! ¿Dónde estabas cuando te quedaste sin gasolina? ¿Cuánto tuviste que empujar esa pesada máquina?

—Cerca de cuatro kilómetros…

—¡Cuatro kilómetros! —repitió la señora Gittens.

—Pudieron ser más —agregó Helen—, pero me llevaron.

—¿Te llevaron? ¿Quién? Helen, no me digas que permitiste que te llevara un hombre —la señora Gittens se llevó las manos a la cabeza.

—Sí, me llevó, pero… ¡espere! —Dijo antes de que el ama de llaves volviera a intervenir—, no era un extraño. Era Nigel Fox.

—¿Nigel Fox? ¿Nigel Fox? ¿Quién es?

—El hijo de Sir Malcom Fox —explicó Helen—. Usted conoce a los Fox… de Carrón Hall.

—Los Fox —la señora Gittens titubeó—. ¿Estás segura?

—Por supuesto que estoy segura —respondió Helen impacientemente—. De cualquier forma, le puede conocer, si lo desea. Mañana me llevará a cenar. Pasará por mí a las siete y media.

La señora Gittens juntó las manos.

—¿Vas a salir con él?

—Sí.

—¿Pero qué sabes sobre él?

Helen protestó.

—¿Qué necesito saber? Es agradable. Le caerá bien. Es joven, guapo y una grata compañía

—hizo una pausa y después, cuando el ama de llaves todavía no estaba muy convencida, agregó—: Usted sabe que Heath siempre dice que debería tener amigos de mi edad. Bueno, Nigel es de mi edad… o un poco mayor.

La señora Gittens movió la cabeza. —No sé qué dirá el señor Heathcliffe —insistió.

—¿Qué puede decir? Él no está aquí. ¡Por Dios, señora Gittens,

sólo iremos al Belle en Starforth! ¡No, me venderá a un tratante de blancas!

Ángela reaccionó con indiferencia al enterarse de la noticia. Si su amistad con Nigel Fox se convirtiera en algo serio, como Ángela esperaba, le dejaría el terreno libre para mejorar su relación con Heath.

No obstante, a pesar de la decisión de Helen de ser dueña de sus actos y aceptar esa invitación, al irse a la cama se encontró en un aprieto. Durante el día les había asegurado a los demás que quería salir con Nigel Fox, pero en la inhóspita soledad de su cuarto, supo que su deseo fue inconsciente.

No era que le desagradara Nigel, le caía bien. Parecía ser un joven muy educado. Pero ningún muchacho había despertado en ella los sentimientos que Heath había hecho brotar, y no quería pensar que había cambiado de parecer. Si comenzaba a salir con Nigel Fox con frecuencia, Heath podría imaginar que a él no le amaba.

A pesar de sus temores, Helen disfrutó de la compañía de Nigel. Fue a buscarla, como estaba previsto, y conoció a Ángela y a la señora Gittens.

—La señorita Patterson es atractiva —comentó por el camino—. Un tanto fría, para mi gusto —agregó, observando a Helen—, pero quizás es atractiva para alguien a quien le guste el vino helado. No para mí.

Ella sonrió.

—No debes decir eso. No me importa.

—Es cierto —fue tajante—. Tú… tú eres como un fino Borgoña, exquisita y con cuerpo —la miró dulcemente—. ¡Créeme, no hay nada gélido en ti!

Al menos era reconfortante saber que Nigel no encontraba más atractiva a Ángela. Por el contrario, se esforzó durante la noche para hacerla sentirse la mujer más bella que había conocido, y Helen mejoró considerablemente. Libre de las restricciones que imponía la presencia de Heath, dio rienda suelta a su personalidad y se constituyó en el blanco de varias miradas masculinas.

—Me gusta tu vestido —comentó Nigel en una ocasión, observando sus hombros desnudos, y ella miró halagada la gasa color crema.

Era una de las prendas que Marión había elegido.

Terminaron de cenar alrededor de las nueve y media y caminaron unos minutos por los jardines del hotel. Era agradable pasear por el sendero rodeado de arbustos que conducía al río, y Helen estaba apesadumbrada cuando llegó el momento de volver a casa.

—Me lo he pasado muy bien —le dijo a Nigel, cuando la dejó en Matlock—. Gracias por invitarme.

—Entonces debemos hacerlo otra vez —tenía el brazo estirado sobre el respaldo del asiento, sus dedos jugaban con el escote de la chica—. ¿Qué te parece el martes próximo?

¿Te gustaría ir al cine en Bradford? Después, podríamos cenar en un restaurante japonés, si quieres.

—Oh… —Helen se humedeció lo labios—. No estoy segura.

—¿Por qué no? Acabas de decir que nos hemos divertido juntos, ¿por qué no hacerlo de nuevo? Helen vaciló.

—Para entonces habrá regresado Heath —expresó torpemente—. Debo pedirle permiso.

—Muy bien, pídeselo —Nigel estaba impaciente—. No veo qué pueda objetar. Sólo te estoy invitando al cine. Helen movió la cabeza.

—Muy bien —comentó después de un instante—. Veré qué puedo hacer. ¿Puedo telefonearte después? Cuando esté segura.

—Yo te llamaré —repuso Nigel decididamente—. De ese modo estaré seguro de que no lo olvidarás —hizo una pausa—. Buenas noches, Helen. Eres muy dulce.

Le rozó los labios con los suyos y luego la abrazó. Sus labios eran firmes y tibios, no como los de Miles, pero tampoco como los de Heath, y aunque intentó calmarse, finalmente tuvo que apartarse.

—Será mejor que me vaya —expresó, sin aliento, buscando el picaporte, y Nigel se estiró para ayudarla.

—Hasta el martes —dijo, dándole un beso en la mejilla y Helen asintió antes de salir del coche.

En el pasillo se encontró con la señora Gittens. El ama de llaves la miró con mezcla de reprobación y alivio.

—De modo que te ha traído sana y salva —comentó—. Mejor para él. Tu tío quedó muy desilusionado al saber que habías salido. —Mi tío… ¡Heath! —Helen observó incrédulamente a la señora Gittens—. ¿Ha regresado Heath? —Ansiosamente miró hacia la escalera—. No sabía que iba a llegar hoy.

—No lo ha hecho —declaró la señora Gittens secamente—. Telefoneó —echó un vistazo al reloj del abuelo que estaba al pie de la escalera—. Hace casi dos horas.

—¡Oh, no! —de pronto decayó el ánimo de Helen.

—Oh, sí. Quería hablar contigo pero como no estabas habló con ¡a señorita Patterson.

—¿Qué deseaba? ¿Qué dijo? —Helen la miró ansiosamente—. Dónde está Ángela? Le preguntaré.

—No lo harás. Se acostó hace media hora —declaró el ama de llaves desafiantemente—.

Pero yo no me preocuparía… fue una llamada breve. Pienso que sólo quería asegurarse de que todo marchaba bien. Dijo que esperaba regresar el próximo viernes.

—¡El próximo viernes! —repitió Helen tristemente—. Y según él, se marchaba sólo una semana.

—Probablemente, habrá ocurrido algo —explicó la señora Gittens —. Ahora, será mejor que te acuestes. No quiero que la señorita Patterson le cuente a tu tío que te estoy alentando a salir hasta tan tarde.

—No es tarde —volvió a mirar el reloj—. A penas son las diez y media.

—Lo bastante tarde para una jovencita de tu edad. Y si quieres saberlo, es mejor que no esté el señor Heathcliffe. La próxima vez que dejes que un joven te bese en su coche, ten la precaución de cepillarte el pelo antes de entrar en casa.

Unos minutos después, Helen recordó aquello, frente al tocador. Su pelo estaba revuelto y no tenía rastro de carmín en los labios.

Capítulo 9

A LA mañana siguiente, Ángela se mostró reacia con respecto a lo que Heath le había dicho.

—No recuerdo —dijo al bajar a desayunar cuando Helen casi había terminado—. ¿Tuviste una velada agradable? ¿Te gustó la cena? Debo reconocer que tu joven amigo tiene muy buen aspecto.

—No es mi joven amigo —replicó Helen y Angela enarcó las cejas.

—Entonces, ¿de qué otra forma puede llamarse? —la contradijo—. No es amigo de la familia. Heath nunca le ha visto.

—¿Eso dijo él? —Helen respiró profundamente—. ¿Es decir, Heath?

—Sí —Ángela se estiró para coger su taza de café—. Qué lástima que no estuvieras para hablar con él.

—¿Preguntó dónde estaba? —inquirió Helen y Ángela inclinó la cabeza.

—Deseaba saber con quién habías salido, de modo que yo se lo conté.

Helen suspiró.

—¿Acaso le explicó la situación en la que me encontraba cuando conocí a Nigel? ¿Le dijo que me quedé sin combustible?

—El mencionó que era una falta de responsabilidad el andar en moto por el campo sin tomar las debidas precauciones.

Helen apoyó los codos sobre la mesa y sostuvo su cara entre las manos.

—Supongo que estuvo de acuerdo con él —murmuró y Ángela sonrió.

—Yo pienso que fuiste un poco alocada, ¿o no?

—Lo olvidé —confesó Helen fatigosamente.

—Bueno, quizá para cuando regrese Heath lo haya olvidado.

Helen deseó que tuviera razón, pero se reservó sus pensamientos y preguntó:

—¿Acaso dijo por qué se iba a retrasar? Pensé que iba a volver mañana.

—Oh, no estoy segura —Ángela frunció el ceño—. Creo que se debía a que le faltaba firmar un contrato. De cualquier forma saldrá el viernes, lo que quiere decir, según mis cálculos, que llegará aquí el sábado por la mañana.

—¿Tanto tiempo?

Ángela parecía estar muy complacida.

—Eso nos permitirá acostumbrarnos más la una a la otra —enfatizó—. Eso es lo que desea Heath. Él lo dijo. Quizá debamos dedicarle tiempo a tu apariencia. Todavía llevas esos horribles pantalones vaqueros con los que te conocí. Helen se encogió de

hombros.

—No necesito su ayuda. Puedo elegir mi propio vestuario.

—¿Ah, sí? —la sonrisa de Ángela era despectiva—. ¿Y le dijiste a la señora Marsden lo que Heath opinaba de su esfuerzo? —Helen no le respondió, apoyó la cabeza en una de sus manos y con la otra se dedicó a delinear ochos sobre la mesa, hasta que Ángela se impacientó —. Tal vez tu tío tenga razón. Quizá la única solución sea una escuela lejos de Matlock Edge. Helen levantó la cabeza.

—¿Acaso comentó eso?

—Cuando tu tío me mandó que viniera, esperaba que te esforzaras por cambiar. Pero no ha sido así. Y la pequeña huida del viernes ha empeorado bastante la situación. Helen contuvo el aliento. —Está bien, no volveré a ver a Nigel.

—Oh, no… —la expresión maliciosa de Ángela se tornó en comprensiva—. No he querido decir eso.

—Ha sido usted quien ha mencionado la escapada del viernes. —Por supuesto, me refería a salir sin gasolina —explicó de prisa—. El conocer a Nigel Fox fue una de las mejores cosas que pudiste haber hecho —hizo una pausa—. Después de todo, si Heath conoce a Nigel y le cae bien, no puede oponerse a vuestra amistad. Es precisamente lo que él espera de ti.

—¿Qué quiere decir? —Helen aún dudaba y Ángela se apresuró a explicárselo.

—Él no puede culparte de actuar como una chiquilla si te comportas como una mujer adulta.

El tener un novio formal es el primer paso hacia el matrimonio y…

—¡No pienso casarme! —Helen la interrumpió enfadada, pero Ángela continuó como si ella no hubiera dicho nada.

—… puedes tener docenas de novios antes de encontrar a aquel con quien deseas compartir el resto de tu vida; demostrarás que no eres un peligro para la sociedad.

Helen la observó vacilantemente.

—¿No teme que Heath la encuentre innecesaria? —inquirió con cierto tono de malicia, pero Angela movió la cabeza.

—Tu tío me trajo para ayudarte, es cierto, pero también para hacer las veces de carabina, y no creo que cambie de parecer porque consigas novio.

Helen meditó aquello en silencio. De modo que ésa era la verdadera función de Ángela. El aconsejarla era sólo una actividad secundaria. Su papel, era realmente hacer callar los murmullos locales. Suspiró, ¿desde cuándo le preocupaba a Heath lo que dijeran los demás?

Siempre había dicho que la maldad, igual que la belleza, estaba en los ojos de quienes la poseían.

Entrelazó las manos fuertemente. ¿Y si Ángela lo había interpretado mal? ¿Y si sus papeles estaban invertidos? ¿Y si en realidad la estaban utilizando sin ella saberlo? ¿Qué significaba? ¿Acaso que la mujer con la que Heath se quería casar no debía llevar escándalos unidos a su nombre?

Por el resto del día, Helen analizó sus pensamientos en silencio. El lunes por la mañana olvidó sus diferencias con Miles y se dirigió al garaje. Necesitaba salir de la casa, conversar con alguien. Y a pesar de sus intenciones románticas, Miles todavía era uno de sus mejores amigos.

Él estaba inclinado sobre la podadora del césped mientras Helen caminaba despreocupadamente por el jardín. La miró de reojo antes de proseguir con lo que estaba haciendo.

—Hola —dijo la joven con gran naturalidad, y se acercó para detenerse a su lado—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Qué te parece que estoy haciendo? —repuso Miles brevemente —. ¿Qué deseas, señorita Helen? Hace tiempo que no venías a divertirte con los de abajo.

—¡Oh, Miles! —Helen colocó los pulgares en el cinturón de sus pantalones—. No seas así. Si te ofendí, lo lamento, aún deseo que seamos amigos.

En cuclillas, levantó la mirada.

—¿Y si yo no quiero tener amistad contigo? —Replicó, molesto— Me di cuenta de que piensas que soy tonto. ¿Acaso sabe él que también está perdiendo el tiempo?

Ella se sonrojó.

—No sé a qué te refieres.

—Claro que lo sabes —Miles se levantó y apoyó sobre la pierna la llave inglesa que había estado usando—. Tardé tiempo en comprenderlo, pero creo que ahora vislumbro el panorama. No hay duda con respecto a por qué se molestó tanto Heath al encontrarnos juntos. ¡No sabía que estaba invadiendo su propiedad!

—¡Miles! —Helen le miró llena de horror, y el joven se encogió de hombros con indiferencia.

—Es verdad, ¿no es así? Estás enamorada de tu tío, ¿o me equivoco?

—No es mi tío y tú lo sabes —temblorosa, Helen se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—De modo que es cierto —aseveró Miles—. ¡Oh, Helen, es demasiado viejo para ti!

—No sé de qué me estás hablando.

Helen se dio la vuelta de pronto, sintiendo un gran vacío en el estómago. Había pensado que aún podía hablar con Miles. Pero parecía que él, igual que los demás, tenía ciertas sospechas con

respecto a la relación entre Heath y Helen.

—Sí lo sabes —se acercó por detrás, le puso las manos sobre los hombros y la obligó a mirarle—. Nunca lo hubiera esperado de Heath, nunca. Por Dios, ¡pensé que se preocupaba por ti!

—Lo hace —Helen tragó saliva con dificultad—. Y tú… tú estás equivocado.

—¿Con respecto a qué? —Miles parecía incrédulo.

—Heath no está interesado en mí. O al menos, sólo como mi tío, tal y como dijiste. Si quieres descubrir algo más en su actitud, estás en un error. Por el contrario, él me hubiera alejado de Matlock, si no le hubiese suplicado que me permitiera quedarme.

—Para finalizar tus estudios —repuso Miles desdeñosamente—. No creerás que ésa pueda ser una posibilidad, ¿verdad?

—Sí. Y todavía la hay —Helen se alejó de él y le miró llena de indignación—. Oh, Miles estás ciego, ¡Heath no está interesado por mí, sino por Ángela Patterson!

Miles replicó burlonamente.

—¡La belleza rubia!

—¡Sí, la belleza rubia! —Declaró Helen—. ¿Me crees ahora?

Miles se encogió de hombros.

—Heath ha tenido docenas de mujeres como ella.

Le impresionó su sinceridad, pero no le gustó nada.

—No como ésta —expresó nerviosamente—. Sabes tan bien como yo que desde que tengo uso de razón, Heath no había traído mujer alguna a Matlock. Hasta ahora.

Miles movió la cabeza.

—Pensé que estaba aquí para educarte como a una señorita.

—Eso pensé, al principio —suspiró—. Pero esta mañana me dijo que Heath la había invitado por un tiempo indefinido. ¿No te parece extraño?

Miles titubeó.

—¿En realidad crees eso?

—Sí.

Él frunció el ceño.

—¿Y tú? ¿Qué hay respecto a ti? Puedo estar equivocado con respecto a Heath, pero estoy seguro de que no puedo equivocarme contigo.

—¿Cómo? —Helen retrocedió.

—Estás enamorada de él —afirmó—. No sé por qué no lo pensé antes. Quizá me resista a creerlo.

—Oh, Miles… —Helen inclinó la cabeza—. Vine aquí porque creía que eras mi amigo.

—Soy tu amigo —expresó decididamente—. Me gustaría decir que no, ¡pero nos conocemos desde hace mucho tiempo! —la observó

fijamente—. Por ello, esperaba que fueras sincera conmigo.

—Muy bien —las palabras surgieron desesperadamente—. Muy bien, estoy enamorada de Heath. Creo que siempre lo he estado. Al menos, desde que tengo uso de razón.

Miles movió la cabeza.

—¿Estás segura de que no es sólo idolatría? Él ha tenido una gran influencia en tu vida.

¿Estás segura de que no fantaseas con alguien que en realidad no existe más que en tu imaginación?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que Heath es un hombre como cualquier otro, Helen. Él tiene necesidades, usa a las mujeres, al igual que los demás para satisfacer sus deseos.

—Lo sé —Helen bajó la cabeza—. ¿Piensas que no sé cómo son las cosas?

—¿Lo sabes?

—Sí.

Parecía incrédulo.

—¡Cuando te besé te mostraste fría!

—Eso fue distinto —Helen alzó los hombros—. Con Heath no sucede.

—¿Cómo lo sabes? Quizá también te quedarías fría con él.

—No ocurriría. No ocurrió.

Tan pronto como habló, supo que había cometido un error. Miles no la dejaría marcharse sin decirle nada más.

—¿Qué quieres decir con que no ocurrió? —se le acercó—. Helen, ¿te ha acariciado? Porque si lo ha hecho yo… yo…

—¿Tú qué? —Su confusión se tornó en depresión—. Sí, me ha besado —frotó el pavimento con el pie—. Le obligué a hacerlo.

—¿Le obligaste? —Miles la miró—. ¿Cómo?

—¿Tiene importancia? —Helen estaba resignada—. Por eso no le intereso. Si así fuera él hubiera…, sabes a lo que me refiero.

Estaba anonadado.

—¡Oh, Helen!

—Lo sé —continuó rozando el suelo con el pie, y esquivando su mirada de asombro—. Soy una chica fácil. Él también lo dijo.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Hacer? —Dejó de mover el pie y caminó desconsoladamente por el jardín—. No haré ninguna cosa. ¿Qué puedo hacer aparte de marcharme?

—¿Por eso estás saliendo con Nigel Fox? —inquirió Miles, enfadado—. ¿Esperas que esa relación te ayude a salir de aquí?

Helen no se precipitó, como lo hubiera hecho un par de días antes.

—¿Quién sabe? —declaró amargamente—. Si Heath hablaba en

serio con respecto a Ángela, no podría permanecer aquí, eso lo sé. Ella y yo apenas nos soportamos.

Miles suspiró impacientemente.

—Podrías casarte conmigo —replicó dulcemente—. O tal no sea lo bastante bueno para ti.

—¡Oh, Miles! —Helen le cogió de la camisa—. Claro que eres lo bastante bueno para mí. En realidad, demasiado bueno para mí —hizo una mueca—. Pero tú sabes que no resultaría. No te amo

—Podríamos intentarlo.

—¿Es eso lo que deseas?

—No —Miles respondió sinceramente—. Lo que deseo en realidad es que me ames, pero si no puede ser, estoy dispuesto a ocupar el sitio que me indiques.

Helen le acarició la mejilla con la mano y él la sujetó y la besó.

—Tan sólo recuerda esto —le advirtió—. ¡Yo te conocí antes que Nigel Fox!

El lunes, Nigel telefoneó a Helen tal y como le había prometido.

En un principio, después de su charla con Miles, había estado tentada a negarse a verle otra vez, pero al recordar lo que Ángela le había dicho, se tornó precavida. Siempre existía la posibilidad de que estuviese equivocada, de que Heath no hubiera llevado a Ángela por que sintiera atracción por ella, y si así fuera, lo último que haría Helen sería darle motivos para reconsiderar la idea de enviarla a la escuela en Ginebra.

Fueron al cine a Bradford, como Nigel había sugerido y después cenaron en un restaurante chino.

—¿Sabes? Nunca recuerdo la diferencia entre el chow mein y el chop suey —confesó Nigel

—. ¡Lo único que sé es que me gusta!

—¡Me encanta la comida china! —Repuso Helen, rescatando un grano de arroz del borde de su boca—. Pero también me encanta la comida inglesa —hizo una mueca—. Ángela no lo aprueba.

—Imagino que tiene poco apetito —señaló Nigel comprendiendo —. No me gustaría que fueras tan delgada. No es saludable.

Helen sonrió.

—Eres muy galante.

—No, es cierto —la observó dulcemente—. Así estás muy bien.

—Eres bueno para mi ego —Helen bromeaba pero los ojos de Nigel no.

Eres ideal para mí —declaró inclinándose para cogerle la mano.

La llevó a Matlock Edge poco después de las diez y media, y de nuevo sugirió otra cita.

¿Te gustaría ir conmigo a una fiesta el viernes por la noche? —la invitó—. Sé que comentaste que tu tío llegará el viernes, pero te

prometo que no llegaremos demasiado tarde, Helen titubeó.

—En realidad, Heath no regresará hasta el sábado —comentó tranquilamente—. ¿Dónde será la fiesta? Tendría que decírselo a Ángela.

—En el apartamento de un amigo, en Harrogate —explicó Nigel provocando que Helen vacilara—. Sé que no está precisamente a la vuelta de la esquina, pero regresaríamos pronto.

—¿Estás seguro? —ella dudaba—. ¡Hay casi veinte kilómetros de distancia hasta Harrogate!

Diecinueve, para ser precisos. Pero no dejes que eso te preocupé, el viejo M.G. es de confianza.

Helen movió la cabeza.

—No sé…

—— ¿Por qué no?

—No creo que Heath lo aprobase.

——Pero tu tío no va a estar aquí, según acabas de decir —replicó Nigel— Oh. ¡Vamos, Helen! No eres una chiquilla. Alguna vez tienes que salir sola.

——Muy bien —Helen accedió contra su voluntad, insegura de si viviría para arrepentirse—.

Pero debo regresar a las once como mucho— ¿de acuerdo?

Nigel suspiró.

——Si insistes —la miró irónicamente—. Ahora, ¿no merezco un poco de gratitud?

Helen le permitió que la besara, pero cuando Nigel comenzó a besarle el cuello ella se retiró.

•—No soy… yo no… Es decir, será mejor que me vaya Nigel —balbuceó decididamente.

—Eres muy dulce —le dijo cariñosamente—. Y sensual, no puedo creer en mi suerte.

—¿Qué insinúas? —inquirió Helen curiosamente, y él se inclinó abrirle la puerta.

—No puedo creer que sea el primer hombre en pensarlo —declaró, aunque ella sospechaba que no había pensado eso—. ¡No es extraño que tu tío quiera conservarte para él! Yo también lo haría.

Helen descendió del coche precipitadamente. En ese momento no deseaba que le recordaran a Heath. No quería acordarse de la razón por la que había aceptado la invitación de Nigel, o que la obligaran a imaginar la cantidad de veces que Heath le habría dicho algo parecido a una mujer.

Siempre había evitado pensar en Heath con otra mujer. Hasta ahora, había sido un tabú.

Pero las insinuantes palabras de Nigel, habían desatado su imaginación, y de pronto, se encontró haciendo frente al hecho de que

Heath sedujera a otras mujeres.

—Buenas noches —expresó tensa, cerró la puerta y se dirigió hacia la casa, como si pensara que podría echar a un lado sus pensamientos.

—Buenas noches —respondió Nigel.

El viernes por la noche, ella estaba lista cuando llegó Nigel. Partieron antes de lo acostumbrado, debido a la distancia de Harrogate, y la señora Gittens criticó la apariencia de Helen cuando ella bajó.

—¿Es nuevo? —inquirió, observando el vestido camisero que Helen había comprado con Marión, hacía casi dos semanas.

—Sí, ¿le gusta? —Helen deslizó la mano sobre las caderas de una forma inconscientemente sensual—. No hace nada de frío. No necesitaré abrigo.

—Yo llevaría una pañoleta, si van a ir en el automóvil deportivo del señor Fox —dijo el ama de llaves severamente—. Y sé prudente con tu comportamiento. No creo que al señor Heathcliffe le hubiera gustado dejarte ir.

—Oh, déjela en paz, señora Gittens —la voz pausada de Ángela las interrumpió—. ¿Qué piensa que le puede pasar? El señor Fox parece un joven respetable.

—La otra noche el señor Heathcliffe no estaba muy complacido al saber que había salido —

repuso el ama de llaves al notar que estaban menospreciando su autoridad, y ansiosamente, Helen se volvió hacia ella.

—¿Qué dijo, señora Gittens?—demandó—. No sabía que le hubiera dicho dónde estaba.

—Bueno, por supuesto que se lo dijo. Yo también se lo comente —agregó Ángela impacientemente—. Era natural que se desilusionara al saber que no estabas aquí para hablar con él, pero no recuerdo que se mostrara rencoroso porque hubieras tenido una cita.

—No estaba complacido —insistió la señora Gittens—. Le conozco más que usted, señorita Patterson, si no le importa que se lo recuerde, y sé cuándo el señor Heathcliffe está feliz y cuándo no.

—¡Oh, es absurdo! —el tono de Ángela era despectivo—. Helen, tu tío desea que salgas y te relaciones con gente de tu edad. Tal vez la señora Gittens esté confundiendo lo que Heath dijo, con su propia opinión. Para ella, aún eres una chiquilla. Pero tú y yo sabemos que no es así.

Helen vacilaba, más influenciada por el rostro sonrojado de la señora Gittens que por la calculadora persuasión de Ángela, pero ya era demasiado tarde. Mientras ella las miraba, Nigel llamó a la puerta y el ama de llaves fue a abrir con un gesto de reprobación.

El apartamento donde se llevaría a cabo la fiesta, estaba ubicado cerca del nuevo centro de conferencias. Había al menos cincuenta

jóvenes en la sala que no medía más de treinta metros cuadrados, y por ello había gente en el recibidor y en las habitaciones. Un joven delgado de gafas recibió a Helen y a Nigel, y echó un vistazo a la chica antes de lanzar un silbido.

—¿Dónde te has estado escondiendo? —inquirió, mirándola lleno de admiración y Nigel le explicó, un tanto reacio, que él era su anfitrión.

—Helen te presento a Vic Boulton —dijo tolerantemente—. Vic, ella es Helen Mortimer.

Recuerdas que te comenté que la iba a traer.

—Oh, claro que me acuerdo —Vic la sujetó del brazo—. Anda, Helen, permíteme que te presente a los demás. Nigel, esfúmate, ¿quieres?

A partir de ese momento, le presentaron a tanta gente que los nombres carecían de importancia, desesperadamente, miraba a su alrededor en busca de Nigel, deseando que fuera a rescatarla. Con una copa de alguna bebida desconocida en una mano y un emparedado igual de raro en la otra, se sentía aislada, y al retirarse Vic, de pronto, para recibir a otros invitados, la dejó desamparada en un extremo de la habitación.

—Una nunca puede estar segura de que Vic no te servirá hierba en el emparedado —señaló una joven detrás de ella, vestida de negro, con unas peculiares franjas anaranjadas en su pelo oscuro—. Su máxima es cualquier cosa que mantenga animada la fiesta. Ten precaución con los cigarrillos que pasarán después.

—¿Hierba? —Helen observó su emparedado vacilantemente—

No pondría hierba en los emparedados, ¿o sí?

—¿Quién sabe? —la joven movió los ojos—. Nuestro Víctor no es un hombre bueno.

Consternada, Helen tragó saliva.

—Creo que nunca has estado en una de las fiestas de Vic —expresó —. Estaba pensando que tienes una apariencia… ingenua… ¿Quién te ha traído?

—Nigel. Nigel Fox —repuso Helen, mirando a su alrededor desesperadamente—. Yo…

¿podrías decirme dónde está el baño? Quisiera pasar.

Allí arrojó su bebida y los restos del emparedado, antes de observar sus mejillas sonrojadas en el espejo que estaba sobre el lavabo. Santo cielo, pensó ¿dónde se había metido? ¿Y cómo podría escapar?

Al salir al pasillo, Nigel la estaba esperando y ella esquivó su mirada mientras se ajustaba el cinturón del vestido. Había pensado en irse sin que él se diera cuenta, pero en aquel momento en que le tenía enfrente, debía decirle la verdad.

—Quisiera irme a casa —dijo sin preámbulos—. No me contaste que tus amigos no son sanos. Lo lamento, pero no deseo quedarme.

—¿Qué dijo Vic? Helen, no debes creer en sus mentiras.

—No fue Vic, fue otra persona —replicó Helen con un suspiro—. Lo lamento, Nigel. No quiero echar a perder tu velada.

—Pero la estás arruinando —extendió las manos—. Mira, nadie insistirá en que fumes, si no lo deseas. Tan sólo espera un poco más, ¿lo harás? La noche todavía es joven.

Helen movió la cabeza.

—Nigel, quiero irme inmediatamente —se puso a pensar en lo que diría Heath si se enterara.

—Oh, Helen…

Nigel le acarició el pelo cuando apareció la joven con quien Helen había estado hablando unos instantes antes.

—¿Te marchas? —inquirió la recién llegada, echando un vistazo a Nigel—. No creo que a tu compañera le agrade esto.

—¿Fue contigo con quien estuvo charlando? —preguntó Nigel enfadado—. Alanna, ¿por qué no mantienes la boca cerrada? Helen se estaba divirtiendo hasta que tú interviniste.

—Oh, yo no lo creo —Alanna no estaba equivocada—. Nigel, si fuera tú, la llevaría a su casa.

Ella podría contarle todo esto a tu papá, ¿y qué harías?

—¡Oh, cállate! —repuso Nigel agresivamente. Helen estaba sorprendida con aquella faceta de su carácter—. Si ella quiere marcharse, entonces puede hacerlo. Pero yo no me iré.

Apenas son las nueve.

Helen contuvo el aliento.

—Muy bien, lo haré —declaró tensa, y Nigel la miró despreciativamente.

—¿Y cómo vas a regresar?

—Existen autobuses y taxis —respondió Helen fríamente—. No te preocupes por mí, Nigel.

No soy del todo inútil.

Él suspiró lleno de frustración.

—Oh, Helen, no te vayas. Prometo que más tarde te llevaré a casa. Anda, regresa a la fiesta. Nos divertiremos…

—¿Dónde vives? —inquirió Alanna moviendo la cabeza y Helen la miró sorprendida.

—Cerca de Starforth —respondió—. En Matlock Edge, en el valle Pendle.

—Lo conozco —aseveró Alanna—. Está bien, si quieres te llevaré a casa.

—Espera un minuto —dijo Nigel, lleno de indignación—. Helen ha venido conmigo…

—Y tú no quieres irte —señaló Alanna razonablemente—. Vamos, Helen. No perteneces a este ambiente. Nigel no debió haberte traído, y creo que se acaba de dar cuenta ahora. —

Bueno…

Helen estaba indecisa y Nigel la cogió del brazo.

—Ignórala —ordenó, observando a Alanna—. Sólo quiere arruinarme la velada. Vamos, cede un poco, ¿no puedes? ¡Piensas que quiero seducirte!

—¿Y no es así? —inquirió Alanna fríamente—. ¿Helen, qué quieres hacer? ¿Te quedas o te vas? Piénsalo.

—Quiero irme —decidió Helen firmemente, zafándose de Nigel—. ¿Te vienes Nigel?

—¡Esfúmate! —ordenó Nigel furiosamente y la chica, sonrojada, abrió la puerta y salió corriendo. Gracias a Dios se había dado cuenta a tiempo, pensó llena de debilidad. Sin la intervención de Alarma no hubiera tenido la voluntad de resistir su sugerencia.

—¡Espera!

La voz de la otra joven la detuvo. Tampoco estaba segura de poder confiar en ella, y deseó haber insistido en coger un taxi.

—¿Quieres que te lleve? —Alanna la alcanzó y arqueó las cejas al interrogarla—. No te preocupes, te aseguro que soy de confianza. Siempre y cuando no te importe subirte en la parte de atrás.

Helen abrió los ojos.

—¿Tienes una moto?

—Mira, sé que tal vez no estás acostumbrada a montar en moto, pero estarás a salvo, créeme.

—Alanna, tengo una moto. No es muy grande, en realidad es pequeña, pero corre.

—¡No me digas! —Alanna estaba muy complacida—. Entonces vamos, te enseñaré la mía.

Pensaba que eras frágil y femenina y sólo eres otra fanática del rock, ¡como yo!

La moto de Alanna excedía los límites de velocidad.

—Pediremos prestado uno de éstos —expresó Alanna cogiendo un casco de una moto que estaba al lado, para Helen—. Bien. ¿Lista? Perfecto, vámonos.

El camino a casa fue espectacular. La motocicleta atravesó el portón poco después de las nueve y media, y cuando llegaron a la entrada principal, Helen apenas tuvo fuerzas para descender.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Alanna.

—Sí, aunque con un poco de frío.

—¿Estás segura de que vives aquí? —inquirió, sonriendo.

—Sí. ¿Quieres pasar y tomar una taza de té?

De pronto, se abrió la puerta y apareció una figura masculina en el

umbral. Helen se sorprendió.

—¡Heath! —exclamó incrédulamente—. ¡Oh, Heath, pensé que no ibas a regresar hasta mañana! —Unió las manos vacilantes, mientras miraba de reojo a Alanna—. ¡Menos mal que he vuelto temprano!

Heath descendió la escalinata seguido de la señora Gittens, y Alanna arqueó las cejas burlonamente.

—Comprendo por qué deseabas regresar —señaló en voz baja, mientras Heath emergía de las sombras—. Con esto en casa, ¿quién querría perder el tiempo con Nigel Fox?

Helen esbozó una sonrisa nerviosamente. Al ver la expresión de Heath supuso que no la esperaban momentos agradables.

—Pensé que me había dicho que había salido en un coche deportivo —Heath se dirigió a la señora Gittens, y Helen, que estaba a punto de correr a sus brazos para darle la bienvenida, se quedó perpleja.

—Así es señor Heathcliffe. Yo la vi —le aseguró la señora Gittens, preocupada, Helen se deprimió al ver que Heath la miraba lleno de furia.

—Puedo explicarlo… —comenzó a decir mientras Alanna ponía en marcha la motocicleta.

—Debo retirarme, querida —expresó, cogiendo el casco que sostenía las débiles manos de Helen—. Tomaremos el té otro día —agregó—. Comprendo que en este momento no soy muy bien recibida.
—No, espera…

Helen se hubiera interpuesto en su camino si Heath no se le hubiera adelantado, los neumáticos rechinaron sobre la grava.

—Quiero hablar contigo —expresó Heath fríamente, y Alanna hizo una mueca.

—Hasta pronto, Helen —dijo mientras aceleraba la moto por el sendero. Helen se alegró de haber dejado abierto el portón. Alanna había sido muy amable al llevarla. El comportamiento de Heath era inexplicable. Al menos, debió haber escuchado su explicación antes de actuar como un ángel vengativo. Helen se volvió hacia él de forma rebelde, dándose cuenta de que la recepción que anhelaba se había arruinado. «Las cosas no han cambiado», pensó tristemente.

—¡Oh, Helen! —la señora Gittens fue quien se percató de que la joven estaba temblando—.

¡Estás helada! —declaró mirando a su patrón. Heath, se dio la vuelta y entró en la casa.

—Será mejor que entres —repuso inexpresivamente—. Yo cerraré el portón.

Helen abrió la boca para contradecirle y la volvió a cerrar. ¿Por qué debía defenderse de él?, pensó amargamente. Siempre estaba dispuesto a creer lo peor de ella, de modo que le dejaría que

continuara haciéndolo. La señora Gittens estaba en lo cierto. Estaba helada y se encontraba mal.

Capítulo 10

POR FORTUNA, Ángela no estaba allí cuando Helen subió a su habitación. En cambio se encontró por las escaleras a la señora Gittens.

—¡Regresar en moto sin abrigo! —exclamó—. ¿Qué le pasó al coche? ¡No me digas que tuvisteis un accidente!

—Oh, no —suspiró Helen demasiado deprimida para mentir—. No fue Nigel quien me trajo a casa. Él… quería quedarse en la fiesta.

El ama de llaves se dispuso a preparar un baño a Helen.

—Ya veo —agregó la señora Gittens poniendo sales en el agua. Su aromática fragancia llenó la atmósfera—. Debo admitir que me sorprendió que regresaras tan temprano. ¿Qué sucedió? ¿Regañasteis, o algo así?

—Algo así —convino Helen despreocupadamente, sujetándose de los bordes de la bañera—.

¿Es necesario señora Gittens? Probablemente algo caliente hubiera cumplido su cometido.

—Un resfriado en verano es peligroso —declaró el ama de llaves—. Haz lo que te digo y métete en el agua caliente. No quiero hacerme cargo de una enferma.

—Oh… muy bien —Helen se incorporó y comenzó a desvestirse—. Pero no permita que venga Heath. Dígale que mañana hablaré con él.

—¿Desde cuándo puedo decirle a tu tío lo que debe hacer? —Inquirió bruscamente la señora Gittens, recogiendo el pelo de la joven y poniéndole unas horquillas, como solía hacer cuando era pequeña—. Bien, haré lo que pueda —agregó, mientras Helen se quitaba el vestido. Recogió el resto de su ropa antes de dejarla bañarse.

El baño estaba maravillosamente caliente. Cuando salió del agua, Helen se sentía mucho mejor. Se secó con dos suaves toallas. Sentía una enorme gratitud hacia Alanna por haberla llevado a casa, y deseó haberle preguntado su nombre completo para poder agradecérselo de nuevo.

Unos minutos más tarde, la señora Gittens apareció con un chocolate caliente, mientras Helen abrochaba el cinturón de la bata de seda.

—Al menos, se te ha quitado la cara de dolor que tenías al llegar —enfatizó dejando el plato y la taza sobre una de las mesillas de noche—. Ahora, métete en la cama. Debes descansar.

Helen suspiró.

—Lo haré enseguida, señora Gittens. ¿Qué dijo Heath? ¿Está enfadado? ¿Cuándo regresó?

El ama de llaves titubeó.

—Imagino que llegó hace un par de horas —declaró respondiendo

a la última pregunta—. Su avión se retrasó varias horas, si no, hubiera llegado por la tarde.

—Pero Angela había comentado que no regresaría hasta mañana.

—Creo que ésa era la idea original —repuso la señora Gittens frunciendo el ceño—. Pero creo que canceló el contrato y deseaba volver —se encogió de hombros—. No pudo evitarse.

Helen inclinó la cabeza.

—Está enfadado, ¿no es así?

—No necesitas preguntármelo —replicó la señora Gittens brevemente—. Por Dios, si hubieses llegado con el señor Fox hubiera sido malo, pero hacerlo en la parte posterior de la moto de un extraño…

—No era… no era, es decir, era una mujer, no un hombre —respondió Helen.

—¿El motociclista? —la señora Gittens no se lo creía—. ¿Quieres decir que ese individuo ataviado de cuero, era mujer?

—Sí —Helen la observó defendiéndose—. Fue muy amable al traerme.

El ama de llaves movió la cabeza.

—Jovencita, creo que debes dar alguna explicación. Para empezar, ¿por qué no te trajo a casa el señor Fox, si eso era lo que deseabas?

Helen se encogió de hombros.

—¿Tiene eso alguna importancia? Ya estoy en casa.

—No creo que tu tío esté de acuerdo contigo —señaló el ama de naves severamente y Helen la miró.

—Pero no quería hablar conmigo esta noche, ¿o sí? —inquirió desesperadamente—. Dígale que espere hasta mañana por la mañana, ¿lo hará?

—Bueno, le transmitiré el mensaje. Pero si él lo tiene en cuenta o no, no es asunto mío.

Después de que se retirara la señora Gittens, Helen se sentó en el borde de la cama y cogió la taza de chocolate. Sin embargo, el espeso líquido dulce no le apetecía, ya que su temperatura había vuelto a la normalidad. Volvió a poner la taza en su lugar y miró a su alrededor llena de tristeza.

Quizá hubiera sido mejor si Heath hubiera ido a verla esa misma noche, reflexionó con pesar. De aquel modo, tenía por delante una larga noche que pasar en vela, y estaba convencida de que el haber pospuesto el encuentro sólo empeoraría la situación. Debió explicarle la causa de que la llevaran a casa en moto. Pero se dio cuenta tarde. Y debió explicar que Alanna no era un muchacho. El permitirle que continuara pensando que la joven era un hombre había sido otra tontería, e imaginaba lo irritado que se sentiría Heath por su aparente falta de responsabilidad.

Suspiró, se levantó y caminó desconsoladamente hacia la ventana. Corrió las cortinas y observó los declives de Jacob's Hollow iluminados por la luna, recapacitó con cierta amargura que si no hubiera sido por la compañía de Ángela Patterson, nada hubiese detenido a Heath para interrogarla esa misma noche. Frustrada volvió a correr las cortinas.

Claro, meditó, podía esperar a que Heath subiera a acostarse y de ese modo hablar con él.

Si se dirigía a su habitación tan pronto como él subiera, podría hablar con él antes de que comenzara a desnudarse, y ello resolvería el problema de esperar hasta el día siguiente.

También le evitaría el esquivar la indeseable presencia de Ángela, observó el reloj, y calculó cuánto tiempo debería esperar.

Poco después de las once, sintió que Ángela subía a acostarse, y aguardó temblorosamente el sonido de los pasos de Heath. Mientras se aproximaba el momento, recapacitó, pero no se arrepintió de la decisión que había tomado. Tarde o temprano debería enfrentarse a él, se dijo enérgicamente. Tal vez, Heath llegara a sentir hasta admiración por ella, por haber asumido su carga de responsabilidad.

Pronto, el ruido del reloj se tornó irritante en el silencio del cuarto. Parecía forzarla a mirarlo y tuvo que hacerse insensible al lento movimiento de las manecillas. Dieron las once y media luego las doce, pero Heath no subía y Helen comenzó a caminar nerviosamente por la habitación. ¿Qué estaría haciendo? ¿Por qué no subía? ¿le habría ocurrido algo? ¿Tal vez estaría enfermo?

Al percatarse de que no podría conciliar el sueño hasta averiguarlo se puso unas pantuflas de felpa, y abrió la puerta del dormitorio. El pasillo estaba en silencio. No se oían los pasos de Heath. Alzó los hombros, cerró la puerta al salir y bajó apresuradamente y en silencio.

Su corazón latía de forma irregular en tanto vacilaba en el pasillo, sin saber exactamente dónde podría encontrarle .No obstante, un rayo de luz salía por debajo de la puerta de la biblioteca , se imaginó que estaba allí.

Sintió deseos de llamar a la puerta, pero la puerta de la biblioteca, se armó de valor y puerta se abrió y quedó a la vista el cuarto iluminado. su corazón palpitó fuertemente al ver a Heath que la estaba mirando.

El silencio los invadió por un instante, Heath parecía indiferente al verla y Helen estaba demasiado pasmada como para hacer comentarios. Pero al ver la copa que Heath sostenía en la mano y la botella de brandy medio vacía junto a él, se aclararon sus sentimientos y movió la cabeza en señal de reprobación mientras entraba en el cuarto.

—¿Qué deseas?

El tono rudo de la interrogación de Heath la hizo detenerse y se apresuró a decir algo.

—Estaba preocupada por ti —declaró—. No te oí subir a acostarte y temía que te hubiera ocurrido algo. ¿Qué haces sentado aquí a medianoche? Debes estar fatigado. La señora Gittens comentó que tu avión se había retrasado.

—¿Y eso qué te importa? —Heath se incorporó dejando su posición anterior—. Acuéstate, Helen. Hablaremos mañana temprano—Ahora no estoy de humor para discutir.

Ella balbuceó.

—No he venido a discutir —protestó—. En… en realidad he venido a explicarte lo que sucedió. No quiero que te preocupes Por mi. Pero ahora me doy cuenta de que no lo has hecho.

Heath suspiró profundamente y se pasó la mano por el pelo.

—Es muy tarde para comenzar a enumerar los aciertos y errores de tu comportamiento, Helen —expresó, dejando la copa vacía en la repisa de la chimenea. Es mejor que vayas a acostarte. Esta noche no tengo paciencia para hablar contigo.

Helen suspiró.

—¡Pero deseo hablar! —exclamó—. No quiero acostarme con este peso sobre mi conciencia.

Lamento haberlo pospuesto hasta ahora, pero estaba esperado a que Ángela se fuera a dormir. No quería hablar contigo mientras ella estuviera delante. Es preferible aclarar nuestras cosas en privado.

—Oh, estoy de acuerdo —se levantó para mirarla inquisidora—mente—. Lo que tengo que decirte sólo debes oírlo tú. Sin embargo, sugiero que lo dejemos para mañana. No me encuentro bien para discutir esta noche contigo.

—Porque has estado bebiendo —Helen torció la boca—. No sabía que bebieras a escondidas, Heath.

—No lo hago —apretó los labios—. Pero de vez en cuando algunas situaciones me invitan a hacerlo, y ésta es una de esas veces.

Ella titubeó.

—¿Por mi culpa?

Heath inclinó la cabeza.

—Tal vez —se tambaleó un poco—. Debes admitirlo, acabas con mi paciencia.

Ella le miró de nuevo, luego se volvió y cerró la puerta deliberadamente.

—Por eso quería hablarte —explicó tímidamente—. Sabía que imaginarías lo peor.

Él la observó enigmáticamente.

—¿Insinúas que no debería hacerlo? —inquirió sarcásticamente—. Discúlpame, pero cuando mi sobrina sale por la noche con un hombre

cuya reputación es conocida en el distrito y regresa con otro, de características tan dudosas como las del primero, me es difícil encontrar algún mérito en ambas decisiones.

Helen contuvo el aliento.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso… acaso Nigel tiene mala reputación?

—¿No lo sabes?

—No —ella le miró—. ¿Cómo iba a saberlo? Le conocí hace una semana. ¿Cómo iba a enterarme de, su reputación?

—Tal vez deberías prestar más atención a lo que digo —repuso Heath fríamente—. En lugar de esforzarte por hacer que me enfade.

—Yo no quería.. —Helen tendió las manos desesperadamente—. bah, de cualquier forma, qué importa. Nunca me escuchas —Heath se inclinó y cogió la botella de brandy para examinar su contenido, y ella aprovechó la oportunidad para continuar—. Y… y… No era otro hombre el que me trajo —repuso—. Era una mujer… Alanna algo. No sé su apellido. Pero le estoy agradecida por haberme traído.

Heath alzó la mirada y la observó con incredulidad.

—¿Insinúas que la criatura que intentó atropellarme era una mujer?

—No quiso atropellarte. Te interpusiste en su camino —replicó Helen defendiéndose—. Y sí, se llama Alanna, como te he dicho. Fue muy amable conmigo.

Él hizo una mueca.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Sin su ayuda, hubiera tenido que coger un autobús., o un taxi.

—¿Y por qué razón no te trajo Fox? —Demandó Heath, poniendo la botella junto a su copa

—. Saliste con Fox, ¿verdad?

—Sí —Helen alzó los hombros—. Él… no quería marcharse…

—¿Quieres decir que no quería marcharse de la fiesta?

—En efecto. Era… muy temprano y la gasolina es cara…

Avanzó un par de pasos.

—Tal vez prefieras decirme la verdadera razón por la que no te trajo a casa —expresó apoyándose en el borde del escritorio——. Supongo que regañasteis. ¿Por qué?

¿Descubriste de pronto que quería seducirte?

—¡No! —Exclamó Helen llena de indignación—. No fue eso.

—¿Entonces? —inquirió Heath encolerizado—. Si no fue por el sexo, ¿qué podría ser?

Hubiera jurado que era algo por el estilo.

Helen podía sentir el color que se le estaba subiendo a las mejillas, y trató de explicárselo.

—Bueno, supongo que sí lo fue. Es decir… —balbuceó jugando con

el cinturón de la bata—.

No quería verme envuelta en besuqueos y demás. Por eso quise regresar a casa.

—¿Por eso? —Heath no parecía muy convencido y Helen miró de reojo su rostro sombrío. A pesar de la cantidad de alcohol que había ingerido, distaba mucho de estar ebrio y ella se preguntaba cómo hubiera reaccionado estando sobrio.

—Heath, tú sabes cómo son esas fiestas —protestó Helen, aunque ella no lo había descubierto hasta esa noche—. La gente bebe mucho, se vuelve muy… muy…

—¿… impertinente?

—Sí. No. Oh, no he querido decir eso y lo sabes —ella suspiró—. Debes entender que no me agradaba lo que estaba ocurriendo. Regresé a casa, ¿no es así?

—¿Qué quieres decir con eso? —Heath entrecerró los ojos—. Me pregunto qué estaba sucediendo allí. ¿Películas pornográficas? ¿Droga?

—¡Heath, no sigas!

—¿Por qué? —Se incorporó y se alejó del escritorio—. ¿He dado en el clavo? Es una de esas cosas, ¿verdad? Déjame pensar… ¡Drogas!

Le temblaban los labios.

—Crees que conoces todo.

—Cuando mi sobrina se mete en un ambiente malo, tengo derecho a enfadarme —repuso Heath lleno de irritación—. Por Dios, Helen, quizá deseaba dragarte.

—Supongo que tienes experiencia.

—Bastante más que tú, según veo —respondió Heath irónicamente —. ¿Qué esperabas que te dijera Helen? ¿Que apruebo que hagas amistad con viciosos?

—No son viciosos —Helen suspiró—. Al menos no lo creo.

—Pero no lo sabes.

—No —inclinó la cabeza—. Ya te lo he dicho, tan pronto como noté cosas raras dije que quería venirme a casa. Nigel… Nigel dijo que era muy temprano.

—¡Nigel! —el tono de Heath era mordaz—. ¿Cómo diablos pudiste salir con Nigel Fox? ¡Por

Dios, me voy unos días, y cuando regreso encuentro que estás relacionada con lo peor!

—¡No es verdad!

¿Insinúas que… Nigel…no iba a fumar? —Heath se mostraba incrédulo.

—No lo sé. Mencionó algo acerca de unos cigarrillos…

Heath lanzó una maldición.

—Eres una irresponsable…

—Porque cometí un error…

—Porque cometiste varios errores —afirmó enfadado—. Primero, por permitir que Nigel Fox te llevara a esa fiesta. ¡Espera a que vea a Ormerod! El debió asegurarse de que el tanque de la moto estuviera lleno. Si no te hubieras quedado sin gasolina, nunca te hubieras metido en tantos problemas.

—No fue culpa de Miles —Helen le miró llena de indignación—. No ha pasado nada. ¿Cuál es el problema? ¿No me crees?

—¿Puedo hacerlo? —se le acercó.

—Sabes que puedes hacerlo —replicó.

—Hasta cuándo vas a desobedecer mis órdenes.

—¿Qué órdenes? —Helen le miró y él entrecerró los ojos al observar su rostro de descontento.

—La semana pasada —respondió, su aliento con aroma a alcohol rozó los rizos de su frente

—, cuando telefoneé hace una semana, Angela sabía lo que pensaba acerca de Nigel Fox.

¿No te dio el mensaje? ¿No te contó que yo no lo aprobaba?

Helen movió la cabeza.

—No…

—¿Pero te dijo que había llamado?

—Me lo contó la señora Gittens. Ángela… estaba dormida cuando llegué.

—¿En serio?

—Sí, en serio —Helen se humedeció los labios, provocativamente —. No llegué muy tarde.

Apenas eran las diez y media. Yo… había hablado con ella por la mañana y salió a colación tu llamada.

Heath movió la cabeza hacia atrás pero su mirada no se apartó de ella.

—¿Y qué te dijo?

—Bueno… —de pronto Helen se puso nerviosa—. Nada acerca de que no te gustara Nigel.

—Quizá no se lo dejé bien claro.

—Quizá —le comentó Helen irónicamente—. Ella me dijo que si tú veías que yo tenía novio, comenzarías a considerarme adulta.

Inclinó la cabeza hacia ella.

—¿Por qué te diría eso?

—¿No lo sabes tú? —la mirada de Helen estaba fija en el oscuro vello que quedaba al descubierto a través de su camisa—. Quizás está celosa.

—¿Celosa? —Repitió lleno de ira—. Ángela no tiene motivos para estarlo.

—Entonces, tal vez deberías hacérselo saber —repuso Helen, tensa

—. Ella… me contó la verdadera razón por la que la trajiste aquí.

¿Y cuál es? —inquirió indiferentemente. —Para… para no dar de qué hablar a los vecinos —

señaló Helen de una vez—. O quizás, la tapadera sea yo, en vez de ella.

—¿Qué quieres decir?

Heath la miraba lleno de sorpresa y Helen notó que ya había ido demasiado lejos como para retroceder.

—Oh, debí pensar que era lógico —declaró, encogiéndose de hombros—. Ángela es una joven muy atractiva. No es de tu clase, pero puede pasar. No había necesidad de que te inventaras un empleo para ella. Yo lo hubiera comprendido. ¡Tal vez sea ingenua en algunos aspectos, pero después de vivir contigo durante más de catorce años, he aprendido a hacer frente a la vida!

Heath la cogió del cuello.

—¿Qué has dicho?

—Lo has oído perfectamente —protestó Helen sorprendida por su repentina agresión, pero intentó disimular—. Y… ¡Y me estás haciendo daño!

—Puedo hacerte más aún —repuso Heath oprimiendo su cuello fuertemente—. ¿Desde cuándo crees que puedes hablarme en ese tono? ¡Querida, debería romperte el cuello!

Le miró intentando defenderse.

—Entonces, ¿no estás enamorado de Angela?

—¿Enamorado de Angela? —Hizo una mueca—. Claro que no estoy enamorado de Angela.

¡Por Dios! ¿De dónde has sacado esa idea?

—Te gusta.

—Está bien —Heath levantó los hombros indiferentemente.

—Siempre tienes más tiempo para ella que para mí.

Maldijo entre dientes.

—No.

—Me consideras un estorbo —insistió Helen temblorosamente—. Antes de irte, dijiste que te provocaba lástima.

—Quizá yo mismo me causo lástima —murmuró Heath de pronto, soltándola—. Bueno, creo que será mejor que te acuestes, Helen —se esforzó por guardar el equilibrio—. Ya te lo he dicho, esta noche no estoy en condiciones de sostener este tipo de conversación contigo.

No estoy sobrio y tú eres demasiado… demasiado…

¿… deseable? —respiró dificultosamente e hizo una mueca

—Vulnerable —corrigió—. Ve a acostarte, Helen. Pasaré por alto lo ocurrido hoy.

Se quedó sorprendida. Las palabras de Heath eran desconcertantes por lo que decían entre líneas. ¿Sería posible? ¿Sería creíble? ¿Acaso

después de todo Heath la encontraba atractiva? ¿Por eso la había soltado de pronto? ¿Porque había sido consciente de su propia susceptibilidad?

Titubeando, expresó.

—Heath, ya no estás enfadado conmigo, ¿verdad?

—No —repuso cortantemente.

—¿Me has perdonado?

Él suspiró.

—Eso te he dicho, ¿o no?

—¿Entonces por qué me mandas marcharme? —inquirió dulcemente acercándose a él, y él la miró atormentado, mientras ella le cogía del codo.

—¿No te basta con una experiencia por esta noche? —demandó fríamente—. Helen, te lo pido por última vez… por favor, déjame. No quiero hacerte daño, soy incapaz de controlarme.

Ella se estremeció.

—Nada que tú hagas puede herirme, Heath —murmuró—. Pero si deseas que te dé las buenas noches, lo haré.

—¡Santo cielo, Helen!

Se abrazó a ella y cerró los ojos, ella respiró dificultosamente y se alejó. Heath siempre había sabido controlar las situaciones, pensó pesarosamente. Perdía su tiempo al imaginar que le podría persuadir para que hiciera algo contra su voluntad.

Al llegar a la puerta, él la alcanzó. Helen soltó el picaporte al ver sus manos. Se dio la vuelta y se le quedó mirando.

—Supongo que ahora quieres marcharte —la desafió con ira, pero ella movió la cabeza—.

Entonces, debes hacerlo —agregó, pasando el pulgar por el escote de la bata—. Y yo debo permitirlo.

Ella respiró profundamente.

—¿Lo harías? —inquirió con ternura, acariciando la fina seda de su camisa.

—Helen… —balbuceó, recorriéndole el rostro con la mirada—. No sabes lo que estás haciendo…

—Creo que sí —le contradijo suavemente—. ¿No vas a besarme? Eso es en lo que piensas,

¿no es así?

La carcajada de Heath era una burla hacia sí mismo.

—Oh, sí —convino bruscamente, observando la curvilínea figura —. Estoy pensando en ello.

Estás en lo cierto. En eso y en que pierdo la cordura rápidamente…

Cuando inclinó la cabeza hacia ella, Helen separó los labios, pero Heath besó el orificio de su oreja izquierda. Su lengua exploraba los diminutos desniveles, en búsqueda de los contornos y su tibia

respiración humedecía su piel y la hacía estremecerse. Nunca había experimentado una sensación semejante y alzó los hombros instintivamente para permitir que se los besara.

—¿Llevas puesto algo debajo? —inquirió deslizando las manos desde su cintura hasta sus senos y Helen movió la cabeza.

—Iba a acostarme —repuso—. Sabes que duermo desnuda. Ya me has visto.

—No así —la estrechó fuertemente—. ¡Nunca así! —y abriéndole la bata de seda la acarició apasionadamente.

Jamás la habían hecho sentir aquello las caricias de un hombre. Heath, con manos temblorosas, se desabrochó la camisa y la estrechó, de manera que la joven se estremeció cuando percibió su pecho velludo.

De pronto, se llevó las manos a la cintura para deshacer el nudo del cinturón, permitiendo que cayera a sus pies la bata. Heath, al cogerla, lo hizo por las caderas de manera que la chica notó lo incómoda que era la ropa de él.

—Te deseo —murmuró, jadeando igual que ella, estrechándola intensamente—. Debo amarte. ¡Me estás deshaciendo!

En señal de respuesta, Helen buscó sus labios y le besó, conduciéndole a la entrega final. Él se quedó desnudo también.

La recostó en el sillón que estaba junto a la ventana, donde ella se había sentado la noche antes de que le diera la zurra.

—Te voy a hacer daño —balbuceó, a la vez que le acariciaba el rostro—. Perdóname —

agregó, cubriéndose los labios con los suyos.

Por un instante, la invadió el pánico al notar lo que le estaba haciendo… lo que había hecho…

provocando que se opusiera a su peso. No obstante, la sensualidad de sus labios era poderosa y al darse cuenta de la innegable intimidad, cedió.

Heath la cubrió de besos y pronto la chica encontró las cumbres el éxtasis, presa de una pasión salvaje provocada por Heath.

—Oh… te amo —jadeó, hundiendo el rostro en el cuello masculino y aunque Heath no respondió, ella tenía la certeza de que debía sentir lo mismo. «Ha sido fantástico», pensó incrédulamente. Estaban hechos el uno para el otro, y nunca deberían volver a separarse.

El rápido ritmo de su respiración, aumentó, ella se dio la vuelta y para su sorpresa, se encontró con que él estaba dormido. El largo viaje que había hecho, más la cantidad de alcohol que había ingerido, sumados a la violencia sexual que acababan de tener, le habían agotado, reflexionó tiernamente. ¡Qué lástima que no se encontraran en la cama! ¡Él podría haber dormido hasta el amanecer!

—Heath —susurró, tratando de separarse de él—. Heath, despierta.

No puedes quedarte aquí —no obstante, por más que le sacudía era imposible despertarle, y aunque odiaba tener que hacerlo, tuvo que apartarse de él.

Atravesó la habitación rápidamente para coger la bata. También cogió la ropa de Heath, la dobló cuidadosamente sobre una silla y luego le observó ansiosamente.

Al fin tomó una decisión, salió de la biblioteca y apresuradamente subió por la escalera. El dormitorio de Heath estaba vacío, su cama lista y como la había dejado la señora Gittens, entonces cogió una manta y la llevó abajo.

Una vez que Heath estuvo cubierto con la manta, Helen no tenía motivos para retrasarse.

«Si no se hubiera quedado dormido…», pensó tristemente. Si hubiesen podido hablar sobre lo que pensaban hacer… De aquella manera, se sentía perdida y se negaba a volver a su cama vacía…

Era temprano cuando Helen bajó a la mañana siguiente, pero su mirada de reojo a la biblioteca parecía superflua. Heath se había ido, la ropa y la manta que usó para cubrirle no estaban allí.

Frunció el ceño y se dirigió al comedor, para detenerse sorprendida, al ver al hombre que buscaba sentado en la mesa. Heath estaba comiendo una tostada y leía el periódico matutino.

Helen estaba sorprendida de que estuviese despierto tan temprano, cuando debería estar padeciendo el cambio de horario por el viaje. No obstante, se sentía complacida de verle.

Sin esperar a que él la saludara, le abrazó y besó.

—¡Por Dios, Helen! —Su reacción la hizo pensar que no la había visto, y esperaba saber si se iría otra vez—. ¿Qué diablos haces? ¿Quieres que la señora Gittens piense que he perdido la razón?

Retiró las manos de la joven de su cuello y se levantó y se separó de ella. Su rostro mostraba enfado.

—¡No importa! —exclamó—. No importa lo que piense la señora Gittens, ¿o sí? A partir de hoy, sabrá lo nuestro. Imagino que se sorprenderá, pero de ninguna manera se ofenderá.

Heath apretó los labios.

—¿ Qué quieres decir con… «a partir de hoy»? ¿Qué tienes que ver hoy?

—Bueno, se lo diremos, ¿verdad? —declaró Helen razonablemente —. Tarde o temprano tendrá que enterarse. No es un secreto.

Él se sujetó al respaldo de la silla fuertemente.

—¿Qué no es un secreto, Helen?

Ella inclinó la cabeza.

—No me obligues a decirlo, Heath. Sabes a qué me refiero. Deja de fingir que no lo sabes.

Heath suspiró enfadado y luego se alejó.

—Oh, sí —expresó secamente—. Sí, lo sé. Pero eso no tiene importancia ahora, ¿no crees?

Sintió como si recibiera un golpe.

—¿Tú… desearías no saberlo? —repitió débilmente—. Me… me temo" que no comprendo.

—Debes hacerlo —repuso Heath bruscamente, dándose la vuelta hacia ella—. No puedes considerar lo ocurrido anoche como algo que tenga disculpa. Por Dios, Helen. ¿Por qué permitiste que lo hiciera?

—¿Por qué per…?

—Oh, sí, sí —Heath se rascó la cabeza con frustración—. Sé que no puedo culparte del todo. Fui yo. Pero sabías que era incorrecto. ¿Por qué no te fuiste cuando hubieras podido hacerlo?

Helen tragó saliva.

—Heath, no quería irme… Te., te amo. Para mí fue una experiencia maravillosa. Por qué echas a perder todo, ahora que…

—¿Arruinar? ¿Arruinar? —repitió enfurecido—. Echamos a perder todo anoche. Me comporté como un bárbaro… como un ebrio salvaje, incapaz de comprender que satisfacía mis necesidades básicas con alguien que sí lo sabía.

Las manos de Helen temblaban sin control, no podía metérselas en los bolsillos de su pantalón, pero lo hizo, ya que no deseaba que Heath se diera cuenta de lo turbada que estaba.

—¡Deja de mirarme así!

Heath cerró los puños al ver su mirada desesperada y Helen movió la cabeza con franca desilusión.

—No sé qué decir —repuso, esquivando su mirada—. Es obvio que cometí un terrible error.

—No —expresó violentamente—. Yo cometí el error, —Helen— Toda la culpa fue mía. Pero eso no cambia la situación ni me reafirma el estado de tu desarrollo emocional.

Ella balbuceo

—¿Qué insinúas?. —

—Quiero decir… —Heath se calló de pronto, y después continuó hablando secamente—: Considero que no comprendes las secuencias de lo que sucedió anoche.

—¿Las consecuencias?

—Sí —se pasó la mano por la nunca—. Mira, no me sencillo decírtelo…, no soy tu madre, sin embargo —se detuvo—¿Qué Hubiese ocurrido si hubiese sido… Nigel Fox o… Miles Ormerod quienes te hubieran seducido?

—No hubieran tenido éxito —declaró Helen dificultosamente—. No amo a Nigel Fox ni a Miles Ormerod.

—¡Oh, por Dios, tú no me amas! —replicó Heath enfadado—. Tú… crees amarme porque soy el primer hombre que…que…te…

—No es verdad —le interrumpió, incapaz de seguir escuchándole sin defenderse—. ¿Acaso crees que le permitiría a otro hombre que me acariciara? Por favor, Heath, ¿quién crees que soy?

—¡Estás loca! —balbuceó, pero había cierto tono de incertidumbre en su voz y Helen respondió:

—No lo estoy. Te lo he dicho… te amo. No pude evitar que me hicieras el amor… como tampoco puedo cambiar los días de esta semana.

—¡Oh, Helen! —movió la cabeza vencido—. Supongo que debí imaginar que ibas a decir eso.

—¿Por qué no? —Vacilantemente, Helen avanzó hacia él.

—Es la verdad, Heath. ¿Por qué no la aceptas? Lo que ocurrió entre nosotros, fue…

¡hermoso! No hubiera podido permitirle a nadie más… hacer eso.

—Pues, yo podía… y puedo —declaró lleno de ira—. Helen, tal vez no estés loca, pero la situación es de locos. Yo no te amo. Por supuesto, me interesas. Estás bajo mi responsabilidad —añadió desdeñosamente—. Sin embargo, lo de anoche fue… un error, como tú has dicho hace un instante. No fue maravilloso… ni hermoso; sólo una experiencia sexual y por favor, discúlpame, mi único consuelo es que tu primera experiencia no fue tan traumática como lo hubiera sido con otra persona.

—Oh… tú eres bueno. Te lo debo —repuso dolorosamente—. En realidad me hiciste creer que te importaba.

—Helen, me importó —repuso secamente—. Pero eso no es una excusa. Lo que debemos decidir es qué haremos contigo ahora.

Ella parpadeó.

—¿Hacer conmigo? —repitió—. Por qué, supongo que nada. Continuaremos como antes.

—¡No!

La chica presintió algo desagradable.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué más se puede hacer? —torció la—boca —. Si lo que temes es que Angela lo sepa, te prometo que no se lo diré.

—Me importa un comino Ángela—repuso Heath—. Ángela tendrá que marcharse.

—¿Marcharse? —le miró aprensivamente.

—Sí, marcharse —convino, caminando por el cuarto impacientemente—. Si te vas a Ginebra, no tiene sentido que se quede.

Emitió un grito de protesta.

—¡Pero no puedes hacer eso! Dijiste… que habías traído a Ángela…

—… para que intentara mejorar una situación en deterioro —la interrumpió bruscamente—.

Y no ha sucedido eso, ¿no es así? No me voy a parar a detallarte lo ocurrido, pero en resumidas cuentas, la presencia de Ángela ha demostrado carecer de éxito, ¿o me equivoco?

Helen tenía la boca demasiado seca como para hablar y él prosiguió sin ninguna delicadeza.

—Lamento que tenga que ser así, pero no puedo decir que no te lo advertí. Mi madre opinaba…

—¡Tu madre! —Le ignoró bañada en llanto—. ¿Desde cuándo tu madre ha dicho algo bueno sobre mí? ¡Oh, Heath, no me hagas esto! ¡No me envíes lejos! ¡Me moriré si me mandas a Ginebra!

Capítulo 11

HELEN recapacitó sobre lo que había escuchado llena de tristeza, mientras observaba las calles de Manchester. Aunque hubiese deseado fervorosamente morirse, eso era algo que no estaba a su alcance.

La extraña habitación era cómoda. Heath había trasladado toda su ropa y sus pertenencias personales al apartamento de su madre, una vez que la señora Heathcliffe aceptara, un tanto reacia, a hospedar a la joven por unas cuantas semanas.

Echaba de menos la amplitud de Matlock, y la familiaridad del dormitorio en el que había dormido desde que tuvo uso de razón.

Y más que nada, echaba de menos a Heath, con una desesperación ilimitada. Cada minuto era un tormento para ella.

A veces, se preguntaba qué iba a hacer de ahí en adelante. ¿Le permitiría hacerle el amor, a sabiendas de cuáles serían las consecuencias?

Desde que Heath la llevara a vivir con su madre, rezaba todas las noches por haberse quedado embarazada. Estaba convencida de que con ese hecho, él no continuaría rechazándola.

No obstante, el tiempo destruyó esa débil esperanza y poco a poco se dio cuenta de que un embarazo no hubiera solucionado tal situación. No quería tener a Heath bajo aquellas circunstancias. No quería que la aceptara, sólo porque esperara un hijo suyo.

Una llamada a la puerta le anunció la entrada de la señora Heathcliffe, la madre de Heath.

—Regresaré más o menos a las seis —declaró, poniéndose unos guantes de piel—. Si deseas comer algo, la señora Henley ha dejado unos sándwiches en la cocina. Ella regresará más tarde para preparar la cena, así que no te molestes en fregar tus platos.

—No importa —repuso Helen con indiferencia.

—Ya sé que no te importa —declaró ásperamente—. Sin embargo, preferiría que no rompieras más piezas de mi porcelana. Déjale tus cosas a la señora Henley. Ella sabe cómo tratarlas.

—Sí, señora Heathcliffe.

Helen se bajó del sillón que estaba junto a la ventana, en el cual se hallaba arrodillada, para mirar de frente a la señora Heathcliffe.

—Supongo que sabrás comportarte hasta que yo regrese —dijo, sacudiéndose una mota de polvo del traje que cubría su voluminoso cuerpo—. En cuanto termine la partida, me marcharé.

—Por mí no se preocupe —repuso Helen secamente. Estaba acostumbrada a las tardes de bridge de la señora Heathcliffe, y la verdad era que le complacía quedarse sola en el apartamento.

—Muy bien —la madre de Heath accedió moviendo la cabeza—. Me complace ver que por fin estás aprendiendo buenos modales. No

puedo imaginarme qué harán contigo en el Santa Helena.

Helen tragó saliva.

¿Acaso Heath le ha comentado algo del Santa Helena? —se aventuró a preguntar, percatándose de que comenzaba a creer que iba a permanecer en aquel piso indefinidamente.

—Por supuesto —la señora Heathcliffe no tenía compasión—. Rupert está haciendo los preparativos para que te vayas allí a principios del otoño, dentro de un par de semanas.

—¡Dos semanas! —incrédulamente, Helen repitió las palabras y la señora Heathcliffe suspiró.

—Debes dejar de comportarte como si fueras al fin del mundo, Helen —aseveró, impaciente

—. Sabías, desde que Rupert te trajo, que sólo era cuestión de tiempo. ¡Tenerte tantos años en Matlock! No hubiera sabido dónde esconder la cara.

Helen inclinó la cabeza.

—No tenía nada de malo mi estancia en Matlock.

—Quizá cuando eras una niña.

—No —ella levantó la cabeza—. Cuando crecí, Heath y yo… éramos muy felices juntos.

—Pero ya no —enfatizó la señora Heathcliffe—. Por alguna razón que él sabe. Al fin Rupert ha sentado cabeza y yo me siento complacida de que lo hiciera antes de que se cometieran daños irreparables.

Helen frunció el ceño.

—¿Qué insinúa?

—¿Qué crees que insinúo, tontuela? En mi opinión, tú… pues, eres una joven bastante atractiva y Rupert siempre…

Helen contuvo la respiración.

—Oh, ya veo. Usted piensa… piensa… que quizá… Heath y yo. —se le hizo un nudo en la garganta y comenzó a reírse histéricamente, de modo que la señora Heathcliffe la miró horrorizada.

—¡Helen, contrólate! —se le acercó—. ¡Contrólate de una vez! En realidad no sé lo que te ocurre, te aseguro que lo ignoro. Siempre pensé que Rupert se complicó la vida haciéndose cargo de ti. El hecho de que mi hija fuese tan idiota como para casarse con tu padre, no le hacía responsable de una criatura que no llevaba su piel ni su sangre.

La risa de Helen desapareció, se enjugó las lágrimas y volvió la cabeza.

—Por favor, señora Heathcliffe, váyase —repuso desesperadamente buscando un pañuelo.

La madre de Heath emitió unas palabras de irritación antes de salir del dormitorio.

Una vez más a solas con sus pensamientos, Helen abandonó su

habitación para dirigirse a la sala. Allí se acomodó, triste y sola, ni siquiera el consuelo de un amigo cercano con quien compartir sus problemas. Heath le había prohibido continuar la relación con Nigel y con Miles, y sus amigas vivían demasiado lejos de ella.

Se sujetó la barbilla con una mano y observó a su alrededor ensimismada. Las palabras de la señora Heathcliffe le habían hecho pensar en el futuro, el que la enviaran a una escuela en Suiza no era sólo una posibilidad. Heath estaba tramitándolo. Tal vez no tendría noticias de él hasta que llegase el momento de partir. Se lo diría de pronto, tal y como le había dicho que tenía que irse a Manchester con su madre.

Para Navidad tendría dieciocho años, sin duda alguna él lo olvidaría. En cuanto a él concernía, ella seguía siendo menor de edad y un estorbo.

Lo que deseaba en verdad era deshacerse de ella, aunque era demasiado educado para decírselo. Lo que debía hacer era buscar un empleo de modo que cuando él llegara a exponerle los planes para su futuro, ella pudiera arrojárselos en la cara.

Se levantó, caminó de regreso a su dormitorio, buscó en el cajón su bolso, y sacó su monedero. Cuando Heath la llevó a Manchester, le dio dinero para sus gastos. Aquello nunca le había interesado. No obstante, en aquella ocasión, contó el dinero llena de júbilo.

En total tenía sesenta libras. Era una suma enorme para quien nunca había tenido un concepto real del valor del dinero. Helen estaba convencida de que con esa cantidad, podría encontrar otro sitio donde hospedarse hasta que consiguiera trabajo, y una vez que comenzara a ganar un salario, podría ahorrar y devolvérselo.

Se mordió la uña del pulgar respirando agriadamente. Lo que haría en realidad, sería alejarse de la protección de Heath, pensó. Si salía de ese apartamento, quizá nunca le volvería a ver y sintió que le temblaban las piernas ante esa perspectiva.

Pero ¿cuáles eran sus alternativas? Un colegio en Suiza hasta que tuviera dieciocho años o más. ¿Y después qué? Suspiró. Era obvio que Heath jamás le permitiría volver a Matlock. O tal vez tenían otros planes para ella. Tal vez, incluso, tuvieran pensado casarla con un joven de buena familia; de ese modo, Heath se libraría de ella.

Pobre Ángela, recapacitó Helen. No había durado mucho en su empleo. Aunque,—

económicamente, había salido bien parada. Según la señora Heathcliffe, su hijo le había dado una remuneración bastante generosa a la señorita Patterson por finalizar su contrato.

Ángela no tendría necesidad de trabajar otra vez durante bastante tiempo.

Pero ella no fue tan afortunada como Ángela. Helen sabía que si

pensaba hacer algo con su vida, tendría que hacerlo pronto. Dos semanas no era mucho tiempo para buscar trabajo y un lugar donde vivir, además tenía la intención de hacerlo sin ninguna ayuda.

Durante los siguientes días, dedicó todo su tiempo libre a recorrerse las agencias de colocación y visitar a todas las personas que habían puesto anuncios en los periódicos locales.

La señora Heathcliffe no le hacía preguntas acerca de sus actividades. Su vida social era tan agitada que la desaparición de Helen por las mañanas, supuestamente para hacer compras, y su regreso por las tardes no levantaba ninguna sospecha. Sin embargo, Helen se percató de que en un par de ocasiones la madre de Heath la miró llena de curiosidad.

Al final, el trabajo que consiguió no fue por medio de una agencia. Había un anuncio en la puerta de una peluquería y descubrió que su jefe iba a ser el hombre que había sido tan comprensivo con su cabello.

—¿Estás segura de que deseas este empleo? Creía que no necesitabas dinero.

—Estabas equivocado —declaró Helen ¿Dijiste que son cincuenta libras semanales? ¿Qué tendré que hacer? Nunca he arreglado el pelo a una persona.

—Oh, querida. ¡No arreglarás el pelo! —exclamó Ricardo, impaciente—. Por eso te pregunté si querías el empleo. En realidad es sólo un trabajo eventual.

Helen le miró con tristeza.

—Sinceramente, lo quiero —le aseguró decididamente—. ¿Te imaginas lo difícil que es encontrar trabajo cuando no se tiene ningún tipo de experiencia?

—Lo sé —Ricardo hizo una mueca—. Correcto, Helen. Te contrataré. Quién sabe, podríamos descubrir que tienes talento para cortar el pelo. Si es así, podría darte la oportunidad de practicar.

—¡Oh, gracias! —Helen estaba muy agradecida—. ¿Cuándo quieres que empiece?

—¿Qué te parece mañana? —sugirió Ricardo secamente—. Ven mañana temprano para que te familiarices con el lugar. Te presentaré ahora mismo a Elaine, que va a ser quien se encargue de ti.

—¿De modo que no voy a trabajar contigo? —inquirió Helen desilusionada y Ricardo sonrió.

—No ahora—le aclaró amablemente—. Pero en el futuro, ya veremos. En otra de mis peluquerías, tengo una empleada que sospecho que está embarazada. De ser así y si se retira, veré qué puedo hacer.

Esa noche, Helen regresó al apartamento entusiasmada. Tenía un empleo, se repetía incrédulamente, lo único que le faltaba hacer era

encontrar un sitio donde le alquilaran una habitación, cuyo precio no fuese alto.

Encontró el lugar a la tarde siguiente… una diminuta habitación en una casa victoriana cerca del centro de la ciudad. No era un vecindario de clase alta, pero al menos sí económico y limpio, y la señora Fairweather, la dueña, era bastante agradable.

Usted no es de Manchester, ¿verdad, jovencita? —Inquirió mientras descendían por la escalera después de haber visto la habitación—. ¿Qué te ha pasado? ¿Has tenido una discusión con tu padre? Aquí vienen jóvenes con todo tipo de problemas. Pero no te preocupes. Puedes decirles que yo me aseguraré de que te alimentes adecuadamente. Estás demasiado delgada.

Helen estaba impresionada. Hasta ese momento casi no había prestado atención a su apariencia, ni siquiera había notado que sus blusas y pantalones le quedaban grandes; ni que su rostro había perdido el color. Sin embargo, de regreso al apartamento observó su imagen reflejada en los escaparates y se dio cuenta, con cierta angustia, de que ya no era necesario que se preocupara por no engordar.

—¿Dónde has estado? —Inquirió la señora Heathcliffe tan pronto como entró en el apartamento—. Rupert ha estado tratando de localizarte. Le dije que te habías ido de compras, pero siguió insistiendo por teléfono.

—¿Heath? —Helen se humedeció los labios—. ¿Heath ha estado llamándome?

—¿Acaso no te he dicho eso? —Respondió la señora Heathcliffe irritadamente—. Debo haber contestado este teléfono media docena de veces. De todos modos, dijo que vendría a verte mañana, así que será mejor que estés aquí cuando él llame.

Helen se llevó una mano a la cabeza.

—¿Mañana? —repitió—. ¿Ha dicho qué quiere?

—Imagino que es algo relacionado con ese colegio de Ginebra —declaró la señora Heathcliffe—. En realidad, no le pregunté. De hecho llegaré tarde a mi cita.

Helen la observó.

—¿Va a salir?

—Por supuesto. Te comenté esta mañana que asistiría a una reunión del club de bridge, ¿lo olvidaste?

—Oh…. no. No—pero para ser sincera, sí lo había olvidado. En su afán por encontrar habitación, había pasado por alto los compromisos de la señora Heathcliffe.

—De todos modos la señora Henley te ha dejado carne y ensalada en la nevera —repuso la madre de Heath bruscamente—. Como yo cenaré fuera, le dije que no preparase nada caliente. Tú comes muy

poco.

Helen asintió con la cabeza, su mente estaba en otra parte. Si la señora Heathcliffe iba a salir, se quedaría sola. ¡Qué gran oportunidad para escapar!, sobre todo, ante la inminente visita de Heath. De hecho…claro que le hubiera gustado verle, sentía pesar al imaginar lo que estaba haciendo al evitar encontrarse con él. Pero el verle, sólo le causaría más dolor del que ya sentía.

La señora Heathcliffe se marchó poco después de las siete, y Helen se sirvió la carne y la ensalada y se lo llevó a su dormitorio para comérselo mientras hacía las maletas. No contaba con mucho tiempo. No quería encontrarse con la madre de Heath. Helen no quería arriesgarse.

Una de las maletas estaba en la puerta principal y tenía la otra en la mano cuando sonó el timbre. Por un instante, Helen se quedó estupefacta, pero después, al notar que a esa hora no podía ser la señora Heathcliffe se apresuró a abrir.

A medio camino del pasillo, pensó en otra posibilidad, ¡Heath! Podía ser Heath quien estuviera tras esa puerta. « ¡Oh, no! ¿Qué voy a hacer?»

Tenía dos opciones: una, esconder las maletas y abrir la puerta y la otra fingir que no estaba en casa. Los apartamentos no eran como las casas. No había ventanas para asomarse, ninguna luz delatora que indicara que había alguien.

Si permanecía en silencio, cualquiera que estuviese llamando se marcharía. Su corazón comenzó a latir apresuradamente cuando volvió a sonar el timbre.

Pero no estaba preparada para lo que iba a ocurrir después. En lugar de que el visitante se diera por vencido y se marchara, metió una llave en la cerradura y la chica observó horrorizada cómo se abría la puerta.

—¡Helen!

La rudeza con que pronunció su nombre hizo que ella retrocediera mientras él entraba.

Debería haber pensado que él tendría un juego de llaves.

—¡Helen! —al cerrar la puerta vio la maleta, y su mirada se tornó fría.

Estaba tan atractivo como ella le había imaginado. Parecía cansado y más pálido de lo que ella recordaba.

—¿Qué diablos sucede aquí? —Demandó apoyándose en la puerta —. No finjas que no me escuchas. Es obvio que sí me oyes.

—Te he oído —repuso débilmente—. Yo., yo no sabía quién podría estar llamando a la puerta.

Tu madre ha salido…

—Ya lo sé —se incorporó y notó su aprensión—. Es evidente que tú

también lo sabías.

¿Acaso no se debe a ello… esta conspiración?

—No hay tal conspiración —Helen respiró dificultosamente—. Me… me marcho, eso es todo.

—¡Claro que lo harás!

Heath la apartó de su camino, corrió por el pasillo hasta su dormitorio y se encerró en él.

Ella escuchó cómo abría los armarios y después volvió a aparecer, caminando lentamente.

—¿Qué has hecho? —Helen se acercó a él sin querer—. No he robado las pertenencias de tu madre, si eso era lo que temías. Sólo he cogido lo que era mío.

—Nunca pensé lo contrario —Heath parecía frío, pero no enfadado —. Sólo pensaba… oh, rayos, pensé que había aquí alguien más, contigo, una persona que fuera la responsable de que hubieras hecho las maletas y quisieras marcharte.

—He conseguido un empleo… un empleo en Manchester. No es mucho, pero conservaré mi independencia. Y he encontrado un sitio donde vivir.

—Pero, ¿por qué?

—Tú lo sabes —insistió Helen precipitadamente—. No puedo seguir dependiendo de ti… no tengo la menor intención de ir a ese colegio de Suiza. No puedes obligarme. Dentro de tres meses cumpliré dieciocho años.

—¡Oh, por favor! —Heath se dirigió hacia ella, metiendo las manos en los bolsillos de los pantalones—. No necesitas buscar un trabajo, si es eso lo que te confunde —balbuceó—.

Venía esta noche para ofrecerte otra alternativa.

—¿Venías? —Le observó mientras abría la puerta de la sala de su madre y entraba en la habitación—. No necesito tu ayuda ya. Pero me alegra que hayas decidido que soy lo bastante madura como para valerme por mí misma.

—Yo no he dicho eso —replicó mientras ella se aproximaba a la puerta que estaba abierta—.

Por el contrario, tengo la intención de mantenerte dentro de mi círculo de influencias. Una amiga de mi padre, una señora de edad, cuyo marido ha fallecido hace poco, necesita una acompañante joven. Iba a sugerir que te convirtieras en su acompañante. Al menos durante el invierno, como tú dijiste, entonces tendrás la mayoría de edad.

—Ya veo —Helen juntó las manos—. Bueno, ahora eso no será necesario.

—¿Qué intentas hacer?

—Yo… voy a trabajar en una peluquería —repuso e ignorando su suspiro, prosiguió—: Tengo una habitación en una casa de Prestside.

—¿Prestside? —repitió Heath lleno de enfado y ella asintió con la cabeza.

—Sé que no es una zona muy agradable, pero…

—¡No es una zona muy agradable! —Repitió Heath poniendo gran énfasis—. ¡Créeme Helen, es un barrio horrible! No importa a dónde quieras irte: debes saber que jamás estaré de acuerdo con eso.

—No tienes que estar de acuerdo —declaró Helen maliciosamente —. Es mi vida, no la tuya.

—¿Eso es lo que crees? ¿Es lo que crees de verdad? —demandó violentamente—. Por todos los santos, Helen, no puedo permitir que hagas esto.

Ella se le quedó mirando fijamente.

—No puedes detenerme —repuso, aunque sabía que le estaba desafiando—. Te lavaste las manos al traerme a Manchester. No te importaba más que echarme de tu casa. ¡No puedes esperar que tengas derecho a decirme lo que debo hacer, cuando me dejaste muy claro que no te importo nada!

—No es verdad —Heath parecía embargado por una emoción que ella no podía identificar—.

Te envié lejos porque me interesas. ¡No te has dado cuenta de eso, chiquilla tonta! Oh, Helen, no sé cuánto voy a poder seguir soportando esto. Te necesito.

Le miró incrédulamente.

—No… No te creo. Esto., sólo… es una treta para lograr que haga lo que tú quieres.

—¿Piensas eso? —Levantó la cabeza y la miró, entonces la chica sintió que se le rompía el corazón—. No he podido conciliar el sueño desde que te fuiste.

—¡Oh, Heath! —estaba temblando, pero no podía moverse y él se incorporó.

—Tú tienes diecisiete años y yo treinta y cinco —repuso tristemente—. Durante los últimos tres años me he repetido que nuestra diferencia de edades es muy grande, que conforme crecieras y tuvieras novio yo pensaría de otra forma. Pero no ha ocurrido así.

Helen movió la cabeza descorazonadamente.

—Pero, ¿por qué no me lo dijiste?

—Porque quería evitarlo —repuso Heath bruscamente—. ¿Por qué crees que te esquivaba desde que saliste de la escuela? ¿Por qué crees que contraté a Angela Patterson?

Ella tragó saliva.

—Yo… yo pensaba… que lo habías hecho previendo lo que podrían decir los demás —

respondió y él la observó irónicamente.

—¿Desde cuándo me preocupa lo que dice la gente? —demandó

enérgicamente—. Los demás me hubieran sugerido que te dejara en un orfanato. Otros considerarían nuestra relación indecente —inclinó la cabeza—. Estaba convencido de que no sería así.

—¡Oh, Heath! —Helen separó las manos—. Pero me enviaste lejos.

—Sí, después de seducirte. No me jacto de eso. Sólo entonces tuviste razón, te quise alejar. El amarte era un vicio y no quería satisfacerlo.

—Pero., pero, ¿por qué?

—¡Por favor, Helen!, pensé que estaba procediendo de forma acertada. Sabía que no podría tenerte conmigo y casarme contigo me parecía una locura. Yo pensé… oh, no sé qué pensé.

Imagino que me vino a la mente la idea de que si te enviaba lejos ambos podríamos poner los pies sobre la tierra, pero el cielo me perdone, no funcionó. Estas últimas semanas he vivido en un infierno terrenal y he venido esta noche con la intención de colocarte como acompañante de la señora Golightly.

—¿La señora Golightly? —Helen pestañeó—. Pero… ella vive al otro lado del río…

—… más o menos a tres kilómetros de distancia de Matlock. En efecto, lo bastante lejos como para no alentar mis pasiones, pero lo bastante cerca como para estar al tanto tuyo y de la gente con la que te relacionas.

Ella se mordió el labio inferior.

—También ha sido un infierno para mí —hizo una pausa—. He bajado de peso. ¿No te das cuenta?

—Lo he notado —repuso secamente—. Me di cuenta de todo lo que te concierne en el instante en que creí que estabas con otro.

—¿Sentiste celos?

No pudo resistir la tentación de hacerle esa pregunta, él hizo una mueca.

—¿Tú qué crees? —inquirió—. Si pude sentir celos de Fox y del joven Ormerod, entonces sí, creo que podría decir que sentiría celos de cualquier rival.

Ella dejó escapar una leve sonrisa.

—¿Estabas celoso de Miles? —Movió la cabeza—. Él aseguró que lo estabas, pero no le creí.

—Considero que es más observador de lo que imaginaba —respondió Heath en voz baja—.

¿Entonces… qué vas a hacer ahora? ¿Todavía quieres seguir adelante y aceptar el empleo?

Helen se apoyó en el marco de la puerta, le temblaban tanto las piernas que apenas podía mantenerse de pie.

—¿Cuál es la opción? —musitó mirándole de reojo, y refunfuñando Heath cubrió el espacio que los separaba.

Se detuvo junto a ella, tan cerca, que el brazo que había levantado para apoyarse en el lado opuesto del marco de la puerta, le rozó el pecho. Después, conteniéndose, le cogió la mano y la posó en sus labios, besando cada uno de sus dedos.

—La opción, es que podrías casarte conmigo en Navidad

—¿En Navidad?

—Sí, en Navidad. De ese modo nadie podría decir que no eres mayor de edad para tomar decisiones. Por supuesto, si es que aceptas mi proposición.

Ella suspiró, nerviosamente.

—¡Claro que acepto tu proposición! —exclamó, abrazándole—. ¡Oh, Heath! —expresó mientras él la estrechaba—. Oh, Heath, ¿por qué debemos esperar tanto?

—Nosotros… ¡Oh, Helen!… No debemos esperar para estar juntos —balbuceó buscando sus labios—. Pue… puedo ser severo en algunos aspectos, pero éste no es uno de ellos. De hecho

—deslizó la mano para acariciarle la nuca—, por lo que estoy sintiendo ahora, no creo que pueda esperar hasta que te lleve de nuevo a Matlock.

—¿Me llevarás de nuevo a Matlock? ¿Cuándo? ¿Cuándo?

—¿Esta noche? —sugirió dudosamente—. ¿O estoy pidiendo demasiado?

—¿Demasiado? —Helen movió la cabeza, estrechándole fuertemente y deslizó las manos por su cintura debajo de la chaqueta —. Pero tendré que explicarle la situación a Ricardo.

—¿Ricardo?

Heath la observó y ella hizo un gesto de desesperación.

—El peluquero que me contrató. Aquél al que Ángela me llevó para que me cortara el pelo.

—¿Ángela quería que te cortaras el pelo? —la interrumpió Heath bruscamente y ella asintió con la cabeza.

—Ricardo dijo que sería una pena…

—¡Claro que sí! —cogió sus sedosos rizos posesivamente—. Si lo hubiese sabido…

—Tal vez hubieras estado de acuerdo con ella —repuso llena de tristeza.

—He sido un bárbaro, ¿no es así?

—Un poco —confesó insegura y le besó ansiosamente.

—A Ricardo… déjamelo a mí —le dijo decididamente—. En este momento, no puedo pensar con coherencia. ¿A qué hora dijiste que regresaría mi madre?

Tiempo después Helen abrió los ojos para encontrarse junto a Heath, que apoyado de un codo sobre la cama, la observaba embelesado.

—¿Sabes? Eres la única mujer que es preciosa sin maquillaje.

—Y conoces muy pocas —murmuró Helen adormilada, estirando los brazos para rodearle el cuello.

—Algunas —convino sinceramente, sometiéndose a sus demandas —. Y no hagas caso, cariño o regresará mi madre y nos sorprenderá in fraganti.

—¿Te importa? —Helen se separó para sonreírle burlonamente.

—No —reconoció—. No me importa. Pero creo que enterarse de que planeamos casarnos será bastante para ella por esta noche, ¿no crees? Y de cualquier forma, debes terminar de hacer tus maletas. Nos iremos tan pronto como se lo hayamos explicado.

—Se sorprenderá —murmuró Helen cuando él la soltó. Luego salió de la cama y se dirigió hacia el espejo—. Hmm, sabes que solía desear que me hubieras dejado embarazada, así hubieses tenido que casarte conmigo —confesó provocativamente—. Ahora me alegro de que no fuese así. Tal vez no me amarías si estuviera gorda.

—Te amaría sin importarme cómo estuvieras —replicó Heath, saliendo de la cama para reunirse con ella, atrayéndola a su musculoso cuerpo—. Recuerda que te he visto con trenzas y desnuda, igual que ahora—le besó el pelo y luego se alejó de ella—. Así… que ponte algo, ¿lo harás? Anda, hazlo. ¡O no seré responsable de mis actos!

Ella y Heath contrajeron matrimonio el veintitrés de diciembre. Pasaron la Navidad en Londres con Marión y Greg Marsden. Después tenían planeado partir hacia Niza y a la hacienda que Heath tenía en la costa del Mediterráneo.

El Mediterráneo estaba un tanto nublado en esa época del año pero ellos no estaban interesados en lo que les rodeaba. Lo único que necesitaban era la intimidad de la casa donde estaban, y sólo de vez en cuando, se atrevían a caminar por la arena cuando la marea estaba baja.

La madre de Heath asistió a la boda aunque un tanto reacia.

—Lo cierto es que pienso que ella se sintió tranquila al verme casado al fin —comentó Heath una mañana mientras probaba el desayuno que les había preparado Clotilde, la doncella—.

Creo que durante un tiempo, ella sospechó qué era lo que me detenía.

—Yo —murmuró Helen caprichosamente, sujetándose la barbilla con la mano mientras le miraba satisfecha—. Tal vez temía que fuera a seducirte.

Él la miró tolerantemente.

—En realidad, tenía razón —dijo él—. No pude resistirme la primera vez.

—¿Lo lamentas? —ella arqueó las cejas.

—¿Y tú?

—Oh, sí… —ante su mirada de desconcierto sonrió—. Lamento que no hiciéramos esto hace un año —finalizó—. Pero no has respondido a mi pregunta.

—¿Tú crees?

—Dímelo.

—¿Qué? ¿Que te amo más de lo que creía posible amar a alguien? ¿Que estaba enloquecido al pensar que podría vivir sin ti?

—Eso hará que volvamos a lo mismo —repuso suspirando—. ¿Regresamos a la cama? No tengo ganas de vestirme ahora, ¿y tú?

La sonrisa de Heath era sarcástica.

—¡Deja de burlarte! —Helen le cogió la mano, llevándola a sus labios intencionadamente, mirándole a los ojos—. ¿No sientes ni un poquito de pereza?

—¿Contigo junto a mí? —hizo una mueca, pero sus ojos mostraban la emoción que le embargaba—. Está bien —repuso precipitadamente —. Regresemos a la cama. Después charlaremos.

—El resto de nuestras vidas —convino Helen, arrojándose en sus brazos, y Heath no la contradijo.